



HERTA
MÜLLER

EN
TIERRAS
BAJAS

PREMIO NOBEL
DE LITERATURA
2009

Siruela

HERTA MÜLLER

En tierras bajas

Traducción del alemán de Juan José del Solar

ÍNDICE

La oración fúnebre (2)
El baño suabo (5)
 Mi familia (6)
En tierras bajas (7)
Peras podridas (55)
Tango opresivo (60)
 La ventana (64)
El hombre de la caja de fósforos (66)
 Crónica de pueblo (67)
La crencha alemana y el bigote alemán (75)
 Papá, mamá y el pequeño (77)
 El coche de línea (79)
 Los barrenderos (80)
 El parque negro (81)
 Día laborable (82)

La oración fúnebre

En la estación, los parientes avanzaban junto al tren humeante. A cada paso agitaban el brazo levantado y hacían señas.

Un joven estaba de pie tras la ventanilla del tren. El cristal le llegaba hasta debajo de los brazos. Sostenía un ramillete ajado de flores blancas a la altura del pecho. Tenía la cara rígida.

Una mujer joven salía de la estación con un niño de aspecto inexpresivo. La mujer tenía una joroba.

El tren iba a la guerra.

Apagué el televisor.

Papá yacía en su ataúd en medio de la habitación. De las paredes colgaban tantas fotos que ya ni se veía la pared.

En una de ellas papá era la mitad de grande que la silla a la cual se aferraba.

Llevaba un vestido y sus piernas torcidas estaban llenas de pliegues adiposos. Su cabeza, sin pelo, tenía forma de pera.

En otra foto aparecía en traje de novio. Sólo se le veía la mitad del pecho. La otra mitad era un ramillete ajado de flores blancas que mamá tenía en la mano. Sus cabezas estaban tan cerca una de la otra que los lóbulos de sus orejas se tocaban.

En otra foto se veía a papá ante una valla, recto como un huso. Bajo sus zapatos altos había nieve. La nieve era tan blanca que papá quedaba en el vacío. Estaba saludando con la mano levantada sobre la cabeza. En el cuello de su chaqueta había unas runas.

En la foto de al lado papá llevaba una azada al hombro. Detrás de él, una planta de maíz se erguía hacia el cielo. Papá tenía un sombrero puesto. El sombrero daba una sombra ancha y ocultaba la cara de papá.

En la siguiente foto, papá iba sentado al volante de un camión. El camión estaba cargado de reses. Cada semana papá transportaba reses al matadero de la ciudad. Papá tenía una cara afilada, de rasgos duros.

En todas las fotos quedaba congelado en medio de un gesto. En

todas las fotos parecía no saber nada más. Pero papá siempre sabía más. Por eso todas las fotos eran falsas. Y todas esas fotos falsas, con todas esas caras falsas, habían enfriado la habitación. Quise levantarme de la silla, pero el vestido se me había congelado en la madera. Mi vestido era transparente y negro. Crujía cuando me movía. Me levanté y le toqué la cara a papá. Estaba más fría que los demás objetos de la habitación. Fuera era verano. Las moscas, al volar, dejaban caer sus larvas. El pueblo se extendía bordeando el ancho camino de arena, un camino caliente, ocre, que le calcinaba a uno los ojos con su brillo.

El cementerio era de rocalla. Sobre las tumbas había enormes piedras.

Cuando miré el suelo, noté que las suelas de mis zapatos se habían vuelto hacia arriba. Me había estado pisando todo el tiempo los cordones, que, largos y gruesos, se enroscaban en los extremos, detrás de mí.

Dos hombrecillos tambaleantes sacaron el ataúd del coche fúnebre y lo bajaron a la tumba con dos cuerdas raídas. El ataúd se columpiaba. Los brazos y las cuerdas se alargaban cada vez más. Pese a la sequedad, la fosa estaba llena de agua.

Tu padre tiene muchos muertos en la conciencia, dijo uno de los hombrecillos borrachos.

Yo le dije: estuvo en la guerra. Por cada veinticinco muertos le daban una condecoración. Trajo a casa varias medallas.

Violó a una mujer en un campo de nabos, dijo el hombrecillo. Junto con cuatro soldados más. Tu padre le puso un nabo entre las piernas. Cuando nos fuimos, la mujer sangraba. Era una rusa. Después de aquello, y durante semanas, nos dio por llamar nabo a cualquier arma.

Fue a finales de otoño, dijo el hombrecillo. Las hojas de los nabos estaban negras y pegadas por la helada.

El hombrecillo colocó luego una piedra gruesa sobre el ataúd.

El otro hombrecillo borracho siguió hablando:

Ese Año Nuevo fuimos a la ópera en una pequeña ciudad alemana. Los agudos de la cantante eran tan estridentes como los gritos de la rusa. Abandonamos la sala uno tras otro. Tu padre se quedó hasta el final. Después, y durante semanas, llamó nabos a todas las canciones y a todas las mujeres.

El hombrecillo bebía aguardiente. Las tripas le sonaban. Tengo tanto aguardiente en la barriga como agua subterránea hay en las fosas, dijo.

Luego colocó una piedra gruesa sobre el ataúd.

El predicador estaba junto a una cruz de mármol blanco. Se dirigió hacia mí. Tenía ambas manos sepultadas en los bolsillos de su hábito.

El predicador se había puesto en el ojal una rosa del tamaño de una mano. Era aterciopelada. Cuando llegó a mi lado, sacó una mano del bolsillo. Era un puño. Quiso estirar los dedos y no pudo. Los ojos se le hincharon del dolor. Rompió a llorar en silencio.

En tiempos de guerra uno no se entiende con sus paisanos, dijo. No aceptan órdenes.

Y el predicador colocó luego una piedra gruesa sobre el ataúd.

De pronto se instaló a mi lado un hombre gordo. Su cabeza parecía un tubo y no tenía cara.

Tu padre se acostó durante años con mi mujer, dijo. Me chantajeaba estando yo borracho y me robaba el dinero.

Se sentó sobre una piedra.

Luego se me acercó una mujer flaca y arrugada, escupió a la tierra y me dijo ¡qué asco!

La comitiva fúnebre estaba en el extremo opuesto de la fosa. Bajé la mirada y me asusté, porque se me veían los senos. Sentí mucho frío.

Todos tenían los ojos puestos en mí. Unos ojos vacíos. Sus pupilas punzaban bajo los párpados. Los hombres llevaban fusiles en bandolera, y las mujeres desgranaban sus rosarios.

El predicador se puso a jugar con su rosa. Le arrancó un pétalo color sangre y se lo comió.

Me hizo una señal con la mano. Me di cuenta de que tenía que decir unas palabras. Todos me miraban.

No se me ocurría nada. Los ojos se me subieron por la garganta a la cabeza. Me llevé la mano a la boca y me mordí los dedos. En el dorso de mi mano se veían las huellas de mis dientes. Unos dientes cálidos. Por las comisuras de los labios empezó a gotear sangre sobre mis hombros.

El viento me había arrancado una de las mangas del vestido, que ondeaba ligera y negra en el aire.

Un hombre apoyó su bastón de caminante contra una gruesa piedra. Apuntó con un fusil y disparó a la manga. Cuando cayó al suelo ante mi cara, estaba llena de sangre. La comitiva fúnebre aplaudió.

Mi brazo estaba desnudo. Sentí cómo se petrificaba al contacto con el aire.

El predicador hizo una señal. Los aplausos enmudecieron.

Estamos orgullosos de nuestra comunidad. Nuestra habilidad nos preserva del naufragio. No nos dejamos insultar, dijo. No nos dejamos calumniar. En nombre de nuestra comunidad alemana serás condenada a muerte.

Todos me apuntaron con sus fusiles. En mi cabeza retumbó una detonación ensordecedora.

Me desplomé y no llegué al suelo. Permanecí en el aire, flotando en diagonal sobre sus cabezas. Fui abriendo suavemente las puertas, una a una.

Mi madre había vaciado todas las habitaciones.

En el cuarto donde habían velado el cadáver se veía ahora una gran mesa. Era una mesa de matarife. Encima había un plato blanco vacío y un florero con un ramillete ajado de flores blancas.

Mamá llevaba puesto un vestido negro y transparente. En la mano tenía un cuchillo enorme. Se acercó al espejo y se cortó la gruesa trenza gris con el cuchillo enorme. Luego la llevó a la mesa con ambas manos y puso uno de sus extremos en el plato.

Vestiré de negro toda mi vida, dijo.

Encendió uno de los extremos de la trenza, que iba de un lado a otro de la mesa. La trenza ardió como una mecha. El fuego lamía y devoraba.

En Rusia me cortaron el pelo al rape. Era el castigo más leve, dijo. Apenas podía caminar de hambre. De noche me metía a rastras en un campo de nabos. El guardián tenía un fusil. Si me hubiera visto, me habría matado. Era un campo silencioso. El otoño tocaba a su fin, y las hojas de los nabos estaban negras y pegadas por la helada.

No volví a ver a mi madre. La trenza seguía ardiendo. La

habitación estaba llena de humo.

Te han matado, dijo mi madre.

No volvimos a vernos por la cantidad de humo que había en la habitación. Oí sus pasos muy cerca de mí. Estiré los brazos tratando de aferrarla.

De pronto enganchó su mano huesuda en mi pelo. Me sacudió la cabeza. Yo grité.

Abrí bruscamente los ojos. La habitación daba vueltas. Yo yacía en una esfera de flores blancas ajadas y estaba encerrada.

Luego tuve la sensación de que todo el bloque de viviendas se volcaba y se vaciaba en el suelo.

Sonó el despertador. Era un sábado por la mañana, a las seis y media.

El baño suabo

Es un sábado por la tarde. El calentador del baño tiene el vientre al rojo vivo. La ventanilla de ventilación está herméticamente cerrada. La semana anterior, Arni, un niño de dos años, había cogido un catarro por culpa del aire frío. La madre lava la espalda del pequeño Arni con unos pantaloncitos desteñidos. El pequeño palmea a su alrededor. La madre saca al pequeño Arni de la bañera. Pobre crío, dice el abuelo. A los niños tan pequeños no hay que bañarlos, dice la abuela. La madre se mete en la bañera. El agua aún está caliente. El jabón hace espuma. La madre se restrega unos fideos grises del cuello. Los fideos de la madre nadan sobre la superficie del agua. La bañera tiene un borde amarillento. La madre sale de la bañera. El agua aún está caliente, le dice la madre al padre. El padre se mete en la bañera. El agua está caliente. El jabón hace espuma. El padre se restrega unos fideos grises del pecho. Los fideos del padre nadan junto con los fideos de la madre sobre la superficie del agua. La bañera tiene un borde parduzco. El padre sale

de la bañera. El agua aún está caliente, le dice el padre a la abuela. La abuela se mete en la bañera. El agua está tibia. El jabón hace espuma. La abuela se restriega unos fideos grises de los hombros. Los fideos de la abuela nadan junto con los fideos de la madre y del padre sobre la superficie del agua. La bañera tiene un borde negro. La abuela sale de la bañera. El agua aún está caliente, le dice la abuela al abuelo. El abuelo se mete en la bañera. El agua está helada. El jabón hace espuma. El abuelo se restriega unos fideos grises de los codos. Los fideos del abuelo nadan junto con los fideos de la madre, del padre y de la abuela sobre la superficie del agua. La abuela abre la puerta del cuarto de baño. Luego mira en dirección a la bañera. No ve al abuelo. El agua negra se derrama por el borde negro de la bañera. El abuelo ha de estar en la bañera, piensa la abuela, que cierra tras de sí la puerta del cuarto de baño. El abuelo deja correr el agua sucia de la bañera. Los fideos de la madre, del padre, de la abuela y del abuelo dan vueltas sobre la boca del desagüe.

La familia suaba se instala, recién bañada, ante la pantalla del televisor. La familia suaba, recién bañada, aguarda la película del sábado por la noche.

Mi familia

Mi madre es una mujer que va siempre embozada.

Mi abuela ha perdido la visión. En un ojo tiene cataratas, y en el otro, glaucoma.

Mi abuelo tiene una hernia escrotal.

Mi padre tiene otro hijo de otra mujer. No conozco a la otra mujer ni al otro hijo. El otro hijo es mayor que yo, y la gente dice que por eso yo soy de otro hombre.

Mi padre le hace regalos de Navidad al otro hijo y le dice a mi madre que el otro hijo es de otro hombre.

El cartero siempre me trae cien leis en un sobre por Año Nuevo y dice que me los manda Papá Noel. Pero mi madre dice que yo no soy de otro hombre.

La gente dice que mi abuela se casó con mi abuelo por sus tierras y que estaba enamorada de otro hombre con el que hubiera sido mejor que se casara porque su parentesco con mi abuelo es tan cercano que aquello fue un cruzamiento consanguíneo.

La otra gente dice que mi madre es hija de otro hombre y mi tío es hijo de otro hombre, pero no del mismo otro hombre, sino de otro.

Por eso el abuelo de otro niño es abuelo mío, y la gente dice que mi abuelo es el abuelo de otro niño, pero no del mismo otro niño, sino de otro, y que mi bisabuela murió muy joven, aparentemente a consecuencia de un catarro, pero que aquello fue algo muy distinto de una muerte natural, que realmente fue un suicidio.

Y la otra gente dice que fue algo muy distinto de una enfermedad y de un suicidio, que fue un asesinato.

Al morir ella, mi bisabuelo se casó en seguida con otra mujer que ya tenía un hijo de otro hombre con el que no estaba casada, pero que a la vez también era casada y que después de ese otro matrimonio con mi bisabuelo tuvo otro hijo del que también dice la gente que es de otro hombre, no de mi bisabuelo.

Mi bisabuelo viajaba cada sábado, año tras año, a una pequeña ciudad que era un balneario.

La gente dice que en esa ciudad se juntaba con otra mujer.

Hasta se le veía en público llevando de la mano a otro niño con el que incluso hablaba otro idioma.

Nunca se le veía con la otra mujer, pero, según la gente, ésta sólo podía ser una prostituta del balneario, ya que mi bisabuelo nunca se dejaba ver con ella en público.

La gente dice que hay que despreciar a un hombre que tenga otra mujer y otro hijo fuera del pueblo, que aquello no es mejor que el incesto puro y imple, que aquello es aún peor que el cruzamiento consanguíneo, que aquello es pura y simple ignominia.

En tierras bajas

Las flores lila junto a las vallas, la malvarrosa su fruto verde entre los dientes de leche de los niños.

El abuelo decía que la malvarrosa vuelve tonta a la gente, que no hay que comerla. Y claro está que no querrás volverte tonta.

El bicho que se me metió en la oreja. El abuelo me echó alcohol en la oreja para que el bicho no se ME metiera en la cabeza. Rompí a llorar. La cabeza me ardía y me zumbaba. El patio entero empezó a dar vueltas, y el abuelo, gigantesco, estaba de pie en el centro y también empezó a dar vueltas.

Hay que hacerlo, dijo el abuelo, si no el bicho se te mete en la cabeza y te vuelves tonta. Y claro está que no querrás volverte tonta. Las flores de acacia en las calles del pueblo. El pueblo cubierto de nieve con los colmenares en el valle. Yo me comía las flores de acacia. En su interior tenían una trompilla dulce. La mordía y la tenía un buen rato en mi boca. Y no bien me la tragaba, ya tenía una nueva flor entre los labios. Había una cantidad enorme de flores en el pueblo, no podías comértelas todas. Los árboles grandes, muy numerosos, florecían cada año.

No hay que comer flores de acacia, decía el abuelo, tienen dentro unas mosquitas negras que si se te meten en la garganta, te dejan muda. Y claro está que no querrás quedarte muda.

El largo sendero con la vid silvestre, las uvas color tinta cociéndose al sol bajo su piel finísima. Preparo pastelitos de arena, trituro ladrillos y los convierto en pimentón, me raspo la piel de las muñecas. Siento el ardor hasta los huesos.

Muñecas de maíz, trenzas de vainas de mazorca entretejidas. La barba del maíz es fría y áspera al tacto. Jugamos a papá y mamá en los heniles, tumbados en la paja al lado o encima uno del otro. Entre nosotros está nuestra ropa. A veces nos sacamos los calcetines y la paja nos pincha las piernas. Luego nos los volvemos a poner a escondidas y al irnos tenemos paja en la piel, y nos raspa los pies.

Cada día tenemos hijos, niños-mazorca en el gallinero, niños-muñeco en la escalera del gallinero. Sus vestidos ondean cuando el viento se cuela entre las tablas.

Arrebujaamos a los gatitos en vestidos de muñecas, los atamos a la cuna y los mecemos para que se duerman. Yo les canto nanas y los acuno hasta marearlos. El pelaje se les eriza bajo la ropa, y pronto le les enturbian los ojos hinchados y del hocico les sale baba y una especie de vómito lechoso.

El abuelo corta los cordones y los libera. Aún se tambalean un momento; luego el pelaje se les vuelve a poner liso aunque siguen caminando como en el vacío, sin pisar el suelo, sin vida, con la mirada perdida en el verano.

Las mariposas alzan el vuelo desde las vides y bailan por encima del patio.

Cazamos mariposas de la col con venas quebradizas en las alas. Esperamos oír sus gritos cuando las atravesamos con un alfiler, pero no tienen huesos en el cuerpo, son livianas y sólo pueden volar, y eso no basta cuando es verano en todas partes.

Aletean en el alfiler hasta que mueren.

En dialecto suabo se llama «carroña», *Luder*, al cadáver de un animal. Una mariposa no puede ser carroña. Se consume sin podrirse.

Moscas en la jofaina, zumbido loco y ahogado de muchos iladores en el cubo de leche agria. Moscas sobre la superficie gris del agua jabonosa en la jofaina. Ojos hinchados, lengüeta estirada que pincha el agua, patitas finísimas que se agitan rabiosamente.

Pronto llega el último temblor y el bicho se queda en la superficie, cada vez más liviano de pura muerte.

Por cada mariposa se me pegan dos gotas de sangre bajo las uñas de los dedos. La cabeza cercenada de la mosca cae de mi mano al suelo como semilla de mala hierba.

El abuelo nos dejaba jugar.

Sólo hay que dejar vivir a las golondrinas, son animales útiles, decía. Y usaba la palabra «dañino» para las mariposas de la col, y «carroña» para los innumerables perros muertos.

Las orugas, que en realidad son mariposas, salen de sus crisálidas. Crisálidas pegadas a las estacas de las vides; algodón ciego.

¿Y de dónde llegó la primera mariposa, abuelo?

Déjate de hacer preguntas tontas, que eso no lo sabe nadie, y vete a jugar.

Nuestras muñecas dormilonas en sus vestidos limpios y almidonados sobre las camas de los dormitorios deshabitados.

Desde la noche de bodas de mamá nadie ha vuelto a respirar en esas camas.

Y estábamos tan cansados que tu padre se durmió en cuanto hubo vomitado en el water. No me tocó en toda la noche, dijo mamá con una risita solapada y enmudeció.

Era mayo, y aquel año ya teníamos cerezas. La primavera había llegado muy pronto.

Fuimos a recoger cerezas, tu padre y yo. Y nos peleamos mientras las recogíamos, y en el camino de vuelta a casa no intercambiamos ni una palabra. Tu padre tampoco me tocó mientras recogíamos cerezas en el enorme viñedo sin gente. Se plantó como una estaca a mi lado y no paraba de escupir huesos de ciruela húmedos y viscosos, y en ese momento supe que me daría muchas palizas en la vida.

Cuando llegamos a casa, las mujeres del pueblo ya habían llenado canastas enteras de pasteles, y los hombres acababan de matar un hermoso novillo. Las pezuñas yacían sobre el estiércol. Las vi cuando entré en el patio por el portón.

Me fui a llorar al desván para que nadie me viera, para que nadie supiese que no era una novia feliz.

En ese momento quise decir que no quería carne, pero había visto el novillo sacrificado y el abuelo me hubiera matado.

Un acceso de tos sacude la cabeza de mamá y le arranca saliva de la boca. El cuello se le arruga por el esfuerzo. Es corto y grueso. Alguna vez debió haber sido bello, antes de que yo existiera.

Desde que yo existo, los senos de mamá son flácidos, desde que yo existo, mamá está enferma de las piernas, desde que yo existo, mamá tiene el vientre caído, desde que yo existo, mamá tiene hemorroides y las pasa negras y gime en el retrete.

Desde que yo existo, mamá habla de mi gratitud como hija y rompe a llorar y con las uñas de una mano se rasca las uñas de la otra. Tiene los dedos duros y agrietados.

Sólo cuando cuenta dinero se le ponen lisos y flexibles como a las arañas cuando tejen su tela.

Mamá guarda el dinero en el dormitorio, en el tubo de la estufa de azulejos. Papá siempre le pide dinero cuando quiere comprar algo. Y cada día quiere comprar algo y cada día le pide dinero, porque todo cuesta. Y mamá le pregunta cada noche qué ha hecho con el dinero, qué ha vuelto a hacer con todo ese dinero.

Cuando mamá va a sacar dinero, no levanta las persianas de las ventanas. Enciende la luz en pleno día y el candelabro de cinco brazos alumbraba desde una sola bombilla opaca. Sus otros cuatro brazos son ciegos.

Mamá habla en voz alta cuando cuenta el dinero; así puede percibir mejor los billetes con las manos y los ojos. Siempre cuenta billetes de cien leis y de rato en rato se ensaliva la punta de los dedos.

Tiene las manos agrietadas y en verano se le ponen verdes como las plantas con las cuales trata.

En las tardes de primavera mamá me trae acederas en su bolsillo cuando vuelve de arrancar cardos, y en verano, un enorme girasol.

Yo me instalo en el patio interior y me pongo a comer las pepitas junto con las gallinas. Y recuerdo el cuento en el que una niña les daba de comer primero a sus animales y después comía ella misma. Y la niña se convirtió luego en princesa, y todos los animales la querían y ayudaban. Y un buen día el hijo de un rey, rubio y guapo, la tomó por esposa. Y fueron la pareja más feliz del mundo.

Las gallinas se habían comido todas las pepitas del suelo y miraban el sol con la cabeza inclinada. El girasol estaba vacío. Lo rompí. Dentro tenía una médula blanca y esponjosa que producía escozor en las manos.

Cuando una abeja se te mete en la boca, te mueres. Te pica en el paladar, y el paladar se te hincha tanto que acaba asfixiándote, decía el abuelo.

Cuando recogía flores tenía siempre muy presente que no debía abrir la boca. Sólo a ratos me entraban ganas de cantar. Pero apretaba los labios y asfixiaba la canción. Por mis labios salía entonces un zumbido y yo miraba a mi alrededor por ver si mi zumbido atraía a alguna abeja. Pero no se veía una sola abeja en varias leguas a la redonda.

Y yo quería que viniera alguna. Y seguía zumbando para mostrarle que no podría meterse en mi boca.

Dos trenzas tiesas y algo separadas a los lados de la cabeza. Dos lazos entretejidos.

Las vainas de la mazorca arrancadas hasta donde se unen al tallo, blancas, con ásperas venas rojizas que adquieren un tono oscuro en los bordes y acaban fuera de las vainas, diluyéndose en la nada.

Las vainas son minuciosamente deshilachadas hasta que parecen cabellos. Mi hermosa muñeca de maíz, mi niña muda y obediente, sin cuello, sin brazos, sin piernas, sin manos, sin rostro.

Arranco dos granos de maíz. La mazorca cruda lanza una mirada ausente desde las cavidades. Vuelvo a vaciar tres granos seguidos, y otros tres en dirección vertical. Y observo la boca rígida y la nariz excavada.

Una muñeca de cara rechoncha y expresión dura. Cuando se caiga al suelo, o cuando se seque, se le caerán más granos del cuerpo y tendrá un agujero en la barriga, o tres ojos, o una gran cicatriz en la nariz o en la mejilla, o los labios partidos.

Los tallos de las gramíneas tienen la transparencia de la hierba. Si miras a través de ellos, ves que el verano es quebradizo.

Desde los campos, el pueblo parece un rebaño de casas paciendo entre colinas cuyos plantíos sólo son reconocibles por los colores. Todo parece cercano, pero cuando avanzas en esa dirección, no llegas nunca. Jamás he comprendido esas distancias. Yo siempre he ido en pos de los caminos, todo avanzaba ante mí. Sólo tenía polvo en la cara. Y por ningún lado aparecía el final.

A la salida del pueblo te encuentras con las cornejas, que de rato en rato picotean el vacío.

Siguiendo por el valle, entre el polvo gris del camino vecinal, los escaramujos asoman sus cabezas enrojecidas por la insolación. Y las endrinas, al lado, permanecen azules y frías, con las hojas manchadas por la cagarruta blancuzca de las aves canoras.

Éstas cantan siempre la misma canción. Cuando se van, enmudece la canción y sólo queda la misma cagarruta blancuzca por todos lados.

En el pueblo no se oye el canto de los pájaros, que no se acercan a las casas por la cantidad de gatos, provenientes en su mayoría de los alrededores. Y hay exactamente tantos perros como

gatos en el pueblo. Los perros se restriegan la barriga contra la hierba y dejan sus meados calientes por los caminos. Son pequeños y tienen el pelaje raído.

Mecen al caminar sus cabecitas puntiagudas, en las que giran unos ojos de pájaro acuosos e inexpresivos. Siempre hay miedo en esos ojos perrunos, en esos cráneos perrunos. Los perros reciben puntapiés tanto de los hombres como de las mujeres. Pero los de las mujeres no son tan duros debido a los zapatos que llevan.

Los hombres usan unos zapatos altos, recios. Sus pies quedan embutidos en ellos hasta el cuello, y atados sobre las lengüetas hay unos cordones gruesos y ásperos.

Esos puntapiés matan instantáneamente a los perros, que luego yacen días y días arqueados o estirados y tiesos junto a los caminos, apestando bajo enjambres de moscas.

Las hojas carcomidas vuelan por el aire como hongos invisibles.

Y cuando se enferman los árboles frutales, los hombres del pueblo dicen que ya está otra vez ahí ese maldito hongo del bosque. Preparan sus inyecciones venenosas de color verde brillante, que forman ampollitas en las hojas y queman la nervadura. Las hojas quedan ásperas y agujereadas como coladores. Y en sus bordes carcomidos fijan las arañas sus blancos hilos de saliva.

Las algas han teñido el fango de verde.

Las moscas zumban por entre el untuoso plumaje de las ocas.

Cuando la lluvia, que en verano pudre la madera, ablanda la tierra, puede verse cuán profundos son los caminos y cuán socavada ha quedado la tierra.

Las vacas llevan entonces grandes zapatos de fango sin forma al pasar bajo el portón de las casas. Se siente el olor a hierba en sus barrigas. Los bolos de hierba que regresan a sus gargantas tras la primera masticación me duelen a mí misma en el pecho. Las vacas están ausentes cuando rumian, con los ojos aún ebrios de tanto pastizal. Todas las tardes vuelven al pueblo con esos ojos ebrios.

Un día nuestra vaca me cargó en sus cuernos y saltó conmigo la acequia. Allí me dejó caer sobre una huella de coche muy profunda y pasó por encima de mí. Su ubre salpicada de estiércol parecía a punto de romperse.

La seguí con la mirada. Detrás de ella jadeó un rato el aire caliente. La carne me ardía en los puntos escoriados de mis rodillas;

tuve miedo de que tanto dolor me impidiera seguir viviendo, y al mismo tiempo sabía que estaba viva porque me dolía. Temí que la muerte pudiera entrar en mí por esas rodillas abiertas, y al punto puse las palmas de mis manos sobre las heridas.

Y como aún estaba viva, llegó el odio.

Y sentí ganas de horadar su enorme vientre peludo con mis ojos, y hurgar con mis manos en sus intestinos calientes, hundiéndoselas hasta el codo.

El pico de cigüeña aún guardaba la lluvia de la víspera en la rasposa nervadura de sus hojas. Me lavé con su agua pardusca y esa noche las mejillas se me pusieron rojas de verdad y vi en el espejo cómo me iba poniendo más y más guapa.

Y cuando con mi odio llevé luego la vaca al valle, me busqué el arbusto de pico de cigüeña más grande de todo el valle. Y junto a él me desnudé por completo y me lavé esta vez todo el cuerpo, mientras la vaca hundía su cabeza cuadrada en la hierba, con el huesudo bastidor de sus cuartos traseros pegado a mí. Luego se volvió hacia mí y me miró con un par de ojos insoportablemente grandes. Su mirada me puso la carne de gallina. Hasta el arbusto de pico de cigüeña tembló y siguió creciendo y poniéndose más y más rasposo. Y me vestí a toda prisa.

Al secarse, la piel se me tensó ligeramente y adquirió una consistencia vítrea. En todo mi cuerpo sentí que iba embelleciendo y empecé a caminar con cautela, para no quebrarme. Flexibles y lisas, las briznas de hierba parecían inclinarse a mi paso, y por un momento temí que me cortaran.

Mi andar tenía en sí algo de las sábanas almidonadas de mi abuela. La primera noche que dormí entre ellas, crujían al menor movimiento y yo creí que era mi piel la que crujía.

A veces me quedaba echada, inmóvil, y el crujido seguía. Y yo temía que se me hubiera metido en el cuarto aquel hombre alto y huesudo que había comprado una casa a la entrada del pueblo y cuya procedencia nadie conocía, y del que todos sabían que no necesitaba trabajar porque había vendido su gigantesco esqueleto al museo y cada mes cobraba un dinero por eso.

Aquel hombre pasó varias noches en mi habitación. Continuamente lo veía detrás de la cortina, bajo la cama, detrás del armario, en la estufa de azulejos.

Cuando, de noche, el miedo me ahuyentaba el sueño, cuando me levantaba y palpaba los muebles en la oscuridad y no daba con él,

sabía, sin embargo, que estaba allí.

Por la mañana sólo había una que otra mariposa nocturna pegada al techo, una de esas mariposas parduscas y polvorientas que de noche se estrellan contra la pantalla.

Yo las cogía. Un polvillo pardusco se me pegaba entonces a los dedos, y en las zonas donde las había tocado, las alas quedaban transparentes. Cuando las soltaba, las mariposas aún aleteaban un instante bajo mis rodillas. Más arriba no llegaban, y yo las pisaba con mi zapato, decidida a redimirlas. Estallaba al punto un vientre túrgido y aterciopelado, y un líquido blancuzco se esparcía por el suelo. El asco se me subía desde los zapatos y me anudaba sus lazos en la garganta, y sus manos eran descarnadas y frías como las manos de esos ancianos que yo había visto en unas camas con tapas ante las que la gente rezaba en silencio.

A las ancianas les temblaba la barbilla sobre el tieso nudo de sus pañuelos. Yo veía una como baba entre sus escasas pestañas húmedas y no entendía el porqué de sus lágrimas.

De esas camas la abuela dijo un día que eran ataúdes, y de los que yacían dentro, que eran muertos. Y al decirlo pensó que yo no entendería la palabra. Y yo la entendí sin haberla oído nunca antes. La llevé conmigo varios días, y en cada trozo de pollo cocido en la sopa veía un cadáver, y la abuela no volvió a llevarme a ver muertos.

Pero cuando se oía música en el pueblo los días laborables por la tarde, yo sabía que había vuelto a morir alguien.

No entendía por qué la muerte se quedaba siembre tras las paredes de las casas y no se dejaba ver nunca, o sólo cuando ya había consumado su tarea, aunque uno viviese toda la vida al lado mismo.

Un hombre murió una vez en pleno campo, fulminado por un rayo. Fue el primer marido de aquella mujer que luego se casó con su propio cuñado, y que al fallecer éste de una enfermedad pulmonar, vivió muchos años sola porque nadie volvió a casarse con ella, y que luego, al hacerse mayor su hijo, que se parecía al traperero que en verano pasaba por el pueblo y era el único en tener un mechón de canas en las sienes, se casó con un hombre del pueblo vecino que aún vive y tuvo que llevar personalmente a su hijo a bautizar porque nadie quería ser el padrino, ya que todos creían que la muerte también se llevaría al que tocara al hijo de aquella mujer.

Más tarde, cuando me fui a la ciudad, vi a la muerte en la calle, antes de que hubiera consumado su tarea.

Allí los hombres caían sobre el asfalto, gimoteaban, se estremecían y no eran de nadie. Y luego venía gente que les quitaba los anillos y los relojes de pulsera cuando sus manos aún no estaban del todo tíasas, y arrancaba a las mujeres las cadenillas de oro del cuello y los pendientes de las orejas. Sus lóbulos se partían y dejaban pronto de sangrar.

Una vez me quedé sola con un muerto desconocido. Y tras haberlo contemplado un buen rato, me metí llorando en el primer tranvía que pasó y que me llevó hasta un barrio donde nunca había estado. En la última parada, el revisor me hizo bajar al lado mismo de un árbol.

En el camino de vuelta, todas las calles estaban tapiadas por gruesas paredes.

Yo miraba los bloques de viviendas como desde el fondo de un abismo y decía para mis adentros que, en mi barrio, la gente no yacía en plena calle, sino en esas camas con tapas ante las cuales la gente reza en silencio.

Y aún se les tiene un tiempo en casa, a los muertos. Sólo cuando el borde de sus orejas adquiere un tono verdoso al descomponerse, la gente deja de llorar y los saca del pueblo.

Y dicen que el recién muerto cuida el cementerio hasta que muere el siguiente.

Chillidos de lagartijas en un nido que parece un puñado de barbas de maíz maceradas. A cada ratón desnudo le rezuman los ojillos viscosos. Patitas finas como hilos mojados. Dedos curvos.

El polvo llueve del entarimado.

Te deja las manos pastosas y se te pega al cutis, dándote una sensación de sequedad.

Cestos de mimbre trenzado con dos asas que te lastiman la palma de la mano. Te salen callosidades y unas ampollas calientes, duras, en las que late el dolor.

Los ratones viejos son grises y acolchados, como si toda su vida sólo hubieran recibido caricias. Corretean en silencio, arrastrando largos cordones redondos tras de sí. Y su cabeza es tan minúscula que se diría que desde esa caja craneana deben de verlo todo puntiagudo, angosto y liso.

Mira el daño que hacen, dice mamá. Todas esas grazas de allí

abajo fueron una vez maíz, y ellos se lo han comido íntegro.

Debajo de una mazorca asoma un hocico olisqueante, luego brillan dos ojitos. Mamá tiene ya una mazorca en la mano. De un golpe le hunde el cráneo. Un breve chillido y un hilito de sangre que mana por el hocico. Tan poca vida que hasta la sangre es pálida.

El gato se acerca y pone al ratón muerto boca arriba y boca abajo, hasta que deja de moverse.

Y cuando se aburre le arranca de un mordisco la cabeza, que cruje entre sus dientes. A veces se le ven los colmillos cuando masca. Luego se aleja relamiéndose. Y el vientre del ratón se queda allí, gris y blando como el sueño.

Ya no puede más, dice mamá. Es el cuarto que le he cazado hoy día. Él mismo es incapaz de cazarlos. Se le escurren por entre las patas y el muy gandul se queda dormido.

Los cestos se van llenando de maíz. El granero parece cada vez más grande. Cuando esté totalmente vacío, parecerá enorme.

Las mazorcas ruedan como por sí solas en mis manos y caen al cesto como por sí solas.

La palma de la mano duele sólo cuando está vacía. Al contacto con el maíz ya no siento el dolor; es tan grande e intenso que se mata a sí mismo. Sientes un hormigueo, y luego te desaparece la mano junto con la muñeca y los dedos.

Cojo las mazorcas por debajo. Abro una calle para que huyan los ratones. Y el miedo me ata un grueso nudo en la garganta, un grueso nudo de aliento.

Dos ratones trepan por la pared de madera. Mamá reparte dos golpes y los dos caen a tierra.

El gato arranca dos cabezas más. Sus dientes crujen.

Es octubre, y en octubre es la fiesta del pueblo.

El hijo de los vecinos disparó por mí en una barraca de tiro al blanco.

En unas planchas de lata habían dibujado una gallina, un gato, un tigre, un enano y una niña. El enano tenía barba y parecía un Papá Noel.

El hombre de la barraca tenía un solo brazo. Cogió el dinero que le entregué empinándome lo más que pude. Cargó un fusil

utilizando la mano y la rodilla, y se lo alcanzó a mi cazador.

Mi cazador apuntó. A cuál quieres que dispare, me preguntó. Yo recorrí todas las planchas de lata con la mirada.

A la niña, le dije, dispárale a la niña.

Entornó los ojos con tanta firmeza que toda su cara adquirió la expresión severa de un verdadero cazador.

Disparó y volcó la plancha de lata, que aún trepidó un instante antes de inmovilizarse. La niña quedó cabeza abajo. Hizo un equilibrio de cabeza.

¡Muy bien!, dijo el hombre de la barraca. Elegid algo que os guste.

De un cordón colgaban gafas de sol, cadenas, muñecas con vestidos de goma espuma tiesos y caricias con fotos de mujeres desnudas en la parte de afuera.

Sobre el tablero de la mesa había dominguillos y latones. Uno de los ratones me pareció particularmente burdo. Me lo llevé.

Era gris oscuro, tenía una cabeza cuadrada, un par de orejas recortadas, un rabo de cuero y, debajo de la barriga, un carrete con un largo hilo blanco. Al otro extremo del hilo habían fijado una anilla de metal pulido.

Me puse el ratón sobre la palma de la mano extendida y pasé la punta de un dedo por la anilla. Luego quité la mano.

El ratón se precipitó al suelo zumbando y describiendo un gran arco. Yo lo seguí con expresión tensa.

Chacoloteó un rato al andar.

Cuando se detuvo, rompí a reír a intervalos breves.

Luego volví a enrollar el hilo, puse otra vez al ratón sobre la palma de mi mano y pasé la punta del dedo por la anilla. Después quité la mano.

El ratón se precipitó al suelo zumbando y describiendo un gran arco; chacoloteó nuevamente al caminar y yo volví a reírme.

Me reí hasta el atardecer, cuando las bombillas empezaron a encenderse en el pueblo.

Comenzó la música. Las parejas siguieron al primer bailarín.

Los niños iban brincando tras el cortejo por el camino vecinal. La nube de polvo impedía verlos. Yo oía el ruido que hacían. En las esquinas bailaban en corro, girando muchas veces en redondo y luego volvían a avanzar, brincando.

Con mi ratón en la mano me encaminé a casa por la acera. Aquella noche el ratón durmió junto a mi cama, en el alféizar de la ventana.

Era una noche gélida. Fosforescentes ojos gatunos atizaban el fuego en los heniles. La nieve caía sobre los perros vagabundos.

Oí al cerdo. Estaba gimiendo.

Su resistencia era tan débil que las cadenas resultaban superfluas.

Estaba tumbada en mi cama. Sentí el cuchillo en el gaznate.

Me dolía, la incisión era cada vez más profunda, la carne se me iba calentando, algo empezó a hervirme en la garganta.

La incisión se hizo mucho más grande que yo, más grande que la cama, ardía bajo la manta, palpitaba gimiendo por la habitación.

Las vísceras arrancadas rodaron, humeantes, por la alfombra, oliendo a maíz semidigerido.

Por encima de la cama, un estómago repleto de maíz colgaba de un intestino que cada vez se adelgazaba más y palpitaba.

Ya iba a romperse el intestino, cuando encendí la luz.

Me enjuagué el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Me vestí. Las manos me temblaban al abotonarme. Mis mangas y mis perneras eran como un saco.

Toda mi ropa era como un saco. La habitación entera era como un saco. Yo misma era como un saco.

Salí al patio y vi el enorme cuerpo colgado del poste. A escasos centímetros de la nieve sangraba un hocico redondo como una concha. Un gran vientre blanco, como el de un pez preñado. Un enorme mamífero rumiante.

Manchas de sangre en la nieve. Blancanieves tenía la piel blanca como la nieve y las mejillas rojas como la sangre. Nieve salpicada de sangre, nieve y sangre sobre siete montañas.

Los niños escuchan el cuento y se palpan la mejilla lisa y aterciopelada.

El frío corroe las fachadas con su sal.

En algunos sitios se desprenden los letreros. Letras y números van cayendo al paso de las estaciones que se instalan en las vallas como picamaderos huesudos y picotean las labores de las mujeres, que de día están siempre solas y se enredan en los oscuros pliegues de sus faldas. Entran y salen silenciosas por entre las paredes de sus casas, y tras ellas las puertas se apoyan chirriando contra las habitaciones.

Al mediodía interrumpen su silencio llamando a las gallinas que, atraídas por los relucientes granos de maíz amarillo, evolucionan por el patio con el plumaje en desorden, esparciendo sus plumas y trayendo consigo el viento de las calles.

Los niños llegan de la escuela chillando. Los más grandes les meten nieve en la nuca a los más pequeños, les golpean la espalda con sus mochilas, les arrancan las gorras de la cabeza, los tiran al suelo fangoso y les hunden la cabeza en la nieve.

Y cuando la cabeza se les pone azul por el frío y el miedo, los pequeños rompen a llorar desesperados y vuelven corriendo a sus casas con la ropa hecha un asco.

Los hombres embozados que regresan de la taberna bajo sus gorros de piel apolillados pasan de largo sin pensar en nada y hablando solos. Tienen labios y párpados violáceos, y se parecen a los muñecos de nieve que surgen de la niebla en las esquinas de las calles y podrían arrasar el pueblo con sus enormes barrigas.

En primavera, cuando el sol lame, espumeante, sus cuerpos endurecidos, la hierba vuelve a asomar por debajo de sus barrigas, y en las bodegas se instalan tablas sobre las que los hombres avanzan como grandes aves palustres hacia los barriles de vino. Y cuando el vino gorgotea en sus gargantas, también el agua gorgotea bajo sus zapatos.

Es un agua amarillenta y dura, y al lavar suelta sémola en vez de espuma y deja la ropa blanca, áspera y gris.

Las mujeres flotan macilentas en sus largos jubones por las calles del pueblo.

Durante las vacías mañanas van a la tienda protegidas por el

canesú fruncido de sus blusas y el huesudo soporte del pañuelo rematado en punta sobre sus cabellos, y compran levadura o una caja de fósforos.

Y la pasta que amasan se hincha como una criatura monstruosa y se arrastra por toda la casa, enloquecida y ebria de levadura.

Al desayunar, las mujeres mayores beben a sorbos la piel gruesa de la leche y mastican pan de dulce remojado y aún conservan las legañas de la noche en la comisura de los párpados. Y al mediodía mastican el almidón de los fideos blancos y redondos.

En las tardes de invierno se sientan junto a la ventana y se entretejen ellas mismas en sus medias de lana rasposa, que cada vez son más largas y acaban siendo tan largas como el invierno mismo, que tienen talones y dedos y son peludas como si pudieran andar por sí solas.

Y sus narices se alargan más y más sobre las agujas de tejer y brillan pringosas como carne hervida. Las gotas quedan suspendidas un instante en ellas y brillan antes de caer en los delantales y esfumarse.

En las paredes cuelgan sus fotos de matrimonio. Llevan pesadas guirnaldas sobre la blusa lisa y en el pelo. Sus afiladas manos se ven hermosas sobre el vientre, y sus jóvenes rostros parecen tristes. Y en las fotos contiguas aparecen con niños cogidos de la mano y tienen senos redondos bajo la blusa, y detrás de ellas se ve una carreta y encima de ésta, apilado, el heno.

Mientras tejen les crecen en la barbilla unos cuantos pelos lánguidos que se ponen cada vez más mortecinos y grises y a veces se extravían entre los hilos de la media.

El bigote les crece con la edad, por sus fosas nasales y sus verrugas asoman los pelos. Son velludas y no tienen senos. Y cuando terminan de envejecer, parecen hombres y se deciden a morir.

Fuera refulge la nieve. Junto a los caminos, los perros orinan manchas amarillas sobre la nieve y desvisten los últimos restos de maleza entumecida.

A la orilla del pueblo las casas son bajas y se achatan tanto que ya ni se distingue muy bien dónde terminan. El pueblo avanza hacia el valle por encima de las calabazas que yacen olvidadas en el campo, gruesas y verrugosas.

Cuando oscurece, los niños recorren el pueblo con sus

calabazas ebrias y aterradoras, iluminadas por dentro.

A las calabazas se les quita la pulpa y se les abre luego un par de ojos, una nariz triangular y una boca.

En el interior se coloca una vela. La llama brilla por los agujeros de los ojos, la nariz y la boca.

Los niños agitan en la oscuridad esas cabezas cortadas, y corren llorando hacia sus casas.

Los adultos pasan de largo.

Las mujeres se arrebuja aún más en sus dengues y enredan los dedos entre la flocadura. Los hombres se llevan a la cara las gruesas mangas de sus abrigos.

El paisaje se diluye en el crepúsculo.

Las ventanas de nuestras casas brillan como las calabazas iluminadas.

El médico vive lejos. Tiene una bicicleta sin luces y se ata la linterna de bolsillo al botón del abrigo. Yo no logro distinguir al médico de la bicicleta. El médico llega demasiado tarde. Mi padre ha vomitado el hígado, que apesta a tierra podrida en el cubo.

Mi madre se agita frente a él con los ojos desencajados y le echa aire a la cara con su enorme trapo de cocina y llora.

En la cabeza ahuecada de mi padre, su vela ha dejado de embromarlo.

A la orilla del pueblo tiran la vajilla vieja. Ollas sin fondo, abolladas y destrozadas, cubos oxidados, cocinas económicas con tableros rotos y sin patas, tubos de estufa agujereados. Desde una jofaina deslindada emerge una planta de flores amarillo brillante.

El gusano mordisquea la pulpa amarga de las endrinas y deja un jugo incoloro sobre la piel azul mate de los frutos.

En el interior del arbusto se asfixian las hojas. Las ramas pugnan por salir de la zanja, se prolongan en largas puntas espinosas y se deforman en su búsqueda de luz.

En el valle hay un sólido puente de hierro que el tren atraviesa sin cambiar de llanura, rumbo a otra localidad exactamente igual a nuestro pueblo. Bajo el puente hay nieve en invierno y sombra en

verano. Jamás se ve agua en el fondo. El río no se preocupa del puente; discurre a su lado. En los días calurosos del verano se reúnen allí las ovejas.

Las ortigas fustigan el pueblo con sus sombras movedizas. Rozan las manos con su fuego, dejando unas mordeduras rojizas y turgentes cuyas lenguas lamen la sangre y duelen en las redes venosas de la mano.

Los patos se sumergen en el tibio lodo del estanque. En la otra orilla salen de nuevo a la superficie blancos y secos, como si no hubieran estado en ningún sitio.

Son gordos y tienen las alas atrofiadas, y sus cerebros escasamente irrigados han olvidado hace tiempo que son aves.

Las mujeres utilizan las alas para barrer de la mesa la harina y las migajas de pan.

De sus picos caen gotas de fango al estanque y provocan un temblor expansivo en el agua.

En verano, las mujeres les arrancan el plumón blanco del vientre. Y ellos se pasan todo el verano desplumados, contoneándose sobre la hierba y arrastrando las alas y encogiéndolas como si fueran hombros, y rastrean los finos surcos de las lombrices, e intercambian graznidos y picotean los saltos dilatados de las ranas.

Y cuando llega el otoño, son sacrificados.

En el nacimiento del cuello, sobre una superficie del tamaño de un pulgar, les arrancan las plumas. La vena principal queda a la vista y se torna cada vez más gruesa y más visible por efecto del miedo. La abuela se para con sus pantuflas sobre las alas. Luego le estiran la cabeza hacia atrás, el cuchillo penetra en la vena más gruesa y la incisión se alarga y amplía siempre más. La sangre brota a borbotones y gotea, cayendo en una cubeta blanca. Sale caliente, y al contacto con el aire se vuelve negra y amenazadora.

De pie sobre las alas, inclinada y ausente, la abuela sigue el vuelo de una mosca, se pasa la mano libre por la espalda y se queja de dolor de cintura.

La sangre ha manado hasta la última gota.

La abuela quita los pies de las alas. El cuerpo vacío tiembla un instante en las membranas natatorias. La muerte está ahí; las plumas blancas pertenecen nuevamente a un ave que ahora alzaré el vuelo.

El verano está ahí arriba.

El pato desaparece en un cubo de agua hirviendo. La abuela lo saca sujetándolo de las patas. Las plumas ahora están mojadas y parecen más ralas. La abuela sumergió un ave en el agua y saca una media de lana deshilachada con una cabeza que se niega a cerrar los ojos. Arranca las plumas de los poros de la piel amarillenta y las va tirando al agua, donde bajan hasta el fondo. Unas cuantas siguen nadando al borde del cubo, en círculo, como si buscaran algo.

La abuela le abre una tapita en el pecho. La levanta. Del interior sale humo y un olor a calor y ranas semidigeridas.

En el buche delgado y transparente se ha depositado el fango verdoso del estanque.

Mañana es domingo, y cuando den las doce, tendré en mi plato un corazón y un ala.

Feliz, domingo, buen provecho.

Detrás de los heniles, entre la leche de los botones de oro y el pelamen de los cardos, anidan las serpientes. A veces se agitan las hojas y los tallos. Y no hay nadie. Ni siquiera el viento.

Echas una mirada. El calambre aumenta y te hunde en la carne unos garfios que resbalan por los huesos de los pies y caen a tierra. Miras al suelo y en algún lugar ves tus zapatos alejarse solos y sangrando, y el miedo se enrosca entre el blanco y ondulante plumaje de los botones de oro que empiezan a marchitarse. Cada hoja y cada tallo se vuelve una serpiente. Entre el trébol palpitan las crías, que se hinchan y se ovillan a la altura del cuello y del vientre.

Por la noche, el sueño atraviesa el patio interior y llega hasta mi cama.

Y allí está el henil con su paja podrida por la lluvia, como un fangal. Largas serpientes negras reptan por encima y se revuelcan en ella. En el interior la paja está seca y es de un amarillo brillante como las flores de la hierba. Las serpientes son frías y viscosas.

El patio desaparece, los huertos desaparecen, la casa entera desaparece entre la paja. No se ve ni una ventana, ni una valla, ni un árbol, ni un tejado. Mamá sale a la calle con su escoba chata. Y cuando se dispone a barrer, una serpiente se le enrosca en el mango de la escoba. La tira y echa a correr llorando y pidiendo auxilio por la calle. Las ventanas no se abren, las persianas no se abren. No se ve un alma en todo el pueblo.

Me despierto. En la nuca y en la frente tengo el pelo húmedo y revuelto. Mi abuela dice que he gritado en sueños.

Las serpientes vuelven a esconderse bajo las hojas de los botones de oro.

Y un buen día la abuela trae otra vez las serpientes. Se descuelgan del canesú de su blusa, de sus cuerdas vocales, de una conversación que, como siempre, empieza con un «por entonces».

Le echa sal a la pasta, en la que sus brazos desaparecen hasta el codo. Yo voy añadiendo agua.

Abuela, qué manos tan duras tienes.

Por entonces había muchas serpientes en la aldea. Desde el bosque atravesaban el río hasta los campos, de los campos pasaban a los huertos, de los huertos a los patios y de los patios a las casas. Allí se ovillaban de día tras las escaleras, y de noche se bebían la leche fría de los cubos.

Las mujeres llevaban consigo a sus hijos pequeños cuando salían a trabajar al patio o al huerto, los metían en canastas de mimbre, entre mantas, y dejaban las canastas a la sombra de los árboles. Arrancaban manojos de hierba de los bancales con raíz y terrón incluidos. Tomaban aliento, volvían a escardar y sudaban.

Ella vivía a la orilla del pueblo. Aquel día estaba en el huerto y había dejado al niño en la canasta de mimbre, bajo el árbol. Junto a la canasta había una botella de leche. Estaba escardando la hierba del bancal de patatas. Olía a sudor. De pronto miró hacia el sol, puso a un lado el azadón y se dirigió al árbol.

La mirada se le vació, la ropa se le pegó a la piel. Se quedó paralizada. Levantó bruscamente al niño, sollozó y gritó, y mientras se tambaleaba sobre la hierba, la serpiente salió de la canasta arrastrándose lenta y perezosa por el suelo, y la mujer encaneció en cuestión de segundos.

En el huerto se quedaron el azadón y la canasta de mimbre bajo el árbol. La serpiente se había bebido la leche de la botella.

El pelo le quedó blanco a la mujer y la gente del pueblo tuvo por fin la prueba de que era una bruja.

Ya sólo hablaban de brujería y no se juntaban con ella. La esquivaban e insultaban porque se peinaba de otro modo, porque se ataba el pañuelo a la cabeza de otro modo, porque pintaba sus puertas y ventanas de modo distinto a como lo hacía la gente del pueblo, porque usaba otro tipo de ropa y tenía otros días de fiesta, porque nunca barría el empedrado de la calle y en los días de matanza bebía como un hombre y por la noche estaba borracha y en

vez de lavar la vajilla y salar tocino, bailaba sola con su escoba.

Y al llegar la primavera su marido se puso pálido y transparente, y un día amaneció tieso y frío en la cama.

Tuvo que enterrarlo detrás del cementerio, entre los juncos, allí donde el agua gorgotea cuando caminas.

El juncal parecía más alto e impenetrable que nunca aquel verano.

Las ranas croaban y se enfriaban e inflaban más que de costumbre; las libélulas zumbaban con más fuerza al volar y permanecían suspendidas en el polen blanco de las dragonteadas. Y allí se quedaban muertas, en el juncal, bellas y vacías.

Por las tardes subía humo del juncal. La bruja había vuelto a encender velas.

Aquel verano había en el pueblo un olor acre totalmente nuevo. La hierba mala había proliferado y ardía prodigándose en toda suerte de colores.

Las mujeres hablaban susurrando al encontrarse en la calle, y hundían aún más la cara en sus pañuelos huesudos y empezaban a parecerse entre sí.

De tanto susurrar la voz se les ponía ronca como la de los hombres, y se les endurecía la cara.

Los hombres iban al campo apiñados en carretas chirriantes, y no abrían la boca mientras trabajaban. Deslizaban sus guadañas por el pastizal y sudaban de tanto laborar y callar.

En la taberna no se reía ni se cantaba.

Las moscas zumbaban canciones frenéticas y obstinadas contra las paredes.

Solitarios y absortos detrás de las mesas, los hombres se echaban al colete la ardiente bebida, dejaban caer sus cortas pestañas, apretaban bien los labios y movían los pómulos de un lado a otro.

De los huertos llegaba un olor húmedo y amargo.

La lechuga crecía áspera y rojiza y crujía como papel en los senderos. Y las patatas, verdes y amargas bajo su piel, tenían los ojos muy hundidos en la carne. Eran pequeñas y duras, y pasaban todo el invierno bajo tierra. La planta, sin embargo, era alta y

frondosa, y prodigaba sus flores en verano.

El rábano picante crecía espumoso en los bancales, y sus raíces parecían más puntiagudas y leñosas que nunca.

Los escaramujos se quedaron verdes y agrios. Fue un verano demasiado húmedo para ellos.

En la esquina de una calle estaba la bruja.

Las mujeres rasgaban sus sábanas blancas y con las tiras hacían lazos que ataban en los huertos. Por encima de los lazos el cielo estaba negro de espantapájaros. Los había en todos los huertos.

Las mujeres rellenaban de paja los trajes de los hombres y los enfilaban en largas estacas. Luego les ponían sombreros, los sombreros se mecían al viento; no tenían cabeza ni rostro.

Extenuados, los pájaros se quedaban chillando en el aire. El hambre revoloteaba. Crecía en el bosque y evitaba el pueblo, que parecía una isla negra.

Y cuando llegó el invierno, los huertos se deshojaron, los bancales quedaron duros y vacíos, y los espantapájaros permanecieron en sus palos. Y cuando nevó crecieron, amonestadores, en el aire, convirtiéndose en grandes magos de hielo y porcelana que sobrepasaban las copas de los árboles.

De sus sombreros caía la nieve al pueblo, las nubes se agolpaban en torno a sus hombros, y las cornejas bajaban volando al valle desde sus gargantas.

Nevaba en el largo portal, situado sólo un peldaño por encima de la calle. En el patio se quebraba la hierba seca. Las gallinas se acurrucaban en las puertas, unas contra otras. Por toda la casa había ramas desperdigadas. En los cuartos se oían chasquidos como en el bosque. En el centro de la habitación había un tajo, y a su lado, un hacha.

En el pozo nada el ruido del hacha. La bruja está otra vez cortando leña en su habitación. De su chimenea sale un olor a manzanas quemadas.

Los Papas Noel recorren el pueblo de un extremo a otro.

Los niños tienen miedo de sus nueces y naranjas.

Feliz Navidad.

Por Año Nuevo llega una carta al pueblo. El cartero mira largo

rato el matasellos. Es de una localidad desconocida dentro del país. En el pueblo nadie se llama Lena. La carta sólo puede ser para aquella colona, para esa joven bruja de cabello blanco.

Mi abuelo sabe a veces que no sabe lo que sabe. Y entonces se pasea solo por la casa y por el patio, hablando a solas. Una vez lo vi cortando remolachas en el establo y él no me vio. Hablaba solo en voz alta y agitaba los brazos sin soltar el hacha. Cortaba el aire a su alrededor, se levantaba y daba vueltas en torno al cesto de remolachas, y la cara se le descomponía más y más. Y por un instante adquirió un aspecto juvenil que no había tenido en mucho tiempo.

Mi abuelo se alisa el espeso bigote. Le quedan algunos pelos en la mano. Los mira y luego los tira al suelo, sin olvidar pisarlos una y otra vez.

Hace varias noches que mi abuelo duerme en el establo, sobre una carretada de heno. La vaca tiene que parir. Se yergue con el trasero vuelto hacia él y deja caer en la paja una fina bosta de remolacha verdosa que salpica las paredes y se queda pegada al muro de cal como las moscas y despide vapor. En esa atmósfera caliente, la vaca se olvida de parir.

En el calendario de pared católico de la cocina el plazo fijado ha quedado atrás hace ya tiempo. Junto a un número encerrado en un círculo se lee: vaca cubierta. Y junto a otros números puede leerse: gallina clueca empieza a empollar, entregué tabaco, compré cerdos.

Contemplo el vientre duro y grueso de la vaca, y dudo que pueda sobrevivir con semejante barriga. Creo que en su interior sólo tiene una roca.

Esta vez tampoco me dejan ver parir a la vaca. Siempre veo al ternero recién parido en la paja, a su lado. Cruje al moverse y le tiemblan las patas. Le han dado un baño de salvado y la vaca le lame la envoltura viscosa de la piel.

Y una vez más me indigna el truco de bañar al ternero en salvado. Sé que eso también es un engaño.

También la gata me muestra su oreja herida, y ve la nieve salpicada de sangre. La mancha seguirá allí aunque llegue el verano, siempre estará allí porque yo la vi en aquel sitio.

Mi muñeca dormilona está con la cara apoyada sobre el cojín de la silla. La pongo boca arriba. Tiene la nariz chafada. Lleva ropa de

invierno gruesa. Los ojos se le han roto. Miro al interior: un agujero profundo con dos bolas de plástico pegadas a un muelle. Así son los bellos ojos azules de mi muñeca.

Las flores de escarcha tejen sus laberintos sobre el cristal de las ventanas. Un grato escalofrío recorre mi piel. Mamá me corta tanto las uñas que las puntas de los dedos me hacen daño. Con las uñas recién cortadas siento que no podré caminar como es debido.

Continuamente camino sobre las manos. Siento además que con estas uñas cortas no podré hablar ni pensar como es debido. Y el día no es otra cosa que un esfuerzo gigantesco.

Las flores de escarcha devoran sus propios pétalos, te miran como ojos lechosos, ciegos.

Sobre la mesa humea la sopa de fideos. Mamá dice: venga, a comer, y si no me presento a la primera llamada ni me siento bien pegada a la mesa, su mano dura no tarda en surcar mi mejilla.

El abuelo se hace llamar varias veces. A menudo pienso que lo hace por mí. Me gusta cuando no escucha a mamá.

Se enjuaga el serrín de las manos y se instala en su puesto de siempre, a un extremo de la mesa.

Y nadie dice una palabra más. Tengo la garganta seca.

Y no puedo pedir agua, porque está prohibido hablar durante las comidas.

Cuando sea grande cocinaré flores de escarcha, hablaré durante las comidas y beberé agua con cada bocado.

Papá entró por la puerta con las botas tachonadas de esquirlas diáfanas y relucientes. Se quitó los guantes y se sentó en la silla.

Un charquito de agua fría y temblorosa quedó en el sitio donde acababa de estar, y al caminar fue dejando tras de sí una suela húmeda sobre el entarimado.

Luego se quitó las botas. Eran de una piel de vaca durísima y muy estrechas.

Papá sacó de las cañas sus peales, empapados por el agua de lluvia y el sudor, y arrugados por la caminata.

El pie de papá tenía una planta, y esa planta tenía un talón

áspero y agrietado también en invierno. Y cuando por la noche papá se restregaba sus talones ásperos y agrietados con una teja, no se le ponían más lisos ni más suaves. Formaban parte de él tal como eran, duros y ásperos. Y creo que no había en el pueblo nadie que no tuviera esos mismos talones ásperos y agrietados. Quizá fuera el suelo sobre el que se alzaba el pueblo, y que todos llamaban campo, la causa de aquellos talones. Era un suelo pegajoso y levantisco. Mamá colgó los peales en el tubo de la cocina económica. Los había hecho con la tela a rayas de uno de los vestidos domingueros que me habían regalado por Pascua y me quedaba corto, y del que llegué a sentirme muy orgullosa.

Por entonces estaba el fotógrafo en el pueblo. Yo era rolliza y tenía hoyuelos en las muñecas. En la cabeza usaba un rodete que en los días de fiesta mamá me humedecía siempre con agua azucarada y me enroscaba luego con el mango de un cucharón. Y esa vez se me había torcido, como siempre en los días de fiesta, porque mamá rompió a llorar mientras me peinaba: papá había vuelto otra vez borracho del bar.

El día de fiesta se fue al agua como todos los días de fiesta en esa casa.

Y eso también se nota en el torcido rodete de pelo y agua azucarada, y en la sonrisa torva que tengo en esa foto.

Una vez peinada y vestida salí al patio interior y me encerré en el retrete, me bajé los pantalones, me senté en la taza hedionda y rompí a llorar con fuerza. Me fui a llorar allí para no ser sorprendida, y cuando oía pasos fuera, enmudecía en el acto y hacía ruido con el papel higiénico, pues sabía que en casa no se podía llorar sin motivo. A veces mamá me pegaba cuando me oía llorar y me decía: pues nada, ahora al menos tienes un motivo.

Pese a todo, me limpié el trasero con el papel higiénico y miré luego el agujero y vi la caca, en la que se agitaban unos gusanillos blancos. Vi unas bolitas de caca negras y supe que la abuela estaba otra vez estreñida, y vi la caca amarillo claro de mi padre vi la caca rojiza de mi madre. Me disponía a buscar también la del abuelo, cuando mamá gritó mi nombre en el patio: en cuanto llegué a su habitación, dejó resbalar la media que se estaba poniendo y me dio una bofetada, contesta cuando te llame.

Y cuando llegamos a casa de la abuela, que vive al otro extremo del pueblo, mamá se echó a llorar y dijo que papá llegaba borracho a casa cada día. Papá estaba sentado a la mesa y no tocó la copa de vino que la abuela le había puesto delante; de pronto se

levantó, se puso la americana bajo el brazo y se marchó. Mamá apoyó las palmas de la mano contra la estufa de azulejos y estalló en sollozos. Yo estaba saboreando un trozo de tarta.

Mamá apoyó todo su cuerpo contra la estufa de azulejos y empezó a llorar a gritos. De pronto me vio sentada en el taburete, mirándola, y nos gritó inesperadamente a Heini y a mí: ¡Idos a jugar los dos al patio!

Heini y yo salimos al patio sin decir ni pío. Heini se mordisqueaba el índice.

Me puse a dar vueltas por el patio, y Heini desapareció entre las plantas de maíz del huerto. Me detuve junto al montón de arena que brillaba intensamente. La arena estaba seca, pero el brillo la hacía parecer húmeda.

Empecé a construir una casa.

¿Por qué todo lo que hacen las mamas se llamará trabajo, y todo lo que hacen los niños, juego? Mi casa se agrietaba bajo el sol. Y yo volvía a alisar las paredes. La casa de la abuela tenía paredes húmedas y mohosas. Mi abuela las blanqueaba a menudo, pero el moho volvía a abrirse paso a través de la pintura. Era un moho salado.

Las cabras lo lamían al volver del pastizal, las tardes de verano. Dentro, una fina estela de arena que las hormigas traían de la calle contorneaba las paredes.

También había hormigas en el suelo de la habitación. La abuela no tenía nada contra las hormigas.

Un día se metieron en la azucarera y al final había más hormigas que cristales de azúcar. Parecían semillas de amapola en ebullición.

Yo les tenía miedo, eran diminutas e innumerables y no hacían ruido al trabajar. La abuela seleccionó los cristales de azúcar uno a uno y dijo que las hormigas no eran sucias ni venenosas y que ese azúcar se podía utilizar.

Yo no quise probarlo y vacié mi té en el cubo de agua potable cuando la abuela salió de la cocina.

De día era verano. Cuando oscurecía, la estación perdía todo sentido pues no se veía nada de ella. Era simplemente noche. Fuera retumbaba una tormenta. La lluvia tableteaba sobre el tejado. Y el

agua se precipitaba por los canalones.

La abuela se cubrió la cabeza con un saco y empujó el gran barril de madera bajo el canalón. Quería recoger agua de lluvia.

Agua de lluvia -sin quererlo yo la asociaba al terciopelo-. Era suave y dejaba el cabello dócil y sedoso.

Había anochecido. Nunca supe cómo es que llegaba la noche, así, en silencio. Cada noche el verano se ahogaba despiadadamente en medio del pueblo. Todo se hundía de pronto en una oscuridad y un silencio absolutos.

Fuera seguía tronando y relampagueando. Las mantas me pesaban como una gruesa capa de nieve. Tenía la garganta llena de hierba húmeda.

La habitación se iluminaba de rato en rato. Crujían las grandes cajas vacías que la abuela guardaba allí hacía años. En el techo correteaban animales fantásticos de muchas patas esbozados por las manchas de luz y sombra. Los cables de los postes telegráficos se entrechocaban y lanzaban las calles de un lado a otro.

Fuera, en la noche, los árboles se azotaban. Yo los veía a través de las paredes. La casa de la abuela se había convertido en una casa de vidrio.

Eran árboles delgados, pero no se quebraban. Se aproximaban cada vez más a mi cama e irradiaban mucho frío.

Y yo quería bebérmelos al verlos tan fríos y tan incoloros, pero ellos me cortaban la cara y decían, no somos de agua, sino de vidrio. También la lluvia es de vidrio.

Luego se vació la habitación. El trueno tiraba de las persianas.

Oí borbotear en el orinal el pis de Heini y me di cuenta de que no estaba sola en esa habitación.

Llamé a Heini por su nombre y él me preguntó, sin dejar de orinar, ¿tienes miedo?

Un poco. Un relámpago alumbró la habitación.

Y vi a Heini con las rodillas dobladas, sosteniendo el orinal en una mano y en la otra su miembro, muy blanco a la breve luz del relámpago.

También a mí me entraron ganas de orinar. Me levanté, me senté en el orinal y hundí la barriga lo más que pude para no hacer

mucho ruido. Pero el dichoso ruido fue en aumento y yo estaba sin fuerzas y no podía seguir orinando a gotas.

Era algo tibio que brotaba de mí, susurrante.

Heini me invitó a su cama. No me asustan los relámpagos, dijo. Me eché a su lado bajo la manta y miré la habitación. En la puerta del armario colgaba uno de esos animales hechos con manchas de luz.

Lo observé.

Podría quererte si no orinases tan raro por esa especie de caño. Es tan feo.

Tranquila, que mañana lo cortamos.

Espero que no tendré un hijo tuyo. Me da miedo. Los dos hemos meado en el mismo orinal y creo que eso no está bien.

Tranquila, que si es así nos casamos.

Pero si somos primos.

¡La abuela orina tanto! Tiene el vientre caído.

¿Y tú cómo lo sabes?

Se le ve a través de las faldas.

Hasta que el día empezó a filtrar los ruidos del verano por las paredes. El pueblo entero estaba en la calle.

Volví a casa entre los cuellos de los gansos que me seguían silbando. Me entró miedo y apreté el paso. Más de una vez eché a correr.

El perro me ladró como a una extraña. Mamá estaba trabajando. Papá estaba trabajando. El abuelo estaba trabajando.

La abuela estaba en casa.

La abuela era la madre de mi madre. El pueblo estaba lleno de abuelas.

Tuve que pelar patatas. Y el cuchillo se me resbaló entre los dedos.

La fécula me ardía en la herida. Había sangre en la patata pelada. Dejé caer el tubérculo al agua. Luego lo saqué y lo corté en trocitos. No sabía por dónde empezar a cortar. Muchas decisiones había que tomar antes de cortar una patatilla ¿Qué ancho y qué largo

debía tener una rodaja de patata bien cortada? Probablemente no había ninguna que estuviera bien cortada. Nadie lo sabía.

La última rodaja me salió torcida y horrible. Me la metí en la boca, la mordí y la escupí luego sobre las mondas. Encima puse largas tiras de mondas para ocultarla.

La abuela espolvoreó harina sobre la pasta y la amasó a lo largo y ancho. Después empezó a cortarla en cuadraditos que mojaba con clara de huevo. Las faldas de la abuela temblaban. Su delantal estaba lleno de harina.

Mi otra abuela tiene senos grandes, mientras que ésta es totalmente lisa. Y la otra abuela tiene el vientre caído. Heini se lo ha visto. Es probable que todas las abuelas tengan el vientre caído. Pero a esta abuela no se le ve a través de las faldas.

¿Quién sabe? Quizás Heini se lo vería. Aunque él sólo tiene una abuela, y yo tengo dos. Para Heini es muy fácil. Lo sabe todo.

Llaman a la primera misa. Bandadas de gorriones vuelan del campanario a los altos chopos. Las ramas se entrechocan. Todo el tiempo se agitan y echan viento en ráfagas amplias y frescas sobre el pueblo, de suerte, al caminar, que los hombres tienen que sujetarse el sombrero con una mano. Las hojas que caen de los chopos son verdes y saludables como el verano. El alcalde dice que la caída de hojas en pleno verano se debe al repique de la gran campana, destemplada hace años por la herrumbre que la recubre. Y el cura la atribuye al hecho de que la campana pequeña cuelga a muy poca altura en el campanario. Por eso hay continuas desavenencias entre el cura y el alcalde del pueblo.

Las mujeres doblan por la esquina. Pasan junto al crucifijo y hacen tres veces la señal de la cruz con dos dedos, la primera en la frente, la segunda en la boca, y la tercera en el pecho.

Luego suben los cuatro peldaños y se arregazan la falda a la altura del talle para no pisar el ribete. El ribete es la parte más pesada, ancha y bonita de las faldas.

Hay una sólida puerta de madera y gruesas paredes ciegas que, en su parte más alta, tienen unas ventanitas de vidrio policromo cuyos colores no existen en la iglesia ni en la calle. La misa no debe salir a la calle, y la calle no debe entrar en la iglesia. Los goznes rechinan y la sólida puerta de madera vuelve a cerrarse, mientras la música del órgano nada por el espacio y te zumba como una abeja en torno a la cabeza hasta que tu oído se acostumbra y la música ya no te martillea en las sienes y los ojos ya no te arden en la leche de las velas.

Las mujeres humedecen fugazmente la punta el pulgar en la pila de agua bendita y vuelven a persignarse en la frente, la boca y el pecho; luego se encaminan, trémulas y cautelosas como si no quisieran sentirse a sí mismas, hacia un banco en el que aún les queda un espacio vacío entre las faldas. Junto al banco hacen la genuflexión, apoyando la falda sobre el entarimado, luego se incorporan y se sientan en el puesto libre y vuelven a santiguarse y al hacer la señal sobre el pecho ya están en medio de una oración.

El órgano resuena arriba, en el coro.

El entonador tiene un par de ojos azules y legañosos que se le reducen y se le hunden cada vez más en la cabeza. Tiene el cabello muy blanco y unos manojos de hierba congelada sobre la boca y en torno a los ojos. Su dentadura postiza le rechina al hablar. Se le caería al suelo si antes de empezar a reírse no pusiera la mano debajo de la barbilla. Cuando se ríe mucho rato y con la boca demasiado abierta, la dentadura acaba irremediablemente en su mano.

Y él se la vuelve a poner con la mirada perdida, pero ya sin reírse. Jamás logra reírse hasta el final. Y a veces dice que envejecer es horrible.

Hace un año su dentadura era demasiado pequeña. Le apretaba la encía hasta hacérsela sangrar. Y con el paladar escoriado se fue a ver al dentista del pueblo. Éste abrió de golpe su ventana y arrojó la dentadura lejos, hasta el huerto de la iglesia. El entonador se internó en el campo de tréboles. Acababan de podarlo y la dentadura se veía desde lejos. Por un instante le pareció tan extraña como la dentadura de un perro. La recogió y con su pañuelo sacudió la tierra que se le había pegado. El dentista seguía de pie en el marco de su ventana con el brazo extendido, y el miedo le había fruncido la cara. Movía los dedos como haciendo señales. El entonador se puso la dentadura en la mano, grande y blanca, y no bien llegó al consultorio, el dentista empezó a limar la cara interior de los dientes, dejando caer una harina blanca al suelo, y lo atendió casi con cordialidad. Pero el entonador, mudo, clavó la limada en las tenazas y tijeras dispuestas sobre un paño blanco. Y cuando el dentista quiso ponerle la dentadura en la boca, él apretó los labios con fuerza y estiró la mano. Y con su dentadura en la mano se marchó sin despedirse.

Una vez fuera, se guardó la prótesis en el bolsillo del abrigo y no se la colocó hasta llegar ante el portón de su casa. Y vio que le bailaba. Era demasiado grande. Pero desde ese día no ha vuelto a ir al dentista.

Mientras pisa los fuelles del órgano sostiene su sombrero en una mano y con la otra se apoya en la pared de la caja del órgano.

Acciona los fuelles a intervalos regulares, como si fuera en bicicleta, como si quisiera poner en marcha la caja del órgano. Y los fuelles y la iglesia entera empiezan a retumbar bajo sus pies.

Cuando trabaja cierra los ojos y se pierde en sus pensamientos, que a veces se le quiebran como cordones raídos porque se adormece pedaleando. Aunque incluso dormido acciona los fuelles a intervalos regulares.

Siempre que pedalea se le desabotona el pantalón. Él se lo abotona después de cada cántico, y cuando se le olvida, lo hace al terminar la misa, y cuando también entonces se le olvida, lo hace ya en su casa, mientras su mujer chilla la palabra «vergüenza» a voz en cuello y evoluciona entre ollas y bandejas. Y, como cada domingo, vuelve a salar la sopa dominical y olvida el pastel en el horno.

La abuela se sienta conmigo en el quinto banco. A mi lado está Leni, la larguirucha. Es la mujer más alta del pueblo. En la calle no es tan alta, pero aquí se queda inmóvil y pone cara de piedra. Se la ve tiesa como un bastón. Sus vestidos lucen limpios y bien planchados. En su jubón y en su blusa lleva varias series de cordones de terciopelo cosidos. En su delantal hay agujeros bordados en una seda negra que brilla aunque no le caiga un solo rayito de sol. Leni la larguirucha tiene unos dedos larguísimos y muy rectos, y su espalda es recta como la de una plancha. Es guapa, pero da la impresión de ser fría e inaccesible. Yo me alejo de ella y me aproximo al delantal de la abuela, quien me mira con cara de malas pulgas.

Echo la cabeza hacia atrás. En la iglesia el cielo es también una pared. Es celeste y está sembrado de estrellas.

Pregunto a la abuela cuál es el lucero vespertino y ella me silba «tonta» y sigue rezando. Y yo sigo pensando que la Virgen María no es una auténtica Virgen María sino una mujer de yeso, y que el ángel tampoco es un ángel de verdad, ni las ovejas son verdaderas ovejas, y que la sangre no es más que pintura al óleo.

Leni la larguirucha me reza en la oreja; es la verdadera Leni. Yo miro a la abuela, no su cara, sino sus manos.

Todos los tendones están tensos, ya no hay carne en esas manos, tan sólo huesos y piel reseca. La muerte podría inmovilizarlas en cualquier momento, pero aún se mueven cuando reza, y el rosario susurra entre ellas.

Oprime los huesos de las manos de mi abuela e imprime manchas azulinas en esas manos pequeñas y nudosas, que parecen la imagen misma del trabajo, tan maltrechas como la madera dura que hay por toda la casa, tan rasguñadas, retorcidas y pasadas de

moda como sus muebles. En los bancos hay unos cojines gruesos que los cubren de un extremo al otro y parecen neumáticos salvavidas.

El cura se agenció esos cojines para que la gente también vaya a la iglesia en invierno.

Aun en verano tengo frío cuando me siento en esos bancos. Allí está siempre oscuro, y los escalofríos que me recorren suben desde las baldosas. Son angustiantes como una vasta llanura de hielo cuando se ha caminado ya mucho sobre ella y no se tienen piernas en el cuerpo y hay que seguir avanzando a rastras.

Las paredes, los bancos, los vestidos domingueros, las mujeres susurrantes se me echan encima, ya ni rezando logro defenderme, ni siquiera de mí misma. Los labios se me enfrían.

Wendel ha venido con su abuela hasta la iglesia. Tuve que llevarlo de la mano desde su casa hasta la puerta de la iglesia. Por todo el pueblo, por la calle vacía del pueblo tuve que ir con él, más allá de la calle en la que se puede ver hasta un escarabajo cruzando el empedrado. Wendel se sienta en el coro alto junto al entonador y le mira el pie, embutido en un pesado zapatón.

Cada domingo, cuando salimos de la iglesia, Wendel me cuenta que él también quiere ser entonador. Mientras pisas los fuelles vas pensando en tus propias cosas; cuando pisas, los demás, todos los demás empiezan a cantar, y si dejas de pisar, ellos dejan de cantar. Wendel se sentó un día delante, en el banco de los niños, y se puso a rezar en voz alta y su tartamudeo confundió a los críos que tenía al lado.

El cura le tiró un trozo de tiza desde el púlpito y a Wendel le quedó una raya blanca en el cuello de la chaqueta. Enmudeció y no se movió de su asiento, pues durante la misa ni siquiera se permite llorar, a menos que se llore durante o después del sermón. Y tampoco está permitido levantarse.

Desde entonces, no bien cierra la puerta tras de sí, Wendel se sube al coro alto por la escalera estrecha y sinuosa.

Y se sienta en un banco vacío, junto al entonador.

Al otro lado está el jorobado Lorenz, en otro banco vacío. En plena misa le suelen venir unos accesos de tos seca, persistente. Las mujeres del coro vuelven la cabeza hacia él sin dejar de cantar, y hacen muecas de disgusto. Lorenz les mira la nuez de la garganta que sube y baja cuando cantan. Ve cómo las venas del cuello se les hinchan y vuelven luego a hundirse en la piel. A Kafhi le ha vuelto a salir en el cuello una mancha roja, que se le mueve junto con la

manzana de Adán.

Lorenz desvía la mirada hacia el tablero que tiene bajo los codos. Sobre él hay grabados nombres y fechas con corazones, arcos y flechas. Algunos los ha grabado el propio Lorenz.

Con un clavo largo grabó una vez su propio nombre en la madera.

Hasta en la caja del órgano ha escrito su nombre, que se ve de lejos. Le gusta pintar letras grandes.

En el travesaño principal se lee: «Lorenz+Kathi». Escrito por el propio Lorenz. Y en la pared de la caja recubierta de polvo, también puede leerse: «Lorenz», y la palabra seguirá allí hasta que alguna de las cantantes apoye su espalda contra ella.

Cuando termina el canto, de los bancos de abajo se alza el murmullo de las plegarias. Todas las mujeres se arrodillan, hacen tres veces la señal de la cruz, murmuran «Señor, no soy digna», vuelven a santiguarse y se levantan.

Me pongo a rezar. La abuela me golpea la pierna con la punta de su rodilla. Rezo en voz más baja. Quiero quedar libre de toda culpa. Sé que papá le ha roto una pata a la ternera.

En el pueblo está prohibido matar terneras y destilar aguardiente. En verano, el pueblo entero huele a aguardiente, como un gigantesco alambique. Cada cual destila su aguardiente en el patio interior, detrás de la valla, y nadie habla del tema, ni siquiera con sus vecinos.

Aquella mañana papá le había quebrado la pata a la ternera con el mango de una azada. En seguida fue a buscar al veterinario.

El veterinario entró en el patio hacia el mediodía, montado en su bicicleta. La dejó apoyada contra el ciruelo, y ni bien desapareció tras la puerta del establo, las gallinas se instalaron en ella.

Papá le explicó al veterinario, en rumano, que a la ternera se le había enredado la pata en la cadena del pesebre y, al no poder liberarse, se había caído con todo el cuerpo sobre el travesaño, quebrándose la pata.

Mientras hablaba, papá no dejó de acariciarle el lomo a la ternera. Yo lo miré a la cara. No se le notaba que estaba mintiendo. Quise sacar su mano del lomo de la ternera, quise tirar esa mano al patio y pisotearla. Quise que se le cayeran los dientes por decir esa mentira.

Papá era un mentiroso. Y todos los allí presentes también mentían con su silencio. Todos estaban ahí papando moscas. Los fui mirando uno a uno: sus horribles caras sebosas, sus narices, sus ojos, sus cabezas de pelambre hirsuta. La barba de dos días de papá duplicaba y ocultaba su ordinariedad. Las manos de papá rubricaban sus palabras mendaces y resultaban convincentes en cada uno de sus gestos.

El veterinario sacó un cuadernillo de su cartera pringosa, escribió algo en una hoja, la arrancó y se la entregó a papá. Mientras el hombre escribía, papá ya le había metido un billete de cien leis en el bolsillo del abrigo, pero el veterinario fingió no darse cuenta y siguió escribiendo.

Papá se quedó con la hoja en la mano. En ella constaba que la ternera se había accidentado. Era la autorización para el sacrificio de urgencia.

El veterinario vació también de un solo trago la octava copita de aguardiente y ahuyentó de su bicicleta a las gallinas, que se dispersaron cacareando. Sobre el sillín había un montoncito de gallinaza fresca. Me alegró ver que al intentar limpiarlo, sólo consiguió embarrarlo aún más. La bicicleta enfiló hacia el portón de entrada. El veterinario se trepó a ella de un salto y se alejó inclinando el cuerpo hacia delante. Su trasero rebosaba del sillín por ambos lados como la pasta de la abuela, que asoma por los bordes de la artesa del pan. La bicicleta gemía bajo su peso. Mi tío trajo un martillo enorme del patio interior.

Mamá le ató el delantal. Sobre el trasero le hizo un gran lazo. Luego le remangó la camisa hasta los codos y parecía no querer acabar de remangársela. Daba la impresión de estarse propasando porque no paraba de reírse.

Mamá también le remangó la camisa a papá, pero lo hizo muy deprisa y sin intentar propasarse. Luego se remangó la suya, también deprisa y sin ninguna expresión en el rostro.

El abuelo estiró el brazo y se remangó él solo la camisa.

Me entró miedo. Todos tenían pelos en los brazos. Yo estiré las mangas de mi blusa hasta muy por debajo de las manos y me las sujeté por dentro con los dedos como la boca de un saco bien atado. Tuve que quedarme un rato así, con las mangas atadas, para no llegar a las manos, para no rasguñar ni estrangular a nadie.

La golondrina junto a la viga asomó todo su pecho blanco por sobre el borde del nido y miró hacia abajo. No soltó un solo trino. Cuando mi tío levantó el enorme martillo, yo eché a correr al patio y

me instalé bajo el ciruelo y me tapé los oídos con ambas manos. El aire estaba caliente y vacío. La golondrina no me había seguido, a que seguir incubando encima de una ejecución.

Una horda de perros desconocidos se había metido al patio y empezó a lamer la sangre en la paja del estercolero y a arrastrar pezuñas y restos de piel sobre la era. Mi tío se los arrancaba del hocico. No debían sacarlos a la calle.

En el purín yacían dos ojos. La gata cogió uno de ellos entre sus colmillos. El ojo estalló, y un líquido azulino le salpicó el hocico. Ella sacudió la cabeza y se alejó con las patas tías y abiertas.

Mi tío aserró un hueso tan ancho como su brazo.

Papá clavó la gran piel con manchas rojas a la pared del henil, para que se secase. Allí daba el sol de mediodía. Unas semanas después me encontré una piel de ternera a los pies de la cama.

Cada tarde sacaba fuera mi alfombrilla de cama porque de noche sentía todos sus pelos en mi garganta. Una vez soñé que tenía que comerme esa piel con cuchillo y tenedor, que me la comía y la vomitaba y tenía que seguir comiendo y vomitaba aún más pelos, y mi tío me decía tienes que comértela toda o morirás. Me desperté cuando ya estaba agonizando.

A la noche siguiente mi padre me obligó a montar en la ternera. Nos llevó a un prado lleno de flores muy altas. Estábamos en medio del prado cuando a la ternera se le quebró el espinazo bajo mi cuerpo. Quise apearme, pero papá empezó a gritar y me condujo por todos los prados de los alrededores, tan numerosos que parecían no acabar nunca. Luego nos hizo atravesar el río entre grandes alaridos, y seguimos cabalgando por el bosque en pos de nuestro eco.

La ternera jadeaba y, moribunda ya, fue a incrustarse de cabeza contra un árbol. La sangre manaba de sus ollares. Yo tenía sangre en los dedos del pie, en mis preciosos zapatos de verano, sobre mi vestido. La tierra estaba cubierta de sangre a mis pies cuando se desplomó la ternera.

Mamá encendió la luz, me dio los buenos días y puso ante mi cama la alfombrilla de piel de ternera con manchas rojas. La habitación giró cuando me levanté, un sol caliente me caía en la cara, y yo di un largo paso para no pisar la alfombrilla. Al mediodía vino mamá del establo a la cocina con el cubo de ordeñar. La espuma nadaba sobre la leche. Busqué leche rosada en el cubo. Tenía que haber sangre dentro. El cubo estaba caliente. Lo apreté largo rato entre mis manos.

La vaca se pasó varios días mugiendo entre la paja vacía. No tocaba el pienso. Durante días no bebió sino agua, solamente agua fría, y al beber hundía la cabeza en el cubo hasta la punta de las orejas.

Mamá traía cada mediodía leche caliente a la cocina, leche caliente de vaca. Un día le pregunté si ella también se pondría triste si alguien me alejara de su lado y me matara. Fui a dar contra la puerta del armario y acabé con un chichón azul en la frente, el labio superior hinchado y una mancha morada en el brazo. Todo producto del bofetón.

Mamá me dijo ya has berreado bastante. Y tuve que dejar de llorar en el acto y ponerme a hablar amistosamente con ella. Los hijos nunca deben guardarles rencor a sus padres, pues se merecen todo lo que éstos hacen con ellos. Tuve que reconocer en voz alta y espontáneamente que me había merecido aquel bofetón, y que era una lástima que a veces los golpes no dieran en el blanco. En eso llegó la abuela con la escoba grande. Una taza se había caído del armario cuando me estrellé contra él.

La abuela empezó a barrer.

Mamá le arrancó la escoba de las manos y me la plantó delante. Recogí los trozos y vi la cocina totalmente borrosa entre tantas lágrimas.

El palo de la escoba era más grande que yo. Iba de un lado a otro ante mis ojos. El palo de la escoba giraba, la cocina entera giraba.

Mamá frunció mucho la cara. Muévete.

Por el empedrado van las madres en sus faldas regionales suabas cosidas con rollos enteros de tela, cuyos pliegues semejan al caminar esas copas de árboles que, despatarradas sobre los tejados, comprimen las casas contra la hierba y azotan el techo y rompen las tejas cuando sopla el viento. Las madres llevan pañuelos blancos y planchados bajo la cinta del delantal. Esa mañana se han levantado de sus camas para llorar, y han desayunado y almorzado para llorar.

Arropan cualquier trabajo casero en una serie de gestos y ademanes precisos, y sus cabezas se inclinan en una continua búsqueda de ausencia y autoevasión. A lo largo del día salen de sí mismas refugiándose en la madera, el paño y la hojalata de sus labores domésticas.

Y este mediodía aflojan las cintas de sus delantales y jubones, los dejan caer al suelo y sacan sus vestidos negros de los armarios.

Y al dirigirse a los armarios alzan la mirada al techo para no verse desnudas, pues en cualquier habitación de la casa puede ocurrir aquello que se llama oprobio o impudicia. Basta con que una se mire desnuda en el espejo o, al subirse las medias, piense que se está tocando la piel. Con ropa somos personas, sin ropa no somos nadie. Sólo esa vasta superficie que llamamos piel.

Para llorar se visten de negro desde los zapatos hasta la flocadura de sus huesudos pañuelos de cabeza, cimbreadose de un lado a otro entre los pliegues

Sólo en apariencia han superado sus hijas la indumentaria tradicional. Al moverse van desenrollando las telas de los trajes regionales suabos, y, pese a su flacura, sus cuerpos dan la impresión de no caber en esos trajes, de encontrarse fuera de las costillas. Pero sus cerebros llevan puesta esa indumentaria.

Con las piernas desnudas y limitadas por sus angostos trajes caminan las hijas a pasitos cortos y en muda dependencia junto a los sombríos y holgados jubones. También ellas usan zapatos negros, medias negras -aunque transparentes-, y vestidos negros.

En la mano llevan unos grandes bolsos triangulares de charol negro, que oscilan, muy tiesos, de un lado a otro, y parecen de hojalata. En esos bolsos hundidos nunca hay más que un pañuelo y un rosario, y en el fondo tintinea la calderilla.

Y no saben cómo hay que llevar esos bolsos, tarea que nada tiene en común con la de manejar una escoba, un azadón o un cuchillo de cocina, ni con la de castigar físicamente a sus animales domésticos y a sus hijos. Dan unos cuantos pasos llevándolos en la mano, luego los dejan resbalar hasta la altura del codo doblado -del que quedan suspendidos como de una alcayata y les baten al caminar las magras posaderas-, para al final cogerlos otra vez en la mano y dejar que les froten los muslos mientras caminan.

Pese al calor opresivo, las hijas llevan la cabeza envuelta en pañuelos negros porque sus cabellos son o rubios o negros, aunque en este último caso no lo suficiente como para invitar al llanto.

Entran como bandadas de negros pájaros en la casa donde vive el guardián de noche, pisotean el patio con su asedio mudo y calculado, pasan ante la puerta abierta de la cocina de verano y aún logran ver el resto de la cuerda colgada en la viga.

Dilatan sus fríos ojos de pez y llevan el hielo hasta una

habitación iluminada por velas y llena de flores de plástico y olor a cadáver, donde el diablo está paralizado tras la puerta, en un espejo cubierto de negros delantales suabos para que las plegarias de los vivos y el alma del difunto suban al cielo. Con una rama de siempreviva esparcen luego, madres e hijas, agua bendita sobre el ataúd, y el agua se filtra a través del tul y resbala por los pómulos del muerto hasta el cuello estrujado, y la cara adquiere un tono amarillo verdoso y se hincha.

Y mientras rocían el agua bendita, buscan una silla con la mirada. Antes de sentarse, las madres se levantan levemente las faldas plisadas, y las hijas se acomodan los bolsos angulosos sobre los muslos, y las madres, sollozando, enrollan en los nódulos azules de sus manos el susurro metálico de los rosarios, y las hijas se tocan ligeramente las ojeras con el pañuelo y se arrancan unas cuantas lágrimas. Los hombres se quedan en el patio y van de un lado a otro frente a la cocina, y entre los enjambres de moscas que revolotean sobre sus cabezas hablan de las faenas del campo y del vino en las bodegas.

Tras la valla de alambre del patio interior aún quedan las huellas de las gallinas y las noches en la cocina de verano con los correteos por la arena. En el aire todavía flotan las miradas, revueltas como haces de mies por los escalofríos, de la fiebre en los pulmones devorados por el cáncer y del rostro de la muerte que, mudo y flexible como un gato, baja continuamente del albaricoquero. Siempre aparece de improviso, silencioso, sarcástico y pestífero.

Tiemblan las flores en el bancal sobre los gatos que chillan enzarzados y se bombean fuego en la barriga y gimen cuando les inyectan semen en el vientre y se llenan el hocico de arena a fuerza de chillar.

En el moral, las gallinas son arrancadas de su sueño, aletean un instante en el aire, caen pesadamente al suelo y acaban describiendo sobre la arena círculos concéntricos cada vez más pequeños, hasta que ya sólo tocan un punto y pesan tanto que sus patas no pueden sostenerlas.

Y entonces se desploman, arquean el cuello, abren el pico y se ahogan en la oscuridad. Mientras la luna cae y cae.

De los poros de su piel brotan entonces piojos que marchan en fila india por los huertos en busca de otras granjas, en busca de carne caliente, viva. Las madres y las hijas pasan de la habitación al patio. Primero salen los hombres de dos en dos a la calle. Las mujeres los siguen de dos en dos, cogidas del brazo.

Los grandes instrumentos de viento relumbran al sol.

La música se estrella contra las paredes de las casas y al final de la calle rebota otra vez sobre el pueblo.

El cochero vestido de negro que guía el coche fúnebre de madera negra tallada fustiga a sus caballos negros. Los caballos tienen las patas cubiertas de moscas. Avanzan moviendo las ancas ante la cara misma del cochero y dejan correr sus orines por el polvo y se asustan con la música estridente y en la confusión entreveran sus cascos.

El cura pasa rápidamente ante la iglesia agitando el incensario, pues a los muertos que no aguardan resignados a que Dios les quite la vida y les regale la muerte, sino que se la quitan impiamente ellos mismos, no se les puede llevar a la iglesia. El cura carraspea feliz y contento.

En el cementerio, una bandada de cornejas negras revolotea sobre la enorme cruz de mármol blanco que lo domina, y del ciruelo silvestre que flanquea el camino alza bruscamente el vuelo un grupo de gorriones.

Ante la tumba, el cura lanza al aire un gran monstruo blanco de incienso y entona un cántico. Él mismo arroja el primer terrón grueso sobre el ataúd, y, como a una señal convenida, todos los pájaros negros recogen un terrón y lo dejan caer sobre la tapa, abriendo mucho los ojos y persignándose. Los sepultureros se guardan las botellas de aguardiente en el bolsillo de la americana, se escupen en las manos, cogen las palas y levantan un montículo húmedo. Las bandadas de pájaros negros se dispersan por el pueblo y desaparecen tras las rendijas de los cercos y las casas. Las calles se quedan vacías. El sol que se pone tras el maizal tiene una cara roja y brumosa.

Cuando llovía, la abuela miraba las burbujitas que machacaban el empedrado y sabía cuánto tiempo iba a llover.

Predecía la lluvia, porque la notaba en las vacas, los caballos, las moscas y las hormigas. Hoy sopla viento de lluvia, decía, y al día siguiente llovía. La abuela estiraba la mano hacia la lluvia y se quedaba así hasta que los hilos de agua le chorreaban por los codos. Cuando se le mojaban las manos, salía y se instalaba de lleno bajo la lluvia.

Cuando llovía, se buscaba algún trabajo en el patio y acababa calada hasta los huesos. Eran los únicos días en que no usaba pañuelo en la cabeza y yo podía ver su gruesa trenza recogida en un moño por el que se filtraba tanta agua que el peso terminaba

ladeándola. El pelo también se le empapaba hasta las raíces.

Desde los huertos me llegaba un olor a plantas silvestres. Se me instalaba, amargo, en el paladar, y al respirar me dejaba una sensación viscosa en la lengua. Los arbustos se doblaban bajo el follaje, del que goteaba lluvia.

Yo llevaba un vestido de aire húmedo. Había encontrado unos zapatos enormes junto a la puerta. Eran de papá, pues todo aquí en la casa era de alguien, especialmente la ropa, los zapatos y las camas. Ni una sola noche hubo intercambio de camas o de habitaciones, ni un solo mediodía intercambiamos nuestros puestos en la mesa, ni una sola mañana intercambiaron papá y el abuelo sus trajes. Sólo yo andaba a veces por la casa con las viejas pantuflas de fieltro o los zapatos pringosos de papá, o me ponía los dengues impregnados de olor a naftalina de la abuela cuando mamá estaba trabajando.

Un sapo avanzaba a saltitos por el empedrado. Tenía la piel ajada y demasiado grande, con arrugas por todas partes. Desapareció de un salto entre las fresas. Tan atrozmente ajada tenía la piel que no se oyó susurrar ni una hoja.

Sentí frío en los talones y las pantorrillas.

El frío me dislocaba los pómulos. Tenía los dientes fríos. Los ojos se me helaban. En la cabeza me dolía el pelo. Sentí que me había crecido en profundidad, dentro de la cabeza, y que estaba mojado hasta las raíces, o quizá sólo frío, qué más daba. Era cortante, sus puntas quedaban expuestas a la noche, y su propio peso y longitud habían quebrado las hebras.

Encerré a la noche en el patio. La puerta era caliente y seca por dentro. La madera me hizo bien a las manos. Las deslicé varias veces sobre ella y me asusté al notar que estaba acariciando una puerta. Junté los pies y bajé de los zapatos de papá al pasillo, pisando con las medias el entarimado desnudo y mis tobillos me precedieron rumbo a la cocina. Abrí la puerta, temblé un instante todavía, y mamá me preguntó si hacía frío fuera, si hacía otra vez frío fuera. Acentuó las palabras «otra vez», y yo pensé que fuera hacía frío, pero no «otra vez», porque cada día el frío es diferente, siempre otro frío, diariamente un frío distinto y cargado de escarcha. Pero no hacía frío, sólo había un poco de humedad. Otra vez has tenido miedo, dijo.

Mamá y papá habían cenado.

La abuela y el abuelo estaban ya en su dormitorio. Se oía la radio a través de la pared.

Sobre la mesa de la cocina se veían los platos de col fermentada y salchichas ahumadas. También había cortezas de tocino y migas de pan. Papá había retrocedido mucho su silla para apoyarse contra la pared. Se estaba escarbando los dientes con un fósforo.

Eran las noches en que me dejaban peinar a papá. Papá tenía una cabellera espesa en la que podía hundir mis manos hasta las muñecas. Era un pelo áspero y pesado. A veces se me metía uno bajo la piel, y me hacía estremecer de frío y de calor.

Yo buscaba las canas. Me dejaban arrancárselas, pero no había muchas. A veces no encontraba ni una.

Podía hacerle la crencha a papá, atarle pequeños lazos, pasarle horquillas de alambre muy cerca del cuero cabelludo. Podía anudarle pañuelos en la cabeza y ponerle collares y dengues.

Lo único que no me permitían era tocarle la cara.

Y cuando por descuido lo hacía, pese a todo, papá se arrancaba lazos y horquillas y dengues y collares, y, dándome un empujón, me gritaba: Te largas de aquí ahora mismo. Yo acababa siempre en el suelo y rompía a llorar, y mordía el peine en mi desesperación, y en ese momento sentía que no tenía padres, que aquellos dos no eran nadie para mí, y me preguntaba qué hacía yo en esa casa y en esa cocina con ellos, por qué conocía sus ollas y sus costumbres, por qué no me largaba definitivamente de allí a cualquier otro pueblo, a casas de extraños, para quedarme sólo un instante en cada casa y luego seguir viaje, antes de que ellos también se volvieran malos.

Papá no decía palabra. Y yo debía entender de una vez por todas que no toleraba manos en su cara: ésa es mi muerte.

Cuántas veces deseé que en la nariz le creciera a mano, o quizás en la mejilla, una mano que él tuviera que llevar siempre en la cara y de la que no diera desprenderse de un empujón. Sólo al lavarse tocaba la cara con las manos, que además eran sus propias manos, y en su cara había entonces más espuma y jabón que manos. La ira de papá le temblaba en los pómulos y en la barbilla.

Le hubiera gustado jugar contigo, me dijo una vez mamá, pero tú siempre lo echas todo a perder, y basta ya de llorar ¿me oyes?

Quise decir algo, pero tenía la boca tan llena de lenguas que no pude articular una sola palabra.

Miré mis manos. Yacían como cercenadas en el alféizar de la ventana, frente a mí, totalmente inmóviles. Las uñas estaban otra vez sucias. Olí una de mis manos y no pude determinar qué olor era.

La mugre no tenía olor, y mi piel tampoco.

Moví los dedos como si estuvieran muy fríos. Quisieron caerse al suelo, pero yo permanecí sentada en la silla, recta como un huso.

El lazo rojo estaba junto a la pata de la mesa. Lo recogí y lo puse en el alféizar. Volví a cogerlo en mi mano y apreté el puño. Cuando abrí la mano, tenía piel muy arrugada y sudada, y el lazo estaba húmedo y ovillado. Me limpié las uñas con una horquilla de alambre y vi lo chatas y anchas que eran.

Papá estaba enfrascado en su periódico. Avanzaba penosamente entre las letras. Detrás de la pared, la radio del abuelo hablaba sobre Adenauer. Mamá estaba sentada detrás de un paño blanco. La aguja subía y bajaba entre su frente y sus rodillas. Papá y mamá hablaban, una vez más, muy poco, y la mayor parte de ese poco versaba sobre la vaca y el dinero. Durante el día trabajaban y no se veían, por la noche dormían espalda contra espalda y tampoco se veían.

Mamá estaba bordando un pequeño tapiz. El que había sobre la cocina económica tenía muchas manchas de óxido producidas por el alambre de colgar ropa y estaba todo raído. La mujer que colgaba sobre la cocina tenía un solo ojo. Su otro ojo y parte de la nariz se habían quedado en la lavadora. Sostenía una bandeja y un cucharón en las manos, y llevaba una flor enganchada al pelo.

También tenía, y eso me encantaba, unos zapatos de tacón alto. Debajo de sus zapatos se leía lo siguiente: *No olvides, querido esposo, mi consejo, y evita bares, aguardiente y vino añejo. En tu casa nunca dejes de cenar, y ama a tu mujercita, que así te ha de durar.*

Mamá tenía muchos de estos paños en casa. Sobre la mesa de la cocina había uno con manzanas, peras, una botella de vino y un pollo asado sin cabeza. Debajo se leía: *El buen yantar, las penas hace olvidar.*

Este dicho les gustaba a todos en la casa. Mamá tenía que copiárselo a muchos de nuestros visitantes ni un trozo de papel periódico, pues ellos también querían bordarlo.

Mamá decía que esos paños eran muy bonitos y, además, muy instructivos.

Mamá sólo cosía de noche, cuando la casa estaba limpia y en el patio hacía frío y había tanta noche que no se podía salir.

Durante el día, mamá no tenía tiempo para coser. Y diariamente repetía una y otra vez que no tenía tiempo, que no daba abasto a tanto trabajo. Coser no era un trabajo, por eso cosía de noche.

Mamá trabajaba como una negra. Pero la gente del pueblo no elogiaba su diligencia. Sólo hablaban de que la vecina era un cero a la izquierda, y que si se ponía a leer libros en pleno día, y que si tenía la casa patas arriba, y que si su marido era otro cero a izquierda por aguantar todo aquello.

Las miradas de mamá van del cubo de agua al piso y viceversa. Cada sábado lava el pasillo, y cada vez se pasa allí horas arrodillada.

Un buen día mamá se arrodillará en el montón arena y lavará a fondo los senderos. Y toda la arena se le meterá bajo las uñas. Y la arena volverá a secarse y a juntarse. Mamá soñó una noche con esa arena y a la mañana siguiente nos contó el sueño y se rio, pero aún tenía las imágenes a flor de piel.

En toda la casa las tablas del entarimado se habían podrido de tanto lavarlas. La carcoma huía de la humedad refugiándose en las puertas, los tableros de las mesas y las manijas de las puertas. También dejaba ranuras harinosas en los marcos de los retratos de familia. Y mamá barría luego esa harina de madera con una escoba nueva.

Compraba todas sus escobas donde el escobero Heinrich. Los palos eran ásperos y estaban manchados de pringue y azúcar quemada. La mujer del escobero preparaba bollos diariamente. Un día eran buñuelos, y otro, mantecados. Se sentía el olor a levadura en la pasta, aunque el bollo ya estuviera listo. En la casa se veía levadura y azúcar por todas partes. Sobre la cocina económica había una ollita de leche con levadura remojada. La leche formaba en el bol de una gran burbuja turbia que parecía un ojo de mirada torva.

La mujer del escobero tenía siete gatos en su casa. No tenían nombre, pero cada cual sabía quién era quién, y el escobero y su mujer también lo sabían.

El más joven dormía en la cesta de los huevos y jamás había roto uno.

El mayor dormía sobre los listones cruzados que unían las patas de la mesa. La barriga le colgaba a ambos lados del madero. Roncaba, y el escobero siempre decía que era debido a su edad. Y si alguien le preguntaba cuántos años tenía ese gato, él le decía que muchos y desviaba la mirada en busca de algún trabajo que lo obligara a agacharse y estar con la cabeza bien abajo y el trasero

bien arriba. Y apoyaba las manos en el suelo, debajo de sus rodillas.

Los gatitos que venían al mundo en invierno eran ahogados en un cubo de agua hirviendo, y los que nacían en verano, en uno de agua fría. Después eran enterrados, invierno y verano, en medio del estercolero.

Algunas noches llegaba un ruido sordo del jardín, y el escobero saltaba del sueño a la cocina y recorría la alfombra de un extremo a otro.

A la mañana siguiente les cortaba las patas a los ramitos con su hoz y los ataba en manojos.

Cortaba un rato y bebía un rato. Por la tarde miraba un rato al vacío y bebía otro rato, y volvía a mirar al vacío y a beber luego otro rato, y aún seguía el huerto cuando todos los ramitos llevaban ya buen rato en el suelo, atados en manojos.

Siempre llevaba en el bolsillo un botellín de aguardiente. Hasta el sudor y la orina que descargaba en el huerto olían a aguardiente.

Los ojos se le escurrían continuamente. A veces le nadaban sobre la cara. Eran húmedos y borrosos y fríos. Los dedos del viento le palpaban por dentro camisa sudada.

Dentro de su vacío, el huerto era como un gran socavón. Los zapatos del escobero no sabían ya cómo salir de aquella concavidad. Sus rodillas se entrechocaban al caminar. Los pies se le enredaban y querían subirse el uno sobre el otro.

Veía ante sí muchos zapatos que no le interesaban para nada, y los pisaba una y otra vez con zapatos que tampoco le interesaban para nada. Ninguno de esos innumerables zapatos eran sus zapatos, y ninguna de esas innumerables piernas eran sus piernas.

Ahora los gatos duermen, ronronean y comen en la casa. Cuando llegan del patio, cruzan el umbral con el pelaje enredado y las patas tiesas. Erizan la pelambre hasta que algo de calor vuelve a entrar en sus cuerpos.

Por la tarde se instalan junto a las patas traseras de la vaca y miran las manos de la mujer del escobero mientras la ordeña. Tienen nudos en las tripas y se muerden la lengua con impaciencia.

Su mirada permanece fija sobre los dedos que ordeñan. De la ubre va brotando leche blanca. Los ojos se les ponen vidriosos y claros como uvas. La mujer del escobero sujeta el cubo entre las piernas. Se muerde el labio inferior. Su boca es como una raya, dura

y muy fina. La vena en la base de la nariz se le hincha y ella pega la frente al vientre de la vaca, que hunde su cabeza en el pesebre y sigue comiendo. A veces describe un pequeño círculo con el rabo cochambroso. Tiene las patas como entumecidas en la paja.

La mujer del escobero pone a un lado el banco de ordeñar y levanta el cubo. Por el pico vacía la leche espumosa en una gran palangana. Luego corta una rebanada de pan y remoja unos cuantos migajones en la leche.

Pone la palangana en el suelo. Los gatos le saltan por encima del brazo y se agolpan al borde de la palangana, gimiendo de avidez. Estiran unas lenguas largas y coloradas. Los más débiles se quedan fuera del círculo y miran desde atrás, como si así pudieran saciarse.

En las noches de invierno los gatos trepan las escaleras del desván y se instalan arriba. Sus ojos fosforescentes los preceden. Husmean en las cajas de harina y se pasean por los ahumaderos. Se apoyan contra los lados ahumados del tocino y lamen sus bordes salados. Cuando vuelven abajo tienen élitros quitinosos y capullos de avispa enredados en los bigotes, y manchas de manteca en las orejas. Van embadurnando con harina y hollín la pared en la que apoyan las escobas.

Las escobas ya listas eran apoyadas siempre contra la pared del pasillo, con los palos hacia abajo. Los gatos caminaban entre ellas, y cuando alguna se caía, de la tierra batida se alzaba una nube de polvo y el gato pegaba un brinco hasta la puerta del huerto. Mamá se compraba cada mes una de esas escobas apoyadas contra la pared. Todas olían siempre a buñuelos y aguardiente de ciruelas, y siempre estaban llenas de polvo y pequeñas arañas.

Después de atravesar el portón de la calle, mamá se dirigía directamente al caño de la fuente con su escoba recién comprada y dejaba correr mucha agua sobre ella. El agua se iba filtrando clara por la escoba y caía inmundada sobre el suelo del patio.

Mamá batía luego la escoba contra la valla, haciendo crujir todas las estacas, y de los ramitos llovían sobre el empedrado unas semillas brillantes y diminutas que rodaban unos segundos por el suelo. Al detenerse se volvían invisibles. Dejaban de brillar.

Con su escoba nueva mamá barría en primer lugar las paredes.

Mamá tiene una escoba para el dormitorio, otra para la cocina, otra para el patio de entrada, otra para el patio interior, otra para el establo de las vacas, otra para la pocilga, otra para el gallinero, otra para el depósito de leña, otra para los ahumaderos y dos escobas para la calle, una para el empedrado y otra para el césped.

Mamá tiene muchas escobas de verano para las hojas que caen al suelo, y muchas escobas de invierno para la nieve que cubre el patio y las calles. Todas estas escobas tienen palos largos. Pero mamá también tiene muchas escobas de palo corto. En el cajón de la mesa tiene una escobita para barrer las migas de pan, otra en el alféizar de la ventana para batir las alfombras, otra entre las camas de matrimonio para la ropa de cama, otra en el armario para la ropa, y otra encima del armario para desempolvar los muebles.

Mamá mantiene toda la casa limpia con sus escobas.

Mamá barre el polvo del reloj de pared. Abre la portezuela y barre también la esfera. Con la escoba más pequeña mamá barre el cántaro de agua, los candelabros, la pantalla de la lámpara, los estuches de las gafas y las cajas de medicamentos. Mamá barre los botones de la radio, la cubierta del devocionario y las fotos de familia.

Mamá barre las paredes con su nueva escoba de palo largo.

A las arañas les arranca la tela del cuerpo. Ellas se unen y se esconden bajo los muebles. Pero mamá las encuentra allí también; se echa boca abajo y las aplasta con el pulgar.

Mamá ha colgado un nuevo paño en la pared. «Al que madruga, Dios lo ayuda.» Sobre el refrán se ve un pájaro de lana verde con un pico muy abierto. Conozco al pájaro desde que aprendí a ver. Pero no lo escuché hasta mucho más tarde. Sólo canta cuando no hay nadie en la habitación. Cuando entra alguien, deja de cantar. Pero aunque no cante, se queda con el pico muy abierto.

Una vez, sin embargo, lo cerró. Yo corrí a llamar a la abuela, pero cuando llegamos junto a la cama, tenía otra vez el pico muy abierto y hasta me guiñó el ojo. Pero esto ya no se lo dije a la abuela, que se puso hecha una furia porque la había hecho venir en vano desde el patio interior, y me tiró del lóbulo de la oreja con su mano dura y gritó: te voy a arrancar las orejas, ya verás.

Mamá saca las hojas de la ventana y las lava en una gran bañera de hojalata. Quedan tan limpias que en ellas se puede ver el pueblo entero, como en un espejo del agua. Parecen hechas de agua. También el pueblo parece hecho de agua. Te da vértigo si miras mucho rato el pueblo en el cristal de la ventana.

Todo está limpio. Mamá oscurece habitaciones y vestíbulos. La casa entera está deshabitada y oscura. Hasta las moscas zumban aturdidas por entre la última puerta abierta, que mamá también cierra. Luego se queda un rato como encerrada en el patio. El sol deslumbrante la ciega unos instantes. Mamá se pone la mano sobre los ojos como la visera de una gorra.

Mamá oye piar algo en el canalón. Los gorriones se han hecho un nido. Mamá aprende otra vez a ver. Y se dirige al patio interior, a buscar la escalera grande.

El nido es pequeño y se ha soltado. Se pega a la escoba y cae al suelo. Sobre el empedrado se precipitan unos gritos de piel gris y arrugada. La gata está sentada sobre sus patas posteriores, con la cola tranquila y estirada tras de sí. Los polluelos aún pían entre sus fauces. Aún se defienden en su esófago. La gata mira el sol, satisfecha.

Mamá todavía sigue en lo alto de la escalera. Los peldaños le achatan la planta de los pies. Las plantas de sus pies están sobre mí. Me aplastan la cara. Mamá se para sobre mis ojos y me los hunde. Mamá me hunde las pupilas en el blanco de los ojos. Mamá tiene manchas azul oscuro en las plantas de los pies.

Mamá me mira de soslayo. Su media cara es grande y fría como una media luna. Mamá ya sólo tiene esa media cara, en la que su ojo es tan delgado como una fisura. La escalera se tambalea, y mamá se columpia por encima del pueblo. Mamá puede tocar con sus manos a los muertos que están en el cielo.

Sobre el pueblo sopla un aire caliente; no hay un solo pájaro en el aire; está anocheciendo.

El portón de la calle chirría. Entra papá. Ya está aquí. Hoy puede caminar recto. Papá no está borracho.

Mi corazón palpita de alegría. Aguardo la noche. También hay miedo en la alegría. Mi corazón palpita de miedo en la alegría, de miedo de no poder seguir alegrándome, de miedo de que el miedo y la alegría sean la misma cosa.

Intenté cenar. Mis dientes no encajaban uno en otro. La saliva tenía un sabor extraño en mi boca, como si no fuera mía. Hasta el agua que quise beber se me atascó en la garganta.

Quizás esta noche sea una de esas pocas noches tranquilas. Quizá pueda peinar otra vez a papá, quizá le encuentre alguna cana y se la arranque de raíz.

Quizá pueda atarle a papá un lazo rojo en el pelo. Hoy no le tocaré las sienes.

Nunca más le tocaré la cara. Ésta es su muerte.

Un día la abuela volvió a caerse sobre el empedrado, cerca del

pozo. El jubón no se le subió esa vez hasta los brazos, y me quedé riendo un buen rato. También me di cuenta de que la caída no había sido tan fuerte por culpa del empedrado, sino de mis carcajadas.

A la abuela le enyesaron el brazo. Lo tuvo todo un verano enyesado. Por el extremo de la escayola le asomaba la mano, una mano de verdad. El brazo de yeso de la abuela era precioso. Era muy blanco y parecía muy fuerte. Una vez le dije que le quedaba muy bien. Se enfadó y me tiró una pantufla. No me golpeó, pero yo rompí a llorar.

El brazo de yeso de la abuela se le ensució con el tiempo. El médico de la ciudad, que se lo había hecho, tenía la cara hinchada y muy pálida. Cuando vio en qué estado estaba el brazo, la cara se le hinchó aún más.

Sobre él se veían varias salpicaduras de estiércol de vaca, restos de hojas de tomate, muchas manchas de ciruela azules, y unas cuantas de grasa. Había todo un verano concentrado allí encima, y el médico parecía tener algo en contra de él. Le hizo un nuevo brazo de yeso. Pero el primero era más bonito. El nuevo no me gustaba. Era de un blanco brillante, y en él la abuela parecía un tanto desmañada.

Aquel día la abuela me llevó a la ciudad.

Y con su nuevo brazo de yeso nos metimos a un parque. Allí me invitó a pan blanco y salchichón. Un grupo de palomas se afanaba de un lado a otro ante nuestro banco. No me tenían miedo y picoteaban el pan que les iba tirando.

La abuela se sacudió las migas de pan del delantal, y cuando nos levantamos me compró un gran helado color rosa. Pero antes de que empezara a lamerlo, la abuela recalcó que no me lo merecía porque en el tren no me había quedado sentada en mi sitio como una chica buena. Yo quería coger amapolas rojas en el campo; quería que el tren se detuviera. No hubiese tardado mucho. Era rápida cogiendo flores. Pero el tren pasaba como una furia junto a todas las amapolas rojas.

Cada vez que bajaba al valle con el abuelo a recoger arena, un tren muy bonito pasaba siguiendo el río. Lo oía desde lejos. Hacía unos ruidos rítmicos y preciosos, y por sus ventanillas asomaban cabezas. Yo daba brincos de alegría y hacía señas con la mano. Y las manos de las ventanillas me las devolvían, aun estando lejos seguían haciendo señas.

En las ventanillas había a veces mujeres con unos vestidos de verano preciosos. Nunca les veía bien las caras, pero sabía que eran tan bonitas como sus vestidos y que esas mujeres jamás se bajarían

en nuestro apeadero, demasiado pequeño para ellas. Eran demasiado bellas para bajarse en ese apeadero.

No quería intimidarlas con mis señas, a lo mejor eran tímidas. Y al agitarse, las manos se me iban poniendo más y más pesadas hasta que al final me colgaban, inmóviles, a ambos lados.

Y me quedaba de pie junto al tren trepidante y miraba sus ruedas, y tenía la sensación de que ese tren salía de mi garganta y no le importaba destrozarme las vísceras y dejarme morir. Él lleva sus mujeres bonitas a la ciudad, y yo me moriré aquí, junto a un montón de estiércol de caballo sobre el cual zumban las moscas.

Me fui a buscar algún lugar con hierba y sin guijarros. Quería caer de espaldas para no rasguñarme la cara. Quería enfriarme en la sombra y ser una muerta hermosa.

Y seguro que también me pondrán un precioso vestido nuevo cuando me muera.

Era mediodía, y la muerte no llegaba.

Me puse a pensar que se preguntarían cómo es que me había muerto así tan de repente. Y mamá lloraría mucho por mí, y todo el pueblo vería así cuánto me había querido.

Pero la muerte seguía sin llegar.

El verano me apabullaba con su opresivo aroma a flores proveniente de la hierba alta. Las flores silvestres se me metían bajo la piel. Bajé al río y me eché agua en los brazos. De mi piel crecieron unos arbustos muy altos y me convertí en un hermoso paisaje palustre.

Me tumbé sobre la hierba alta y me dejé resbalar hacia la tierra. Esperaba que los grandes sauces vinieran hasta mí atravesando el río, que hundiesen en mí sus ramas y esparcieran sus hojas sobre mi cuerpo. Esperaba que dijeran: eres el pantano más bello del mundo, todos venimos a verte. También traemos a nuestras grandes y esbeltas aves acuáticas, que volarán y gritarán dentro de ti. Y tú no podrás llorar, pues los pantanos deben ser valientes y si te metes con nosotros, tendrás que aguantarlo todo.

Quería ensancharme, para que las aves acuáticas cupieran dentro de mí con sus grandes alas y pudieran volar. Quería producir las caltas más hermosas, pues ellas también son pesadas y brillantes.

El abuelo ya había apilado un montón de arena en la orilla. Yo me puse a juntar las conchas rotas, las llevé al agua y bebí en ellas.

Eran blancas y brillantes como el esmalte, y el agua era amarilla y tenía tierra amarilla y unos bichejos diminutos que también parecían tierra, pero pataleaban.

Tenía arena entre los dientes. La mordí y chirrió sentí que me raspaba entre la lengua y el paladar. De pronto intuí lo dolorosa que debía ser la muerte de las almejas.

Tenía arena en los pantalones. Al caminar me raspaba, y era el mismo dolor de las almejas al morir.

Me metí en el agua hasta la barriga. Los pantalones se me hincharon al mojarse. El agua formaba parte de mi barriga. Me pasé la mano bajo la pretina de goma y me limpié la arena de entre las piernas.

Tuve la impresión de hacer algo prohibido, pero nadie me veía. El abuelo contemplaba su arena, que seguía cayendo ininterrumpidamente sobre la orilla. Pero Dios está en todas partes. Recordé esta frase, que escuchaba siempre en la clase de religión. Yo buscaba a Dios en los árboles y al final lo encontraba con su gran barba blanca en lo alto de las copas, muy arriba, en el verano.

La Madre de Dios tenía siempre el dedo índice levantado cuando yo me sentaba delante, en el banco de los niños. Pero la expresión de su rostro era amable, y yo no le tenía miedo. Todo el tiempo llevaba el mismo vestido largo azul claro y tenía unos labios rojos muy bonitos. Y un día que el cura dijo que los lápices de labios se hacen con sangre de pulga y de otros bichos repugnantes, me pregunté por qué la Madre de Dios que había en el altar lateral se pintaría los labios. También se lo pregunté al cura, que me golpeó las manos con su regla hasta ponérmelas rojas y me mandó en seguida a casa. Estuve varios días sin poder mover los dedos.

Me fui al huerto, detrás del pajar, y me tumbé entre los tréboles y alcé la mirada hacia el verano. Ni una sola nube suspendida sobre aquel cálido día. Y no encontré la barba de Dios en todo el ancho mundo. Ese día Dios no estaba en todas partes.

El abuelo seguía sacando arena del río con la pala. Sus holgados calzoncillos le llegaban hasta la rodilla y se le pegaban a las piernas. Parecían membranas natatorias entre sus muslos.

Vi un grueso bulbo bajo la tela de lino, en el mismo lugar donde la abuela tenía su mechón de pelo. ¿Conque ése era el gran secreto de los adultos?

El abuelo tenía mucho pelo en el pecho, en las piernas, en los brazos y en las manos. En la espalda tenía dos grandes omóplatos

peludos.

Los pelos del abuelo estaban húmedos y se le pegaban a la piel. Parecía que lo hubieran lamido. Sus pelos no eran feos ni bonitos, y por tanto eran inútiles, pensaba yo.

Y los dedos de sus pies eran muy largos y estaban deformados por muchos nudos de piel dura. Me sentía aliviada cuando el abuelo los tenía bajo el agua.

Cuando levantaba un pie para tirar la arena aún más lejos de la orilla, yo veía lo blanco y deslavado que era ese pie, como algo muerto y varado por el agua.

El abuelo soltó de pronto su pala y me sacó violentamente del agua. Frente a él se agitaba una fina serpiente negra. Era muy larga y delgada y hacía ondas con el cuerpo. Al nadar mantenía la cabeza chata y puntiaguda sobre la superficie del agua.

Su cuerpo era como una rama a la deriva, sólo que mucho más liso y brillante. El abuelo la había visto de lejos.

Creo que era muy fría. El abuelo le bloqueó el camino con su pala. La cogió con el mango y la tiró a la orilla, sobre la arena.

Era bella y repugnante y tan mortífera que temí por su vida y no pude desearle la muerte.

El abuelo le cercenó la cabeza con la pala.

Y de pronto ya no quise ser pantano. Sentí la piel seca cuando me la palpé, temerosa, con la punta con los dedos.

El abuelo siguió sacando arena del río.

El caballo se puso a comer la hierba alta que flanqueaba los rieles del tren. Acabó con la cabeza y el vientre llenos de cadillos.

La tarde hacía parecer más profundo el río. Aún había mucha luz en el valle. Pero el río ya estaba oscuro y el agua ya pesaba.

El abuelo salió del río y cargó su arena en el carro.

Llevó al caballo a la orilla para que bebiera.

Este inclinó su largo cuello y sorbió tanta agua que yo no lograba imaginarme cuán profundo era su vientre. Sabía, sin embargo, que es capaz de beberse la lluvia entera cuando tiene sed.

II abuelo lo enganchó al carro y partimos cerro arriba, hacia el

pueblo. Por entre las tablas del carro goteaba agua. Aún había mucha agua de río en la arena. Detrás de nosotros iba quedando una huella de carro, una huella de agua, una huella de arena y una huella de caballo.

La abuela llegó del huerto con un cesto de mimbre. Había vuelto a encontrar una olla soperas entre la chatarra, detrás de las endrinas.

La llenó de tierra y plantó un geranio en ella.

Los geranios de la abuela eran tan inexpresivos como las flores de papel, aunque no había nada más bonito para ella que unos geranios en una olla soperas.

Tenía una repisa llena de geranios en el pasillo, otra repisa llena de geranios sobre la escalinata, junto a la puerta del pasillo, y otra repisa llena de geranios en el patio, junto a la puerta del huerto.

Tenía una de las ventanas del dormitorio y una de las ventanas de la cocina llena de geranios en ollas soperas. Y el montón de arena junto a la pocilga estaba lleno de vástagos de geranio. Y de todas las vigas de la casa colgaban ollas soperas.

Los geranios de la abuela florecían toda una vida.

El abuelo nunca dijo nada al respecto. En toda su vida jamás pronunció la palabra «geranio». Los geranios no le parecían feos ni bonitos. Para él eran algo inútil, como lo eran para mí los pelos de su piel. O simplemente ni los veía.

Cuando murió el abuelo, la abuela llevó a su habitación todos los geranios que había plantado.

El abuelo fue velado entre un bosque de geranios plantados en ollas soperas, que también entonces resultaron inútiles. Aquella vez el abuelo tampoco dijo nada sobre ellos.

Y después de su muerte se produjo un cambio: la abuela no volvió a llevar a casa un solo geranio ni ni sola olla soperas.

Pero aún conserva todas las ollas soperas y los geranios que había plantado hasta entonces.

Que ya son viejos, viejísimos, y florecen toda una vida.

Me había despertado. El abuelo martilleaba de nuevo. Oía rebotar el martilleo en el patio. Todo se paraba un instante de cabeza

y volvía luego a su posición normal. Hasta el aire resonaba, hasta las brizas de hierba retumbaban.

Ya se me había ido el sueño. En el cuarto de al lado, la abuela sacudía el calor fuera de las camas y las pelusillas salían volando y se le metían en los ojos.

Luego llevó el orinal repleto hasta el patio interior y fue dejando tras de sí una cadena de gotas en el dormitorio, en el vestíbulo, en el pasillo y en el patio. El pulgar también se le había mojado.

Durante el día el orinal se quedaba bajo el taburete, entre las camas de matrimonio. Lo dejaban tapado con un periódico, y aunque no se veía, uno lo olía al entrar en la habitación.

Yo oía cada noche en el cuarto de al lado la orina de mamá gorgotear en el orinal. Si el ruido no era constante y se producían breves interrupciones, sabía que era el abuelo quien estaba orinando. La abuela se despertaba cada noche a las dos y media, se ponía sus pantuflas de fieltro y se sentaba en el orinal. Y si alguna vez no se despertaba a las dos y media, ya no se despertaba hasta la mañana siguiente y yo sabía que había caído en un sueño profundo y malsano y pasaría los tres días siguientes enferma en la cama.

O no tenía ningún dolor, o bien le dolía todo, y pasaba del sueño al estado de duermevela y de éste otra vez al sueño. Al cuarto día madrugaba y se entregaba a sus labores domésticas, trajinando entre sus ollas para luego fregar, barrer y volver a fregar y arrancar hierba mala en el huerto hasta que anochecía.

La abuela tenía la planta de amapola más bonita de todo el pueblo. Era más alta que la valla y abundaba en flores blancas y compactas. Cuando soplaban viento, los largos tallos chocaban unos con otros y las flores empezaban a temblar, pero no caía una sola hoja al suelo.

La abuela tenía siempre ante sus ojos los grandes y anchos pétalos. No dejaba una sola hierba en el arriate.

Cuando las cabezas de las adormideras estaban ya secas y amarillentas, sacaba el cuchillo más grande del cajón y las cortaba todas sobre un cesto de mimbre. Y luego, cuando cocinaba, las ollas se le resbalaban, los platos se le rompían en la mano, los vasos se estrellaban en el suelo frente a ella, los estropajos cogían mal olor y no se secaban de un día para otro de tanto lavarlos, los cuchillos se mellaban, los gatos se adormilaban en las sillas de la cocina y ronroneaban y roncaban. Y tras su aguja de coser, la abuela hablaba de las amapolas de su infancia.

La bisabuela, que ahora cuelga enmarcada sobre la cama de la abuela, le vació un día, de golpe, tres cabezas de adormidera en la garganta. La abuela se tragó los duros granos y cayó en un profundo sueño. Sus padres y los peones se fueron al campo y la dejaron durmiendo en la casa, y al volver por la tarde aún la encontraron dormida.

También le dieron otro día cagarruta de corneja, que sabía a yeso y era calífera, áspera y picante. Los trocitos te pellizcaban la lengua, y acababas sumida en un largo sueño, negro como una corneja.

A Franz, un hermano de la abuela que no paraba de llorar, le pusieron un día un trozo demasiado grande de caca de corneja en la boca y nunca más volvió a despertarse. Se puso tieso y la cara se le llenó de manchas azules. Y como sólo quería seguir durmiendo, lo enterraron precipitadamente, sin funerales ni música, en un ataúd hecho en casa con las tablas bastas y rasposas de una gran caja de mermelada.

El yegüero se lo llevó al cementerio en su carretilla entre el polvo de las calles y el vacío del pueblo. Nadie se dio cuenta de que había muerto alguien, casa tampoco lo notó nadie. Aún quedaban suficientes niños, un dormitorio lleno, una salita llena y un banco junto a la estufa igualmente lleno. En invierno se paseaban por el pueblo solos y se turnaban para ir a la escuela, pues en casa no había zapatos suficientes para tantos pies. En casa no se echaba de menos a nadie. Cuando no estaba uno, estaba el otro.

Hoy en día no tienen sino una niña en casa y ésta tiene siete pares de zapatos y qué sé yo cuántas cosas más. La casa está vacía, y ahí están los zapatos siempre limpios y relucientes, porque la niña no debe caminar sobre la porquería y cuando llueve la llevan en brazos.

La abuela carraspea y se pasa horas y horas sin decir nada. A veces va de arriba abajo por la casa cantando: «El llanto, o el vino, les enturbia los ojos a las mujeres». Una vez lo canta con «llanto», y otra, con «vino». Y tiene cien arriates llenos de amapolas en la memoria, y todas las flores blancas que han crecido en el huerto se le marchitan en la cara y caen a tierra cuando ella pasa. Y una fina lluvia negra de semillas de amapola va cayendo de sus faldas, tan pesadas que apenas la dejan caminar de tanta amapola.

Mamá se echa a llorar. Y al llorar habla tanto cuanto llora, tanto como cuando habla, y siempre le viene un romadizo de agua vidriosa que ella se limpia en las mangas.

Papá está otra vez borracho. Enciende el televisor y mira la pantalla vacía de la que sólo sale un centelleo que a su vez emite música. Y la cara de papá está tan vacía como la pantalla, y mamá dice apaga ese televisor, y papá se limita a bajar totalmente el volumen y deja que siga centelleando y entona una canción, la de los «Tres compañeros que salen a correr mundo».

Al llegar a «mundo» papá levanta mucho la voz y señala la calle a través de la ventana. El empedrado está lleno de cagarruta de ganso. «¿En qué lugar del ancho mundo se quedaron?» La voz de papá se ablanda. «El viento los ha dispersado, porque nadie, nadie una mano les ha dado.» El viento del pueblo tiembla sobre las briznas de hierba y la cagarruta de ganso. Papá tiene la cara, los ojos, la boca y los oídos llenos de su propia canción ronca.

La cocina está llena de humo. De la olla de remolachas vuelve a subir un vapor denso que llega hasta el techo y nos devora las caras.

Horadamos con la mirada esa cálida niebla, que pesa y nos oprime el cráneo. Desviamos la mirada de nuestra soledad, de nosotros mismos, y no soportamos ni a los otros ni a nosotros mismos, y los otros tampoco nos soportan.

Papá canta, y la cara se le cae cantando bajo la mesa, sobre los listones cruzados que sostienen las patas, maldita sea, somos una familia feliz, maldita sea, la felicidad se evapora en la olla de remolachas, maldita sea, de vez en cuando el vapor nos corta la cabeza de un mordisco, de vez en cuando la felicidad nos corta la cabeza de un mordisco, maldita sea, la felicidad nos devora la vida.

Mi cara cae sobre las pantuflas de fieltro de la abuela. Ahí está la oscuridad, ése es el gran refugio negro en el que no hace falta respirar, el lugar don de uno puede asfixiarse consigo mismo. Mamá llora y habla, mamá habla y llora. Mamá habla llorando y llora hablando.

Cuando llora, mamá articula frases largas que no acaban nunca y serían bonitas si no tuvieran que ver conmigo. Pero contienen esas palabras duras, y papá vuelve a entonar su canción y cantando saca el cuchillo del cajón, el cuchillo más grande, y sus ojos me dan miedo, y ese cuchillo corta todo lo que yo quiero pensar.

De pronto mamá deja de hablar, papá ya ha levantado el cuchillo y está amenazando. Papá canta y amenaza con el cuchillo, y mamá sólo lloriquea en voz muy queda, con un nudo en la garganta.

Pone luego otro plato blanco sobre la mesa, que ya está puesta, y coloca en él una cuchara tan delicadamente que ni se la oye rozar el borde del plato.

Yo temo que la mesa caiga de rodillas, que se desplome antes de que nos sentemos a ella o cuando estemos comiendo.

El abuelo llega del patio interior y tiene los zapatos sucios de estiércol y hierba. En los bolsillos de su americana tintinean los clavos.

El abuelo tiene todos sus trajes llenos de clavos, hasta los bolsillos de sus trajes domingueros están repletos de clavos. Incluso en su pijama encontró una vez mamá un clavo y se puso frenética y recorrió toda la casa dando gritos.

En cada rincón hay cajones y cajas con clavos y martillos. Cuando el abuelo martillea, se oyen dos ruidos simultáneamente: uno es el del martillo y el otro proviene del pueblo. El patio entero resuena con su piso de piedra. A las flores de manzanilla se les caen los finos dientecillos blancos. Siento el peso del patio sobre los dedos del pie, el patio me oprime los pies, el patio me golpea las rodillas cuando camino. El patio es duro y grande y está cubierto de malezas. Elevo el tono de voz lo más que puedo, y el martilleo me arranca las frases de la cara.

Al abuelo le gusta hablar de sus martillos y sus clavos, y tilda a muchas personas de «maderos». Los clavos del abuelo son nuevos, puntiagudos y brillantes. Y sus martillos son macizos, pesados y herrumbrosos, y tienen mangos demasiado gruesos.

A veces el pueblo es una gigantesca caja de vallas y paredes. En ellas clava el abuelo sus clavos.

Al ir por la calle se oye el martilleo, que recuerda el de los pájaros carpinteros. Cada valla envía el eco a la siguiente. Uno deambula entre las vallas. El aire tiembla, la hierba tiembla, las ciruelas azules susurran entre los árboles. Estamos en pleno verano, y los picamaderos revolotean por el pueblo. Y a mamá, aún le quedan manos para trabajar como una negra, y la abuela tiene su amapola y apenas si se mueve por la casa, y el abuelo se encarga de la vaca y tiene sus clavos, y papá aún está con la resaca de ayer y hoy vuelve a beber.

Y Wendel todavía no ha aprendido a hablar y por las calles le tiran tierra y piedras, y lo arrojan a las charcas y a la acequia, donde el fango apesta, y los niños de la escuela le pintan la espalda con tiza y él tiene que ir por la calle cubierto de rayas de tiza. Y le salpican la cara con tinta, y sólo cuando rompe a llorar lo dejan ir a casa. Sólo cuando el rostro se le desencaja de miedo lo dejan en paz, sólo cuando tiene la nuca llena de orugas y lombrices y pulgones.

Wendel habla fluidamente cuando está solo y conversa consigo

mismo. A veces lo oigo en el patio interior. Ambos nos sentamos junto a la misma valla, Wendel en su patio y yo en el mío. Yo como frutos de malva, que vuelven tonta a la gente, y Wendel come albaricoques verdes, que a veces le producen fiebre alta. Y cuando sana, vuelve a comer albaricoques verdes y a conversar consigo mismo.

Un día pregunté a mamá si la valla que separa nuestros dos patios era mía o de Wendel. Quería oír que era mía, quería poder ahuyentar a Wendel cuando se apoyase en ella. Pero mamá me dijo que la valla era mía y de Wendel, y en ese momento sentí ganas de maldecir el lado de la valla que daba a su patio para que no creciera ni una sola malva. Sólo le deseé hierba tiesa y áspera.

Los médicos de la ciudad dicen que el miedo es la causa de la tartamudez de Wendel. El miedo creció un día dentro de él y nunca más se fue. Wendel teme ahora tener muy pocos albaricoques verdes. Está en la era de nuestra granja. Jugamos a marido y mujer. Yo me meto los dos ovillos de lana verde bajo la blusa, y Wendel se pega su bigote de lana de oveja verde.

Jugamos. Yo lo riño porque está borracho, porque no trae dinero a casa, porque la vaca no tiene pienso, y le digo que es un gandul y un cerdo y un vagabundo y un borracho y un inútil y un granuja y un putaño y un cabrón. Así es el juego. Me divierte y es fácil de jugar. Wendel se queda sentado en silencio.

Wendel se ha cortado la mano con una lata de conservas. Derrama mucha sangre sobre la hierba. Yo sólo le digo tonto y no miro la herida. Yo sólo le digo bobo.

Luego cocino en la arena, y visto y desvisto a mis muñecas, y les doy pastelitos de arena y sopa de flores silvestres.

Yo me acomodo los senos y Wendel suda bajo sus bigotes. Así es el juego.

Mezclo todos los pastelitos de arena y los pisoteo con mis zapatos. La sopa de flores silvestres vuela hacia la pared y se derrama en la tierra. Yo vuelvo a casa corriendo con mi muñeca desnuda y pierdo mis senos en la puerta de la cocina.

Luego seduzco a Wendel con los primeros albaricoques verdes todavía semiocultos en la flor. Y Wendel viene.

Y volvemos a jugar a marido y mujer.

Y la abuela me llama por tercera vez. Y al final se presenta ella misma. A bofetadas me obliga a echar una siesta, para que crezcas y

te pongas fuerte, dice, cuando se le pasa la cólera. ¿Y a quién le pegará cuando yo sea grande y fuerte? ¿Quién será la que no pueda defenderse de su mano dura?

Yo odio esa siesta. Me tumbo con mi odio en la cama, y la abuela oscurece el dormitorio y va cerrando las puertas una tras otra: la puerta del dormitorio, la puerta del vestíbulo, la puerta de entrada. Durante dos horas no me dejan salir de la oscuridad. Tengo miedo de dormirme. La abuela quiere embrujarme. Me niego a caer en su profundo sueño de amapola en el que no soy nada, en el que estaré muerta mientras duerma. El sueño nada por el dormitorio y roza ya mi piel. Todo es más profundo de lo que soy capaz de soportar. Hay mucha espuma arriba, en el cielo raso. Bandadas de pájaros desgarran el agua. Hay mucha hambre en sus picos. Se abalanzarán sobre mí y me picotearán la piel y me gritarán eres cobarde y vacía. Y yo me despertaré sin ánimos ni miedo.

El sueño me imprime su olor a moho en la cara. Huele como las faldas de la abuela, a amapola y a muerte. El sueño es el sueño de la abuela, el veneno de la abuela. El sueño es muerte.

Y yo le digo que aún soy una niña. Ya he querido morir varias veces, pero no ha sido posible. Y ahora estamos en pleno verano, y bandadas de pájaros desgarran el agua. Y ahora no quiero morir, ahora me he acostumbrado a mí misma y no puedo perderme. Levanto la manta con un gesto brusco. Mucho aire fresco roza mi sudor. La cama es tan ancha y grande, la cama es tan blanca y vacía que estoy echada en medio de un campo de nieve, en medio de una noche glacial, congelándome.

La puerta del patio rechina, la puerta del pasillo cruje, la puerta del vestíbulo grazna, la puerta del dormitorio se abre de golpe y choca con el armario. La abuela está en el dormitorio. Levanta las persianas ruidosamente. Fuera es de día. El verano hace humear el plumaje de las aves de corral.

Wendel está sentado en la era y se ata el bigote y me entrega los dos ovillos de lana. Yo me los meto bajo la blusa sin decir nada. Volvemos a jugar a marido y mujer. No jugamos hasta el final.

Al fondo de la calle el sol se pone en una roja charca de tedio. El pueblo parece una enorme caja de vallas y muros en medio del paisaje. Sobre el pueblo cae un saco, un saco de noche cerrada. Y nada se enfría, todo se vuelve negro y pesado y dilatado.

Las persianas crujen en las junturas. Por el canalón fluye arena. Por mi cabeza flotan dunas de sueño a la deriva. La puerta del huerto rechina, el viento gira allí toda la noche entre los bancales. Muchísimos árboles tiene el pueblo. Yo los tengo a todos ante mis

ojos.

La cama es como el vientre de una vaca, caliente y oscuro y lleno de sudor. De un clavo cuelgan los tintes del abuelo, y sus pantalones vacíos vagan por la habitación. Estirando el brazo podría tocarlos. Quizás haya clavos en los bolsillos, no se los ve.

Las madres duermen, los padres duermen, las abuelas duermen, los abuelos duermen, los niños duermen, los animales domésticos duermen.

El pueblo parece una caja en medio del paisaje.

Mamá no llora, papá no bebe, el abuelo no martillea, la abuela ya no tiene su amapola, Wendel no tartamudea.

La noche no es un monstruo, en ella sólo hay viento y sueño.

Oigo el golpeteo de la orina contra el orinal en la habitación de al lado. El abuelo está de pie sobre el orinal. Son las cinco.

La abuela no se despertó a las dos y media. Ha caído en el sueño malsano.

Hacía tiempo que esto no ocurría.

Algún día amanecerá muerta.

Cuando las charcas pierden profundidad, a las ranas se les seca el lomo. El calor se insinúa entonces en sus vientres, y lo que queda de ellas es una piel dura y reseca.

En todos los patios hay unas cuantas. Y sólo cuando las ranas mueren se entera uno de que también viven en las casas, suben las escaleras hasta los desvanes y se meten en las chimeneas negras.

Nuestra casa tiene dos chimeneas que deben de estar llenas de ranas. Una de las chimeneas es roja, y la otra, negra.

La roja se alza sobre los cuartos deshabitados. De ella nunca sale humo.

En su interior vive una colonia de lechuzas. Mamá tiene que pagar cada año un impuesto por las chimeneas. Y no es moco de pavo si se suman todos los años, dice mamá, y resulta que una de las dos sólo les sirve a las lechuzas.

La semana pasada estuvieron muy excitadas. Las oí ulular toda

la noche en el tejado. Tienen dos tipos de voz: una aguda y otra grave. Pero también las agudas son muy graves, y las graves son aún mucho más graves.

Han de ser los machos y las hembras. Tienen un auténtico idioma.

Más de una vez salí al patio y no logré ver sino sus ojos. Todo el tejado estaba repleto de ojos refulgentes, y el patio estaba íntegramente iluminado y centelleaba como hielo. No había claro de luna. Aquella noche murió nuestro vecino. Por la tarde había cenado normalmente. No estaba enfermo. Su mujer me despertó por la mañana y me dijo que se había asfixiado en pleno sueño. Y al instante pensé en las lechuzas.

Entre nuestra casa y la de los vecinos el huerto está lleno de frambuesas tan maduras que al cogerlas los dedos se te quedan como manchados de sangre. Hace unos años no teníamos frambuesas, sólo el vecino tenía un par de arbustos en su huerto. Ahora se han trasladado a nuestro huerto, y en el suyo ya no queda un solo zarcillo. Emigran. El vecino me dijo una vez que él nunca los plantó, llegaron solos de otro huerto. Dentro de unos años a nosotros tampoco nos quedará ninguno, habrán emigrado a otros pagos. Come ahora hasta hartarte, pues el pueblo es pequeño y acabarán yéndose de él.

Ayer fue el entierro. Ya era viejo, pero no estaba enfermo. Su hijo lo había traído unos meses antes de las montañas. Se había quedado sin casa, un torrente salido de su cauce la había derribado. En la montaña la gente es más sana. Se había traído un casquete. No es ni una gorra ni un sombrero. Esos casquetes sólo se usan en ese pueblo. Decía que quería ser enterrado con su casquete. Lo decía bromeando, pues no quería morir. Y tampoco estaba enfermo.

Y ahora le han calado el casquete en la cabeza muerta. La tapa del ataúd no quería cerrar al principio y tuvieron que darle varios martillazos.

Las piernas de mamá yacían junto a las mías bajo la misma cubierta. Me las imaginaba desnudas y llenas de várices. Una infinidad de piernas yacían juntas en el campo.

En la guerra sólo caían hombres. Pero yo vi muchas mujeres tendidas en el campo de batalla con los vestidos en desorden y las piernas desolladas. Vi a mamá desnuda y congelada en Rusia, con las piernas desolladas y los labios verdes por las coles que le daban.

Vi a mamá transparente de hambre, consumida y arrugada hasta debajo de la piel, como una muchacha exhausta, inconsciente.

Mamá se había dormido. Cuando estaba despierta, jamás la oía respirar. Cuando dormía, roncaba como si aún tuviera el viento siberiano en la garganta, y yo me congelaba a su lado, convulsionada por sueños horribles.

Fuera, el agua subía en las charcas. No había luna en el pueblo, y el agua estaba ciega y gelatinosa.

Las ranas croaban desde los negros pulmones de mi padre muerto, desde la tráquea rígida de mi abuelo agonizante, desde las venas esclerosadas de mi abuela. Las ranas croaban desde todos los vivos y los muertos de este pueblo.

Al emigrar, cada uno se trajo una rana. Desde que existen, se enorgullecen de ser alemanes y nunca hablan de sus ranas, y creen que aquello de lo que uno se niega a hablar, tampoco existe.

Luego llegó el sueño. Caí en un enorme tintero. Así de oscura debía de ser la Selva Negra. Fuera croaban sus ranas alemanas.

También mamá se había traído una rana de Rusia.

Y yo oía la rana alemana de mamá hasta detrás de mi sueño.

Peras podridas

Los huertos son de un verde penetrante. Las vallas nadan en pos de sombras húmedas. Los cristales de las ventanas se deslizan desnudos y fulgurantes de casa en casa. El campanario da vueltas, la cruz de los héroes da vueltas. Los nombres de los héroes son largos y borrosos. Käthe lee esos nombres de abajo arriba. El tercero desde abajo es mi abuelo, dice. Al llegar a la iglesia se santigua. Frente al molino brilla el estanque. Las lentejas de agua son ojos verdes. En el juncal vive una serpiente gorda, dice Käthe. El guardián nocturno la ha visto. De día come peces y patos. Por la noche se arrastra hasta el molino y come salvado y harina. La harina que queda queda impregnada por su saliva. Y el molinero la tira al estanque, porque es venenosa.

Los campos están boca abajo. Arriba, entre las nubes, los campos están cabeza abajo. Las raíces de girasoles encordelan las nubes. Las manos de papá van girando el volante. Veo el pelo de papá por la ventanita, tras la caja de tomates. La camioneta avanza rápido. El pueblo se hunde en el azul. Pierdo de vista el campanario. Veo la pierna de mi tía pegada a la pernera de papá.

Al borde de la carretera van pasando las casas. Casas que no son pueblos, porque yo no vivo aquí. Por las calles deambulan con aire extraño unos hombrecillos de perneras borrosas. Sobre puentes estrechos y susurrantes se agitan faldas de mujeres desconocidas. Veo niños solitarios de piernas flacas y desnudas, sin calzoncillos, de pie bajo muchos árboles grandes. Tienen manzanas en las manos. No comen. Hacen señas y llaman con la boca vacía. Nadie les hace una breve seña y desvía la mirada. Yo les hago señas un buen rato. Miro largo tiempo sus piernas flacas hasta que se difuminan y ya sólo veo los árboles grandes.

La llanura queda al pie de las colinas. El cielo de nuestro pueblo sostiene las colinas, que no caen a la llanura por entre las nubes. Ahora ya estamos lejos, dice Käthe y bosteza hacia el sol. Papá tira una colilla encendida por la ventanilla. Mi tía agita las manos y habla.

Entre las vallas, las ciruelas son verdes y pequeñas. En el pastizal, las vacas rumian y miran el polvo de las ruedas. La tierra trepa entre la hierba sobre piedras peladas, raíces y cortezas. Käthe dice: esos son cerros y las piedras son rocas.

Junto a las ruedas de la camioneta, los arbustos siguen la corriente de aire. De sus raíces brota agua. El helecho bebe y sacude su tejido de encajes. La camioneta avanza por caminos grises y angostos. Se llaman serpentines, dice Käthe. Los caminos se enmarañan. Nuestro pueblo queda muy por debajo de los cerros, digo yo. Käthe se ríe: los cerros están aquí en las montañas, y nuestro pueblo está allí, en la llanura, me dice.

Los postes kilométricos me miran, blancos. La media cara de papá se yergue sobre el volante. Mi tía coge a papá de la oreja.

Los pajarillos saltan de rama en rama. Se pierden en el bosque. Sus piulidos son breves. Cuando no tocan las ramas, vuelan con las patitas pegadas al vientre y no pían. Käthe tampoco sabe cómo se llaman.

Käthe hurga en la caja de pepinillos y saca uno puntiagudo. Lo muerde frunciendo la boca y escupe las mondas.

El sol cae detrás del cerro más alto. El cerro tiembla y devora la luz. Donde vivimos el sol se pone detrás del cementerio, le digo.

Käthe me dice, mientras se come un gran tomate: en la montaña oscurece más temprano que donde vivimos. Käthe pone su delgada mano blanca en mi rodilla. La camioneta tiembla entre la mano de Kaihe y mi rodilla. En la montaña el invierno también llega antes que donde vivimos, le digo.

La camioneta husmea con sus faros verdes la orilla del bosque. El helecho esparce sus tejidos de encaje en las tinieblas. Mi tía apoya la mejilla en el cristal y se duerme. El cigarrillo de papá brilla sobre el volante.

La noche devora las cajas en la camioneta, devora la verdura en las cajas. En medio de las montañas los tomates huelen más que en casa. Käthe ya no tiene brazos ni cara. Su cálida mano me acaricia la rodilla fría. La voz de Käthe está sentada a mi lado y me habla desde lejos. Me muerdo en silencio los labios para que la noche no me deje sin boca.

La camioneta se para en seco. Papá apaga los faros verdes, se apea y exclama: hemos llegado. La camioneta está frente a una gran casa iluminada por bombillas. El tejado es negro como el bosque. Mi tía cierra la portezuela y le entrega a papá un camisón de dormir. Con su índice curvo señala la oscuridad y dice: el pueblo queda allá arriba. Yo sigo la dirección que señala su índice y me topo con la luna.

Aquí está el molino de agua, dice Käthe. Papá se pone el camisón bajo el brazo y le entrega una llave a mi tía. Mi tía abre la puerta verde de la casa. Käthe dice: la vieja vive arriba, en la aldea, en casa de su hermana.

Mi tía desaparece tras una puerta negra. Es su habitación, dice papá. Él sube por la angosta escalera de madera y cierra tras de sí la trampilla. Käthe y yo nos acostamos en el vestíbulo, en una cama angosta bajo una ventanita negra con cortinas de encaje blanco. A través de la pared se filtra un rumor de agua. Käthe dice: es el arroyo.

El pelo de Käthe cruje en mi oído. Ante la ventanita negra está la luna suspendida entre las negras fauces de las nubes. Allí queda el pueblo.

Las piernas de Käthe se han hundido más que las mías. La cabeza de Käthe está más arriba que la mía. De la barriga de Käthe sale aire caliente. Bajo mi cuerpo pequeño y delgado cruje el saco de paja.

Detrás de la puerta negra rechina la cama. Detrás de la trampilla cruje el heno.

El aire caliente que sale de la barriga de Käthe huele a peras podridas. La respiración de Käthe murmura en sueños. De las cortinas de encaje blanco crecen macizos de flores húmedas con tallos rastreros y hojas serpenteantes.

Un chirrido cae escaleras abajo. Levanto la cabeza y la dejo caer de nuevo. Papá baja siguiendo el chirrido. Está descalzo. Con sus grandes dedos palpa la puerta negra. La puerta no chirría. Los dedos de los pies de papá crujen y el candado de la puerta negra se cierra tras él en silencio. Mi tía suelta una risita y dice: pies fríos. Papá hace chasquear los labios y dice: ratones y heno. La cama rechina. La almohada respira ruidosamente. La manta se encabalga en largas sacudidas. Mi tía gime. Papá jadea. La cama da breves sacudidas sobre su armazón.

Detrás de la casa balbucea el arroyo. El guijarro apremia, las piedras oprimen. La mano de Käthe se agita en sueños. Mi tía suelta una risita, papá susurra algo. Tras la ventana negra revolotea una hoja redonda.

El candado de la puerta negra chirría. Papá sube la angosta escalera descalzo, sin apoyar los talones. Lleva la camisa abierta. Su andar huele a peras podridas. La trampilla chirría y se cierra lentamente. Käthe gira la cabeza en sueños. Las piernas de papá rechinan en el heno.

El arroyo balbucea entre mis ojos: he hecho cosas deshonestas, he visto cosas deshonestas, he oído cosas deshonestas, he leído cosas deshonestas. Hundo las manos bajo la manta. Con los dedos dibujo serpentines en mis muslos. Sobre mi rodilla está nuestro pueblo. La barriga le tiembla a Käthe en sueños.

Los macizos de flores inclinan sus tallos blancos. La ventana negra tiene una grieta gris. De las nubes cuelgan montones de cordoncitos rojos. Los abetos reverdecen en la punta de sus ramas.

En la puerta negra aparece la cara desmadejada de mi tía. Bajo su camisón de dormir tiemblan dos melones. Mi tía dice algo sobre unas nubes rojas y el viento. Käthe bosteza abriendo su boca grande y colorada y levanta los brazos ante la ventanita. La trampilla gimotea. Papá baja la escalera angosta agachado. Tiene la cara mal afeitada y dice: ¿habéis dormido bien? Yo digo: sí. Käthe asiente con la cabeza. Mi tía se abotona la blusa. Entre los melones el botón resulta muy pequeño y se le sale del ojal. Mi tía mira a papá a la cara y repite su frase sobre el viento y las nubes rojas. Papá se apoya contra la escalera de madera y se peina. Del peine grasiento hace rodar un nido de pelo negro por la escalera. A las dos vendremos a buscaros, dice. Mi tía mira sonriendo la puerta verde y dice: Käthe ya sabe. La camioneta arranca. Mi tía se sienta junto a papá. Se peina

con el peine grasiento. Tiene canas detrás de las orejas.

Miro los anchos tejados rojos. Käthe dice: allá arriba está el pueblo. Yo pregunto: ¿es grande? Käthe dice: pequeño y feo.

Me tumbo en la hierba. Käthe se sienta en una piedra junto al arroyo.

Veo los calzoncitos azules de Käthe con la mancha amarilla de peras podridas entre sus muslos. Käthe deja resbalar su falda entre las piernas. Käthe azota el agua bajo las piedras con un palo. Yo miro el agua y le pregunto: ¿eres ya una mujer? Käthe tira guijarros al agua y dice: sólo la que tiene un marido es una mujer. ¿Y tu madre, qué?, le pregunto partiendo una hoja de abedul con los dientes. Käthe deshoja una margarita y va diciendo: me quiere, no me quiere. Käthe arroja al agua el corazón amarillo de la margarita: pero mi madre tiene hijos, dice. La que no tiene marido, tampoco tiene hijos.

¿Dónde está él?, pregunto. Käthe deshoja un helecho: me ama, muerto, no me ama. Pregúntale a tu madre si no me crees. Me pongo a coger margaritas. La vieja Elli no tiene hijos, digo. Nunca ha tenido un marido, dice Käthe. De una pedrada aplasta una rana con manchas pardas. Elli es una solterona, dice Käthe. El pelo rojo se hereda. Yo miro el agua. Sus gallinas también son rojas, y sus conejos tienen ojos rojos, digo. De las margaritas salen pequeños insectos negros que corren por mi mano. Elli canta en el huerto por las tardes, digo. Käthe se para sobre un tocón y exclama: canta porque bebe. Las mujeres tienen que casarse para dejar de beber. ¿Y los hombres?, le pregunto. Beben porque son hombres, dice Käthe saltando sobre la hierba. Son hombres aunque no tengan mujer. ¿Y tu novio?, le pregunto. También bebe, porque todos beben, dice Käthe. ¿Y tú?, le pregunto. Käthe pone los ojos en blanco. Yo me casaré, dice. Lanzo una piedra al agua y digo: pues yo no bebo ni pienso casarme. Käthe se ríe: aún no, pero más tarde sí, todavía eres muy pequeño. ¿Y si no quiero?, digo. Käthe se pone a coger fresas salvajes. Ya querrás cuando seas grande, dice.

Tumbada en la hierba, Käthe come fresas salvajes. Tiene arena roja pegada entre los dientes. Sus piernas son largas y pálidas. La mancha en los calzoncitos de Käthe es húmeda y de color marrón oscuro. Käthe va tirando los tallitos vacíos de las fresas por encima de su cara y canta: y me lo traerá aquel al que amo como a nadie, y que me hace feliz. Y su lengua roja gira y acaba colgada de un hilo blanco en su cavidad bucal. Eso es lo que Elli canta en su huerto por las tardes, digo. Käthe cierra la boca. ¿Cómo sigue?, le pregunto. Käthe se arrodilla en la hierba y hace señas. La camioneta llega rodando desde los anchos tejados. Sobre ella traquetean las cajas vacías.

Papá se apea de la camioneta y cierra con llave la puerta verde de la casa. Mi tía se queda sentada junto al volante y cuenta dinero. Käthe y yo nos trepamos a la camioneta, que arranca en seguida. Käthe va sentada a mi lado, sobre una caja de pepinillos vacía.

La camioneta va deprisa. Veo cuan profundos son los bosques. Los pajarillos sin nombre revolotean sobre el camino. Las manchas de sombra de las lunas festonean la cara de Käthe. Sus labios tienen bordes cortantes y oscuros. Sus pestañas son espesas y puntiagudas como pinochas.

Por las aldeas no se ven hombres ni mujeres. Bajo los grandes árboles no hay niños desnudos. Entre los grandes árboles hay fruta marchita. Perros de pelaje hirsuto corren ladrando tras las ruedas.

Las colinas se diluyen en campos espaciosos. La llanura yace sobre su negro vientre. No sopla viento. Käthe dice: pronto llegaremos a casa. Va tirando de las ramas de acacia al pasar. Con sus manos blancas arranca las flores de los tallos y se queda sin cara. Su voz dice muy quedo: me ama, no me ama. Käthe mordisquea el tallo desnudo.

Detrás del campo se yergue un campanario gris: aquella es nuestra iglesia, dice Käthe. El pueblo es llano y negro y mudo. A la entrada del pueblo cuelga Jesús en la cruz. Tiene la cabeza inclinada y enseña las manos. Los dedos de sus pies son largos y descarnados. Käthe se santigua.

El estanque brilla negro y vacío. La gran serpiente come salvado y harina en el molino. El pueblo está vacío. La camioneta se detiene ante la iglesia. No veo el campanario. Veo las largas paredes gibosas detrás de los álamos.

Käthe se aleja con mi tía por la calle negra. La calle no tiene dirección. No veo el empedrado. Me siento junto a papá. El asiento aún guarda el calor de las piernas de mi tía y huele a peras podridas.

Papá conduce y conduce. Se pasa la mano por el pelo, se pasa la lengua por los labios. Papá conduce con las manos y los pies por el pueblo vacío.

Detrás de una ventana sin casa oscila una luz. Papá atraviesa la sombra del portón y entra en el patio. Estira el toldo sobre la camioneta.

Mamá está sentada al borde de la mesa, bajo la luz. Está zurciendo un calcetín de lana gris sin talón. La lana se desliza suavemente de su mano. Mamá clava la mirada en la americana de papá. Y sonrío. Su sonrisa es débil y renquea al borde de sus labios.

Papá empieza a contar unos billetes azules sobre la mesa. Diez mil, dice en voz alta. ¿Y mi hermana?, pregunta mamá. Papá dice: ya le he dado su parte. Y ocho mil son para el ingeniero. Mamá pregunta: ¿de aquí? Papá niega con la cabeza. Mamá coge el dinero con ambas manos y lo lleva al armario.

Estoy en mi cama. Mamá se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla. Sus labios son duros como sus dedos. ¿Cómo dormisteis allí?, me pregunta. Cierro los ojos: papá arriba, entre el heno, mi tía en su habitación y Käthe y yo en el vestíbulo, le digo. Mamá me da un besito en la frente. Sus ojos tienen un brillo frío. Da media vuelta y se marcha.

En la habitación, el tic-tac del reloj repite: he oído cosas indecentes. Mi cama está en la llanura, entre un río poco profundo y un bosque de hojas cansadas. Tras la pared de la habitación, la cama da breves sacudidas. Mamá gime. Papá jadea. Sobre la llanura cuelgan una infinidad de camas negras y peras podridas.

La piel de mamá es flácida. Sus poros están vacíos. Las peras podridas vuelven a replegarse en la piel. El sueño es negro bajo los párpados.

Tango opresivo

El ligero de mamá le deja marcas profundas en la cintura y le encabalga el estómago sobre el bajo vientre encorsetado. El ligero de mamá es de damasco azul claro con tulipanes descoloridos y tiene dos verrugas de goma blancas y dos hebillas de alambre inoxidable.

Mamá pone las medias de seda negra sobre la mesa. Las medias de seda tienen pantorrillas gruesas y transparentes de cristal negro. Las medias de seda tienen talones redondos y opacos y dedos afilados y opacos de piedra negra.

Mamá se sube las medias de seda negra. Los tulipanes descoloridos nadan desde las caderas sobre el vientre de mamá. Las verrugas de goma se vuelven negras y las hebillas se cierran.

Mamá introduce sus dedos de piedra, mamá comprime sus talones de piedra dentro de los zapatos negros. Los tobillos de mamá son dos gahnates de piedra negra.

Severa y ronca, la campana tañe la misma palabra. Su tañido llega desde el cementerio. La campana dobla a muerto.

Mamá lleva la oscura corona de ramos de abeto y crisantemos blancos. La abuela desgrana el susurrante rosario de cuentas blancas con la imagen redonda de la Virgen sonriente y la descolorida inscripción de la monarquía en húngaro: *Szüz Mária, Köszönöm*. El rosario se columpia bajo el índice de la abuela, colgando de su menuda falange enrojecida.

Yo llevo un manojo de helechos enmarañados, de nervaduras muy finas, y un puñado de velas tan blancas y frías como mis dedos.

El vestido de mamá forma pliegues negros. Los zapatos de mamá taconeán en pasitos cortos. Los tulipanes de mamá nadan en torno a su vientre.

La campana repite la misma palabra en su tañido. El eco la sigue y la precede y no se extingue. Con sus pantorrillas de cristal y sus tobillos de piedra avanza mamá a pasitos cortos hacia el eco de la palabra, internándose en el tañido.

Ante los pasos de mamá camina el pequeño Sepp con una corona de siemprevivas y crisantemos blancos.

Yo avanzo entre la oscura corona de ramos de abeto y el rosario susurrante de cuentas blancas. Voy detrás de mi helecho enmarañado.

Atravieso la puerta del cementerio y tengo la campana ante mi cara. Tengo el tañido de la campana debajo del pelo. Tengo el tañido en la sien, junto a los ojos, y en las blandas articulaciones de mi mano, bajo el helécho enmarañado; tengo el nudo bamboleante del cordón de la campana en la garganta.

El índice de mi abuela tiene manchas azulinas en la raíz de la uña y está muerto. La abuela cuelga su rosario susurrante de cuentas blancas en la lápida, sobre la cara de papá. Donde están los ojos hundidos de papá está ahora el rojo corazón descarnado de la Virgen sonriente. Donde están los labios duros de papá está ahora la inscripción húngara de la monarquía.

Mamá se ha inclinado sobre la oscura corona de ramos de abeto. Su estómago le encabalga el bajo vientre. Los crisantemos blancos se enrollan sobre las mejillas de mamá. Su vestido negro

ondea al viento que vaga por entre las tumbas. El pie de cristal negro de mamá tiene una grieta angosta y blanca que le sube por las piernas hasta la verruga de goma, hasta el vientre de mamá, sobre el cual nadan los tulipanes.

La abuela pellizca con su índice muerto el helecho enmarañado que está al borde de la tumba. Yo introduzco las velas blancas por entre las nervaduras y horado la tierra con las frías puntas de mis dedos.

El fósforo vacila azul en la mano de mamá. Los dedos de mamá tiemblan y la llama tiembla. La tierra devora las falanges de mis dedos. Mamá pasea la llama alrededor de la tumba y dice: no hay que horadar la tierra de las tumbas con los dedos. La abuela estira su índice muerto y señala el corazón rojo y descarnado de la Virgen sonriente.

En las escaleras de la capilla aguarda el cura. Sobre sus zapatos cuelgan unos pliegues negros. Los pliegues suben por su vientre y llegan hasta la barbilla. Detrás de su cabeza oscila la cuerda de la campana, el grueso nudo. El cura dice: recemos por las almas de los vivos y los muertos, y junta las manos huesudas sobre su barriga.

Los ramos de abeto doblan sus pinochas, el helecho curva sus enmarañadas nervaduras. Los crisantemos huelen a nieve, las velas huelen a hielo. El aire se pone negro sobre las tumbas y murmura una oración: y tú, Dios nuestro, Señor de los ejércitos celestiales, libéranos de este exilio. Sobre la torre de la capilla, la noche es tan negra como los pies de cristal de mamá.

Las velas destilan una maraña chorreante de su dedos. La maraña chorreante se pone tiesa como mis costillas al contacto con el aire. El pabilo, deshecho y carbonizado, no aguanta las llamas. Por entre las velas quebradas rueda un terrón bajo el helecho.

Mamá tiene en su frente los crisantemos enrollados y dice: no hay que sentarse sobre las tumbas. La abuela estira su índice muerto. La grieta en la pierna de mamá es tan ancha como el índice muerto de la abuela.

El cura dice: mis queridos fieles, hoy es el día de Todos los Santos; nuestros queridos difuntos, las almas de nuestros muertos, celebran hoy una fiesta de alegría. Es su día de fiesta.

El pequeño Sepp, con las manos cruzadas sobre la corona de siemprevivas, está junto a la tumba vecina: libéranos de este exilio, oh Señor. Su cabello canoso tiembla bajo la luz trémula.

Con su acordeón rojo, el pequeño Sepp acompaña a las blancas y ondulantes novias por el pueblo; acompaña a las parejas de invitados a la boda con sus blancos lazos de cera en torno al altar, bajo el corazón rojo y descarnado de la Virgen sonriente; acompaña la torta de vainilla con las dos palomas blancas de cera encima y la deja ante la cara de la novia. Con su acordeón rojo, el pequeño Sepp toca el tango opresivo para los brazos y las piernas de los hombres y las mujeres.

El pequeño Sepp tiene dedos cortos y zapatos cortos. Con sus dedos cortos bien estirados presiona las teclas. Las teclas anchas son de nieve, las teclas angostas, de tierra. El pequeño Sepp presiona muy poco las teclas angostas. Cuando las presiona, la música se enfría.

Los muslos de papá se pegan al vientre de mamá, en torno al cual nadan los tulipanes descoloridos.

La novia ondulante es la vecina. Hace señas con el índice. Me corta un trozo de tarta y, sonriendo tímidamente, me pone sobre la mano las blancas palomas de cera.

Cierro la mano. Las palomas se calientan como mi piel y sudan. Meto las blancas palomas de cera en una albóndiga de carne y en un pan al que le hincó el diente. Engullo el pan y escucho el tango opresivo.

Mamá pasa bailando con los tulipanes que nadan en los muslos de mi tío junto al borde de la mesa. Tiene los crisantemos enrollados en torno a la boca y dice: con la comida no se juega.

El cura levanta sus manos huesudas en nombre del Señor: libéranos de este exilio. De sus manos asciende una chorreante maraña de humo que flota en torno al nudo del cordón de la campana y sube hasta la torre.

La tumba se ha hundido, dice mamá. Hay que echarle dos carretadas de tierra y una de estiércol fresco para que crezcan las flores. El zapato negro de mamá cruje en la arena. Es algo que bien puede hacer tu tío por tu hermano muerto, dice mamá.

La abuela se cuelga el rosario de cuentas blancas en su índice muerto.

Los ojos hundidos de papá miran el pie de cristal negro de mamá con la grieta blanca. Los zapatos negros de mamá van sorteando toperas entre tumbas desconocidas.

Atravesamos la puerta del cementerio. El pueblo se hunde en sí

mismo y huele a ramos de abelo y helecho, a crisantemos y maraña de cera.

Ante mis pasos va el pequeño Sepp.

El pueblo es negro. Las nubes son de damasco negro.

La abuela desgrana su rosario de cuentas blancas. Mamá me aprieta los dedos en su mano.

Papá es nuestra alma muerta. Papá tiene hoy su día de fiesta y pasa bailando a la orilla del pueblo.

El ligüero de mamá le deja marcas profundas en la cintura. Papá pega sus muslos contra una nube de damasco negro mientras baila un tango opresivo.

La ventana

Mamá me ciñe la octava pretina en torno a la cintura. Las pretinas son blancas y angostas. Las pretinas son calientes y oprimen la cintura y me comprimen el aliento en la garganta.

Peter aguarda sentado en una silla, a un extremo de la mesa.

Las faldas bajas, fruncidas en pliegues de piedra, están guarnecidas de encajes. Los agujeros de los encajes y su delicada osatura pesan y huelen a moho. Los encajes tienen venas calizas como las que recorren las largas paredes del molino viejo.

La novena falda es de color gris claro como las ciruelas al amanecer. Flota sobre las faldas bajas de piedra. Yo sólo siento su pretina caliente. La novena falda tiene flores blancas sobre un fondo de seda gris, penumbroso. Las flores son campanillas con la cabeza inclinada. Muchas de las cabezas quedan ocultas entre los pliegues. Sólo se ven cuando empiezo a girar, cuando el acordeón resuena, cuando el clarinete negro grita, cuando la piel de ternera del tambor zumba.

Peter me hace girar en torno a su cara.

Las campanillas blancas se marean y susurran una cadencia. Mis zapatos pisan una cadencia, los flecos de mi dengue tiemblan una cadencia, mis cabellos vuelan una cadencia. Un rizo se me cae sobre la oreja, otro se me cae sobre la nuca, otro se me cae sobre la base de la nariz y huele a pasta de ciruela. El tambor zumba hueco como un puente.

Toni gira su media cara tras la cabeza de Bárbara. Mis ojos giran junto a la oreja de Toni. Mis orejas giran en torno a la cabeza de Peter.

La piel de ternera me zumba en las sienes, en los codos, en las rodillas. La piel de ternera me zumba bajo el dengue, bajo la piel, y me oprime el corazón. Tengo las caderas calientes, los muslos tensos, mis músculos empiezan a girar sobre el vientre.

Entre Toni y yo hay cuatro dengues con flecos tremolantes. Entre Toni y yo está la cara del panadero con su clarinete negro.

Mis faldas bajas ondean en torno a mis pantorrillas. Mi falda de seda gris gira en torno a las perneras negras de Peter. Las cabezas de las campanillas blancas se estiran entre los pliegues. Mi falda de seda gris es una campana muda.

Los muslos de Peter tiemblan cálidos. Las rodillas de Peter son duras y puntiagudas. Los ojos de Peter centellean ante mi cara. Las comisuras de sus labios brillan rojas y húmedas. La mano de Peter es grande y dura. Toni levanta la mano de Bárbara hasta su oreja.

El clarinete negro enmudece. El panadero sacude la saliva de la lengüeta. El panadero canta: ven a bailar conmigo en la mañana. Peter pega a mi cuello el blanco cuello duro de su camisa.

Cierro los ojos y bailo con Toni y mi falda de seda gris a la orilla del pueblo, detrás del molino, tras el último destello de luz blanca de la bombilla alta, bajo el puente hueco.

Mi blusa es suave, sus botones son pequeños, sus ojales, grandes. Mi falda es matinal y se alza como la niebla. Las manos de Toni arden sobre mi vientre. Mis rodillas se alejan nadando una de la otra, se alejan hasta una distancia igual al largo de mis piernas. Mi vientre tiembla, las sienes me oprimen los ojos. El puente es hueco y gime, y el eco me cae en la boca. Toni jadea, y la hierba suspira. Mi falda alborea bajo mis codos. La espalda de Toni suda entre mis manos. Arriba, en la luna, detrás de mi pelo, los perros ladran olvidados, y el guardián nocturno se apoya en la larga pared con venas calizas del molino viejo y se duerme.

El puente gira en torno a mis manos, y mi lengua gira en la boca de Toni. Toni, acezante, me abre un agujero en el vientre. Mis rodillas nadan al borde del puente. El puente cae en mis ojos. Un lodo calido fluye por mi vientre y se extiende sobre mí y me pega el aliento y me en tierra la cara.

Abro los ojos. Sobre mi frente hay unas gotas temblorosas. La lluvia cansada resbala por mi garganta bajo el puente hueco.

Peter me oprime la mano con su pulgar grande, con su sudor viscoso. Peter me hace girar en torno a él y gira en torno a mí. Yo floto en torno a Peter y mis rodillas son de plomo.

El panadero sacude la saliva de su clarinete negro y canta con garganta saltarina: pero no, pero no, dijo ella, no te besaré. Sus ojos giran como el vino en el cántaro. Los negros hombros de Toni giran en torno a los flecos volantes de Bárbara.

Peter hace la ventana conmigo. Mis dedos se pegan a los suyos. Mis brazos se enroscan en sus codos. Ante mi cara gira la ventana hecha con su carne y mis manos oprimidas. A través de la ventana veo la media cara de Toni.

Entre nuestras ventanas, por entre nuestras medias caras se asoma la cara angulosa de mi madre con un pañuelo de seda negra en la cabeza, con unos ojos saltones y punzantes, con una boca sin dientes.

Los ojos punzantes nadan fuera del rostro anguloso, fuera del pañuelo de seda negra, nadan hasta el final de la calle abierta, hasta el final del pueblo encorsetado. Pasados los últimos huertos, detrás del puente hueco, los ojos punzantes rompen la tierra y se precipitan dentro.

A la salida del pueblo se yergue una cruz. Jesús está colgado al borde del camino, Jesús lanza una mirada ausente al campo de remolachas a través de una ventana de ciruelos destrozados.

Mis ojos nadan fuera de la ventana, fuera de mi cabeza, de mi boca ardiente, de mi sudor escondido. Mi ventana es ciega. Mis brazos están mortalmente cruzados en los brazos de Peter. Miro una vez más por mi ventana ciega y digo en voz baja y deprisa: tengo náuseas.

La lengua se me hunde en la boca. Me caigo sobre mi penumbrosa campana de seda gris. Me hundo en los inquietos pliegues de las faldas negras de esas mujeres viejísimas, en las manos que intentan aferrarte, en la boca sin dientes.

Las faldas negras son tan abiertas como las calles, tan cerradas como el pueblo, tan quebradizas como esa tierra que intenta aferrarte detrás de los últimos huertos, detrás de los ojos punzantes, detrás de la boca sin dientes.

El hombre de la caja de fósforos

Ei fuego consume la aldea cada noche. Primero arden las nubes.

Cada verano se lleva un granero. Los graneros se incendian siempre en domingo, cuando la gente baila y juega a las cartas. El crepúsculo rueda por las calles como un intestino grueso. Luego arde lentamente allá en el fondo, entre la paja y el entramado de tallos. Y sólo uno lo sabe, el hombre de la caja de fósforos, que ventila su odio por las plantaciones de patatas, detrás de los maizales. En ese huerto arrastraba sacos y escardaba remolachas cuando era un niño enclenque. Dormía en el establo de esa casa, y en ella fue llamado peón por una niña de su misma edad que tenía trenzas rubias y lisas y en invierno comía naranjas y le salpicaba la cara con el fragante zumo de las mondas vacías. Ahora se interna por el maizal, y el susurro que oye a sus espaldas le hace creer que él mismo es el viento.

En la calle, el hombre gordo aún lo sigue con sus ojillos duros, y en la taberna se sienta a otra mesa y sólo de vez en cuando le mira la cara a través del ángulo que forma su brazo.

Y ya empieza a propagarse el fuego, ya se revuelca con sus ardientes faldas rojas y sube hasta los tejados. Y en el cielo de la aldea tiembla ya el incendio.

Fuego, grita alguien, luego chillan dos y al final braman todos la misma palabra, y la aldea entera se agita sobre la colina. Los hombres acuden con cubos.

Llegan los bomberos de su fiesta gremial con una bomba de incendios pintada de rojo que tiende hacia los árboles un brazo chillón

y oscilante. Todo crepita y relumbra en torno al gran henil en llamas. Luego se oye un crujido, y las vigas se quiebran y caen a tierra. Y la caldera hierve, y las caras se ponen rojas y negras y se hinchan de miedo.

Me quedo de pie en el patio, y las piernas me brotan del cuello. No tengo sino este nudo en la garganta. Mi gáznate brinca por encima de las vallas.

El fuego me tortura con sus tenazas. El fuego se va acercando, y mis piernas son ya madera negra carbonizada.

Yo he prendido el fuego. Sólo los perros lo saben. Cada noche trasganean por mi sueño. No contarán nada, dicen, pero me ladrarán hasta que muera.

A nuestro patio fueron llegando hombres que vaciaban la leche en el huerto y se llevaban los cubos, y tiraban de la manga de mi padre diciéndole ven, tú también eres bombero y tienes un gorro precioso y un uniforme rojo oscuro. Papá se hizo eco de su clamor y salió detrás de ellos. Papá advirtió su terror en los ojos. Y su uniforme rojo oscuro echó a andar delante de él por el empedrado. Y a cada paso su gorro precioso le comía un trozo de su espesa cabellera. Un sudor cálido me bañaba la frente, las ondas rojas me quemaban el nervio óptico bajo los párpados.

Corro por la pradera. Allí está la multitud boquiabierta.

Y yo.

Siento sus penetrantes ojos en mi nuca.

Y a mi lado está siempre el hombre de la caja de fósforos.

Su codo, al lado mismo de mi brazo está su codo. Es duro y puntiagudo.

De sus zapatos caen trocitos de tierra del huerto. Nadie me mira. Todos no son más que espaldas y talones y lazos de delantal y puntas de pañuelos. Todos callan. Y aún hoy siguen callando, pero me excluyen.

Y él gana el juego de cartas el domingo. Y baila fabulosamente, el hombre de la caja de fósforos.

Crónica de pueblo

Desde que en el pueblo sólo quedan once alumnos y cuatro maestros, que en su conjunto integran la llamada escuela primaria, el maestro de educación física enseña también agronomía. Desde entonces, en las clases de agronomía se practica el salto de longitud sobre una poza de arena siempre húmeda y lo que se conoce como el juego de las naciones, en verano con pelotas auténticas y en invierno con bolas de nieve. En este juego los alumnos se agrupan por países. El que recibe un pelotazo debe retirarse tras la línea de tiro, y, como está muerto, ha de seguir mirando hasta que todos los demás jugadores de su país hayan sido liquidados, o, como se dice en el pueblo, hayan caído por la patria. El maestro de educación física suele tener problemas a la hora de agrupar a los alumnos. Por eso, al terminar cada clase se anota a qué país ha pertenecido cada alumno. El que en la clase anterior pudo ser alemán, deberá ser ruso en la clase siguiente, y el que en la clase anterior fue ruso, podrá ser alemán en la siguiente. A veces el maestro no consigue convencer a un número suficiente de alumnos de que sean rusos. Cuando ya no sabe qué hacer, les dice: sois todos alemanes y basta. Y como en este caso los alumnos no entienden por qué habrían de combatir, son agrupados en sajones y suabos.

En verano, los alumnos también tienen tinta roja, y tras caer abatidos a tiros, se pintan manchas coloradas en la piel y en la camisa.

El maestro de educación física, es decir el director de la escuela, que además enseña música y alemán, también se hizo cargo hace unos días de las clases de historia, pues aquel juego es igualmente idóneo para la clase de historia.

Junto a la escuela queda el parvulario, donde los niños cantan canciones y recitan poemas. En las canciones se habla de excursiones y cacerías, y en los poemas, de amor a la madre y a la patria. A veces, la maestra del parvulario, que aún es muy joven -lo que en el pueblo se llama una mozueta- y toca muy bien el acordeón, enseña a los niños canciones de moda en las que aparecen palabras inglesas como *darling* y *love*. Resulta que a veces los chiquillos pellizcan a sus compañeras debajo de la falda o las miran por la angosta rendija de

la puerta del retrete, algo que la maestra llama una vergüenza. Como esto suele ocurrir de vez en cuando, en el párvulario también se celebran reuniones de padres de familia, que en el pueblo se llaman diálogos con la maestra. En ellas, la maestra da a los padres una serie de indicaciones -que en el pueblo se llaman consejos- sobre cómo castigar a sus hijos. El castigo más recomendado y que se adapta a cualquier falta, es el arresto domiciliario. Durante una o dos semanas se le prohíbe al niño salir a la calle cuando vuelve a casa del parvulario.

Junto al parvulario está la plaza del mercado. En ella se compraban y vendían hace años ovejas, cabras, vacas y caballos. Ahora vienen una vez al año, en primavera, unos cuantos hombres embozados de los pueblos vecinos y traen en sus carros cajas de madera con lechones. Los lechones sólo se venden y compran por parejas. Los precios no dependen tanto del peso como de la raza, que en el pueblo se llama calidad. Los compradores traen consigo a algún vecino o pariente y examinan la constitución del cochinito, que en el pueblo se llama físico: si tiene patas, orejas, hocicos o cerdas largas o cortas, o si tiene la cola enroscada o estirada. Si no quiere venderlos a mitad de precio, el vendedor tendrá que encerrar de nuevo en su caja de madera aquellos lechones con manchas negras o distinto color de ojos, que en el pueblo se llaman lechones de mal agüero.

Además de cerdos, los aldeanos crían también conejos, abejas y aves de corral. Las aves de corral y los conejos se llaman ganado menor en los periódicos, y la gente que cría aves de corral y conejos son los llamados criadores de ganado menor.

Aparte de cerdos y ganado menor, la gente del pueblo tiene también perros y gatos a los que, como se cruzan entre sí hace ya decenios, resulta imposible distinguir unos de otros. Los gatos son aún más peligrosos que los perros; se cruzan, lo que en el pueblo se llama aparearse, incluso con los conejos. El hombre más viejo del pueblo, que ha sobrevivido a dos guerras mundiales y a muchas otras cosas y personas, tenía un gran gato rojo. Su coneja trajo al mundo -lo que en el pueblo se llama parir- tres veces seguidas conejitos con manchas rojas y grises que maullaban y que el veterano ahogaba puntualmente. A la tercera vez, el viejo ahorcó a su gato. Después de eso, la coneja trajo dos veces al mundo conejitos atigrados, y tras la segunda vez el vecino ahorcó a su gato atigrado. La última vez, la coneja tuvo crías de pelo largo y crespo, pues un gato de la calleja vecina o del pueblo vecino, que es producto del cruce de un perro con un gato del pueblo, tiene ese tipo de pelaje. No sabiendo entonces qué hacer, el hombre más viejo del pueblo mató a su coneja y la enterró, pues no quiso probar su carne al no haber tenido ella hacía años otra cosa que gatos en la barriga. Todo el pueblo sabe que el

viejo llegó a comer carne de gato en Italia, cuando era prisionero de guerra. Lo cual no significa, ni mucho menos, dice él mismo, que tenga que soportar la desvergüenza de su coneja, porque una aldea suaba no está, gracias a Dios, en Italia, aunque a veces él tenga la impresión de que igual podría estar en Cerdeña. La gente del pueblo, sin embargo, atribuye esa impresión a la arterioesclerosis del viejo, y dice que ya está un poco chocho.

Junto a la plaza del mercado queda el Consejo del pueblo, que los habitantes denominan casa consistorial. El edificio del Consejo del pueblo es una combinación de casa de labranza con iglesia de pueblo. De la casa de labranza tiene la galería abierta y bordeada por una barandilla sostenida por largueros, las ventanitas semioscuras, las persianas marrones, las paredes pintadas de rosa y el zócalo pintado de verde. De la iglesia de pueblo tiene los cuatro escalones en la entrada, el arco sobre el portón, la doble puerta de madera ciega con la rejilla, el silencio en las habitaciones y las lechuzas y los murciélagos, eme en el pueblo se llaman sabandijas, en el desván.

El alcalde, que en el país se llama juez, celebra sus reuniones en la casa consistorial. Entre los presentes hay fumadores que fuman ausentes, no fumadores que no fuman y dormitan, alcohólicos, que en el pueblo se llaman borrachines y ponen sus botellas bajo las sillas, y no alcohólicos y no fumadores que son débiles mentales -lo que en el pueblo se llama gente decente- y fingen escuchar aunque estén pensando en cosas totalmente distintas, si es que son capaces de pensar.

También los forasteros que nos visitan se dan su vuelta por el Consejo del pueblo, pues en caso de urgencia van al patio interior y orinan, lo que en el pueblo se llama hacer aguas. El retrete, situado en el patio interior del Consejo del pueblo, es un retrete público, ya que no tiene puerta ni techo. Pese a todas las similitudes entre el Consejo del pueblo y la iglesia, ningún forastero ha ido nunca a la iglesia creyendo que era el Consejo del pueblo, pues la iglesia es reconocible por su cruz y el Consejo del pueblo por su cuadro de honor, que en el pueblo se llama armario de honor. En el armario de honor cuelgan periódicos que, cuando se ponen totalmente amarillentos e ilegibles, son sustituidos por otros.

Junto al Consejo del pueblo se encuentra la peluquería, que en el pueblo se llama barbería. En la barbería hay una silla colocada ante un espejo, una estufa de carbón en una esquina, y un banco de madera pegado a la pared, en el que los clientes, que en el pueblo se llaman candidatos al rape, se sientan y dormitan, o, como se dice en el pueblo, esperan.

Entre los candidatos al rape no hay ninguno que supere los cien

años. Además de afeitarse, todos se hacen cortar el pelo, incluso los que ya no tienen. Después de cada afeitada, el peluquero, que en el pueblo se llama barbero, afila su navaja en una correa de cuero que oscila y empieza a zumbiar, y fricciona con perfume la cara de los clientes más jóvenes, los que tienen menos de setenta, mientras que a los mayores les pasa alcohol, pues no está bien visto -o como se dice en el pueblo, no se estila- que un señor mayor huela a perfume, lo que en el pueblo se llama apestar a perfume.

Junto a la peluquería, y frente al Consejo del pueblo, se ha instalado una gran pista de hormigón, que en el pueblo se llama plaza de la fiesta mayor. Sobre esa pista de hormigón bailan las parejas durante la fiesta mayor.

Desde que el pueblo se ha ido reduciendo debido a que la gente emigra, como mínimo, a la ciudad, las fiestas mayores son cada vez más grandes y los trajes regionales cada vez más solemnes, al punto de que los periódicos no pueden por menos de describir pormenorizadamente la fiesta mayor de cada pueblo, que en los periódicos se llama, si no localidad, al menos sí municipio. Como la fiesta mayor de cada pueblo se celebra en un domingo distinto, todas las parejas de un pueblo van, antes o después de su propia fiesta mayor -que en el pueblo se llama verbena-, a la fiesta mayor del pueblo vecino, lo que en el pueblo se llama hacer tercio. Pero como en el Banato todos los pueblos son pueblos vecinos, en todas las fiestas mayores participan las mismas parejas, los mismos espectadores y la misma banda de música. La juventud de todo el Banato acaba conociéndose gracias a esas fiestas mayores, y a veces hasta se llega al matrimonio entre gente de pueblos distintos, siempre que los padres se dejen convencer de que los novios, pese a no ser del mismo pueblo, son, no obstante, alemanes.

Junto a la peluquería queda la cooperativa de consumo, que en el pueblo se llama tienda y, en una superficie de cinco metros cuadrados, ofrece ollas, pañuelos de cabeza, mermelada, sal, barragán, pantuflas y una pila de libros de los primeros años sesenta. La vendedora es diabética y, sin duda, del pueblo vecino, porque allí hay una pastelería y existe el nombre Franziska.

En nuestro pueblo las mujeres se llaman Magdalena —Leni para los lugareños- o Theresia, es decir, Resi. Los hombres de nuestro pueblo se llaman Matthias -Matz para los lugareños- o Johann, es decir, Hans. Los apellidos de nuestro pueblo son nombres de oficios -Schuster, Schneider, Wagner- y de animales: Wolf, Bar, Fuchs¹. Aparte de estos apellidos hay en nuestro pueblo otros dos -Schauder

¹ Los apellidos mencionados significan, por orden de aparición: zapatero, sastre, carretero, lobo, oso y zorro. (*N. del T.*)

y Stumper- que nadie sabe de dónde proceden. Algunos de los denominados lingüistas del Banato han demostrado en sus investigaciones -llamadas investigaciones lingüísticas-, que estos apellidos surgieron de la deformación de otros apellidos. Pero en el pueblo hay también sobrenombres, o como les llaman aquí, apodos: «pastel en bote» y «cenaoscuras», por ejemplo.

Junto a la cooperativa de consumo está la Casa de la cultura. Cuando llueve, la fiesta mayor se celebra en su interior; y los matrimonios se celebran en la Casa de la cultura llueva, truene o haga buen tiempo. La Casa de la cultura también tiene cuatro escalones, una sólida puerta de madera ciega con rejilla, un portón de entrada con arcos, unas ventanitas oscuras con persianas marrones, y sabandijas en el desván. En un pequeño espacio oscuro donde antes estaba el proyector de películas se ha instalado ahora -desde que ya nadie va al cine y, en cambio, los matrimonios son cada vez más frecuentes- una gran cocina, que en el pueblo se llama cocina económica, con una enorme caldera incorporada. Desde que sustituyeron el antiguo entarimado por un parqué, hasta los invitados más viejos bailan de nuevo polka, y ya no valeses o foxtrot, en los matrimonios.

Junto a la Casa de la cultura está el correo. El correo tiene dos empleados: el cartero, que en el pueblo se llama estafetero, y la telefonista, que en el pueblo se llama cartera y es la mujer del cartero. Como muy raras veces tiene que ocuparse del teléfono, la cartera sella la correspondencia que llega, y, por la tarde, cuando se ha vaciado el buzón, también la que sale. La cartera conoce todas las cartas por dentro y por fuera y está al tanto de los pensamientos más secretos de la gente del pueblo.

Junto al correo queda el puesto de policía. El oficial, que en el pueblo se llama «el azul», entra de vez en cuando en un pequeño espacio -que en el pueblo se llama despacho y en el que hay un escritorio vacío y una silla-, se dirige a la ventana, la abre y ventila el cuarto hasta que acaba de fumar su cigarrillo extranjero. Luego la cierra, cuelga de nuevo el candado en la puerta y se encamina al correo. Allí se pasa horas charlando con la cartera detrás del pupitre.

El pueblo tiene tres callejas laterales, más conocidas como las callejas de atrás, pues una queda detrás de la escuela y termina en la Cooperativa de producción agrícola (CPA), la segunda está detrás de la Cooperativa de consumo y termina en la Granja estatal, y la tercera queda detrás del correo y termina frente al cementerio.

Las callejas laterales son hileras de casas. Las casas de esas hileras están todas pintadas de color rosado y tienen el mismo zócalo verde y las mismas persianas marrones. Sólo se diferencian entre sí

por la numeración. Muy temprano, cuando aún está clareando, se oye en las callejas laterales el cacareo de las gallinas y los graznidos y silbidos de los gansos. Cuando ya es de día fuera, día claro y con sol, como se dice en el pueblo, el cacareo y los graznidos y silbidos son dominados por las voces de las mujeres, que en el pueblo se llaman amas de casa y conversan por sobre vallas y huertos, lo que en el pueblo se llama cotillear. Los huertos están siempre bien es cardados y desyerbados, o, como se dice en el pueblo, bien cuidados.

Las casas del pueblo son limpias. Las amas de casa limpian, friegan, barren y cepillan el día entero, lo que en el pueblo se llama ser casero y económico. Los sábados cuelgan en las vallas sus alfombras persas, que en el pueblo se llaman las persas y son del tamaño de medio patio. Allí son batidas, cepilladas y peinadas antes de volver al cuarto de estar, que en el pueblo se llama recibimiento. En el recibimiento hay muebles barnizados y oscuros de madera de cerezo o tilo, chapados de nogal o palo de rosa.

Sobre los muebles hay chucherías que en el pueblo se llaman bibelots y representan animales muy diversos, desde escarabajos y mariposas hasta caballos. Muy apreciados son los leones, las jirafas, los elefantes y los osos polares, animales que no existen en la región del Banato -que en los periódicos se llama provincia del Banato, y en el pueblo, el interior del país-, pero que viven en otros países, o, como dicen los lugareños: en el extranjero.

El hombre más viejo del pueblo sueña hace años con ir al extranjero, que en el pueblo se llama occidente, a visitar a un viejo amigo de su época de prisionero de guerra, y poder ver allí un león de verdad.

En las ventanas cuelgan cortinas de nilón blancas que en el pueblo se llaman cortinas de encaje. Muchas amas de casa se hacen traer esas cortinas de encaje por parientes que viven en el extranjero, y compensan el hermoso regalo con algunos kilos de salchicha hecha en casa, o con una pierna de jamón ahumado. Las cortinas ya lo valen, dicen, pues como los cuartos no están habitados, o, según dicen en el pueblo, están bien cuidados, les quedan para sus hijos y sus nietos, que en el pueblo se llaman los hijos de los hijos.

Las casas tienen un patio dividido en dos partes, que en el pueblo se llaman patio de entrada y patio interior. En el patio de entrada, bajo los altísimos emparrados de uvas y entre los rosales podados, acechan los llamativos enanos de jardín y las grandes ranas verdes, que en el pueblo se llaman ranas de jardín. En el patio interior están las aves de corral y los oscuros y humeantes chamizos en los que se cocina, se come, se lava, se plancha y se duerme, y que en el pueblo reciben el nombre de cocina de verano. Según los

menús que hayan previsto para su semana, la gente del pueblo la divide en días de carne y días de harina. Todos comen con grasa, sal y pimienta. Pero cuando el médico rural les prohíbe la grasa, la sal y la pimienta, comen sin grasa, sal ni pimienta, y dicen, mientras comen, que la salud está por encima de todo y que la vida pierde su encanto cuando no se puede comer de todo, y añaden: «El buen yantar, las penas hace olvidar».

Tras las callejas laterales quedan los campos de la CPA y de la Granja estatal. Son campos grandes y llanos. Las plantas soportan la helada en invierno, lo que en el pueblo se llama congelarse, la humedad en primavera, lo que se denomina podrirse, y el calor extremo en verano, lo que se conoce como agostarse. Y el otoño, la época de la cosecha, que en los periódicos se llama campaña de la cosecha, es una temporada de lluvias que los periódicos dan por concluida en octubre, pero que en el pueblo se prolonga hasta diciembre. Los profundos agujeros que en invierno se ven por los campos no son los surcos del arado, sino las pisadas de los campesinos, que al cosechar se hunden en la tierra hasta por encima de sus botas. Algunos campesinos dicen que después de la estatización, que en el pueblo se llama expropiación, no ha vuelto a haber una cosecha de verdad. Después de la expropiación, dicen los campesinos, hasta el mejor terreno no vale ya nada, y el hombre más viejo del pueblo afirma que existe una gran diferencia entre el suelo del huerto y el del campo, tan grande como si, al parecer, no hubiera sido nunca el mismo suelo.

El terreno que rodea al pueblo es de la CPA y de la Granja estatal. El de la CPA está detrás de la primera calleja de atrás, y el de la Granja estatal, detrás de la segunda calleja de atrás.

Integran la CPA un presidente, que es hermano del alcalde, cuatro ingenieros -uno de los cuales es responsable de la mala hierba, otro, de las siete vacas y los once cerdos, otro, de las tres hectáreas de pepinillos y las dos hectáreas de tomates, y el cuarto, de los tres tractores-, y siete campesinos de la CPA, todos por encima de los cincuenta, que en el pueblo son llamados socios y tratados de «chicos» y «chicas» por los ingenieros. En las sesiones, los ingenieros achacan las malas cosechas y las deudas de la CPA al suelo, que es demasiado arenoso para los cereales y no es lo suficientemente arenoso para la verdura. El suelo es bueno para los cardos y las correhuelas, que asfixian los cereales y la verdura, llamados cultivos por los ingenieros. El ingeniero responsable de la mala hierba dice que el suelo de la CPA es demasiado ácido y pegajoso.

La Granja estatal está integrada por un presidente, llamado director en el pueblo, que es cuñado del alcalde y hermano del presidente de la CPA, por cinco ingenieros -uno de los cuales es

responsable de las nueve vacas y los quince cerdos, otro, de las seis hectáreas de zanahorias, otro, de las diez hectáreas de patatas, otro de los cereales, y otro, del huerto de árboles frutales, que en el pueblo se llama vivero—, y por cien operarios que viven en los gallineros abandonados de la Granja estatal. Los ingenieros achacan las malas cosechas de la Granja estatal al suelo, que es demasiado salado para los cereales y no es lo suficientemente salado para la verdura y los árboles frutales. Bueno es el suelo para la amapola común y los acianos, que brillan multicolores en el campo y, como dicen los ingenieros, brillan también muchísimo en las fotos. Gracias al brillante colorido de las amapolas y los acianos, el ingeniero que estaba antes a cargo de la mala hierba obtuvo -o ganó, como dicen en el pueblo- el año pasado el primer premio con una foto a color en una exposición de la amistad organizada en Craiova por fotógrafos rumanos y búlgaros. El premio consistía en un viaje a Italia. A raíz de ese viaje, el brigadier pasó a ser el nuevo responsable de la mala hierba: es primo del alcalde, del presidente de la CPA y del director de la Granja estatal.

Detrás de la tercera calleja de atrás queda el cementerio. Tiene un cerco de ciruelos silvestres y una maciza puerta de hierro negra. Al final del camino principal se alza la capilla, que es una copia en miniatura de la iglesia del pueblo y parece una cocina de verano algo más alta.

La capilla fue construida -o, como se dice en el pueblo, donada- antes de la Primera Guerra Mundial por el entonces carnicero del pueblo, quien tras sobrevivir a la guerra, viajó a Roma y vio al Papa, que en el pueblo es llamado el Santo Padre. Su mujer, que pese a ser costurera era conocida en el pueblo como la «carnicera», murió pocos días después de que acabaran la capilla y fue enterrada -o, como se dice en el pueblo, sepultada- en la cripta familiar, debajo de la capilla.

Aparte de gusanos y de topos, que los hay en todo el cementerio, debajo de la capilla hay también serpientes. El asco que le producen esas serpientes ha mantenido vivo al carnicero hasta ahora, convirtiéndolo en el hombre más viejo del pueblo.

Excepto la carnicera, todos los muertos yacen -o, como se dice en el pueblo, reposan- en tumbas. Los muertos del pueblo comieron y bebieron todos hasta morir, o, como dicen los lugareños, se mataron trabajando. La excepción la constituyen los héroes, que se supone murieron combatiendo. Suicidas no hay en el pueblo, pues todos los habitantes tienen un sólido sentido común que no pierden ni al llegar a viejos.

Para demostrar que no murieron en vano -o, como se dice en el

pueblo, que encontraron una muerte heroica, pues sin duda se supone que la buscaron-, los héroes, que en el pueblo se llaman caídos, son enterrados dos veces en el mismo cementerio: una vez en la tumba de sus respectivas familias, y otra bajo la cruz de los héroes. En realidad yacen en una fosa común de algún lugar desconocido, o, como se dice en el pueblo, se quedaron en el campo del honor. Los caídos suelen tener obeliscos blancos o grises sobre sus túmulos. Los muertos que hace unos años tenían campo sobre sus cabezas, tienen ahora unas cruces de mármol blanco. Sus jornaleros, que en el pueblo se llamaban peones, tienen sobre sus calaveras unas cruces de hojalata, y las criadas solteras que morían jóvenes y que en el pueblo se llamaban sirvientas, unas cruces de madera barnizadas de negro. Y así, cuando un muerto recibe sepultura, se puede ver en el cementerio si sus antepasados, que en el pueblo se llaman bisabuelos, fueron amos o siervos.

La cruz más grande es la cruz de los héroes. Es más alta que la capilla. En ella figuran los nombres de todos los héroes de todos los frentes y de todas las guerras, incluso los de los desaparecidos, que en el pueblo se llaman deportados.

Cierro tras de mí la puerta negra del cementerio. Detrás del cementerio queda la pradera, que en el pueblo se llama el prado comunal. En el prado comunal hay unos cuantos árboles dispersos.

Trepa a un árbol que se yergue en la linde del prado, pero que podría estar perfectamente en el centro del pueblo, si es que no lo está. Me agarro firmemente a una de sus ramas con ambas manos y miro la iglesia del pueblo vecino, en cuya escalinata exterior una mariquita se limpia el ala derecha sobre el tercer peldaño.

La crencha alemana y el bigote alemán

Hace poco regresó un conocido mío de una aldea cercana, en la que quería visitar a sus padres.

En la aldea hay siempre una luz crepuscular, me dijo. Nunca es de día ni de noche. No hay crepúsculo matutino ni vespertino. El crepúsculo está en la cara de la gente.

No reconoció a nadie, pese a haber vivido en esa aldea muchos años. Toda la gente tenía la misma cara gris. Él se deslizaba a tientas entre esas caras. Las saludaba y no obtenía respuesta. Continuamente tropezaba con paredes y vallas. A veces atravesaba casas construidas de través en el camino. Todas las puertas se cerraban chirriando a sus espaldas. Cuando no tenía ante sí ninguna puerta, sabía que estaba otra vez en la calle. La gente hablaba, pero él no entendía su idioma. Tampoco podía distinguir si caminaban lejos o cerca de él, si salían a su encuentro o se alejaban de él. Oyó un bastón que golpeteaba contra una pared y le preguntó a un hombre dónde estaban sus padres. El hombre soltó una frase larga, en la que rimaban varias palabras, y con su bastón señaló el vacío.

Bajo una bombilla había un letrero en el que se leía «Peluquería». Por la puerta, el peluquero acaba de vaciar en la calle una bacía de lata con agua y espuma blanca. Mi conocido entró en el local. En unos bancos había varios ancianos durmiendo. Cuando les tocaba el turno, el peluquero los llamaba por su nombre. Algunos de los durmientes se despertaban al oír la llamada y repetían a coro el nombre. El llamado se despertaba, y mientras se sentaba en la silla que había ante el espejo, los otros volvían a dormirse.

¿Crencha alemana?, preguntaba el peluquero.

El interrogado asentía y se quedaba mirando el espejo, mudo. En los bancos, los hombres parecían dormir sin respirar. Estaban tiesos como cadáveres. Se oía el ruido de las tijeras en el aire.

El peluquero volvió a vaciar en la calle su bacía de lata, sacándola por la puerta. Mi conocido estaba al lado mismo del chorro de agua, con la espalda apoyada en el marco de la puerta. El peluquero frunció los labios como si fuera a silbar, mas no silbó. Paseó una severa mirada por las caras de los durmientes y chasqueó la lengua. De pronto gritó el nombre de su padre. Varios hombres se despertaron y, abriendo mucho los ojos, repitieron a coro el nombre del padre. Un hombre de cara gris y bigote negro y rizado se puso en pie y se dirigió a la silla. Los hombres de los bancos se volvieron a dormir.

¿Crencha alemana?, preguntó el peluquero.

Crencha alemana y bigote alemán, dijo el hombre. Se oyó el ruido de las tijeras en el aire, y las puntas del bigote rizado cayeron al suelo.

Mi conocido se acercó de puntillas a la silla. Padre, dijo, pero el hombre sentado en la silla miró fijamente el espejo. Le dio unas palmaditas en el hombro, pero el hombre sentado ante el espejo miró aún más fijamente el espejo. El peluquero tenía las tijeras abiertas en el aire. Movi6 su mano y las hizo girar una vez en torno al pulgar. Mi conocido volvi6 a su sitio y apoy6 otra vez la espalda en el marco de la puerta. Con los dedos bien abiertos y estirados, el peluquero le pas6 una brocha por los pelos de la garganta al hombre sentado en la silla. Entre las caras situadas frente al espejo flotaba un polvo gris. El peluquero vaci6 en la calle su baci6 de lata, sac6ndola por la puerta. El hombre abandon6 el local pasando junto al chorro de agua. Mi conocido sali6 de puntillas a la calle. El hombre caminaba delante de él ¿o era otro hombre? Tenía la penumbra pegada a la cara. Ya no veía si esa persona se le acercaba o se alejaba de él. Por fin not6 que el hombre se alejaba, aunque su alejarse más parecía un descender, pese a que la calle era plana. Mi conocido tropez6 con varias paredes y vallas, y, atravesando unas casas construidas de trav6s sobre la calle, se dirigi6 a la estaci6n.

Al caminar sinti6 un fuerte dolor en la espalda y cay6 en la cuenta de que había estado demasiado rato apoyado contra el marco de la puerta.

Sinti6 un dolor muy fuerte en los dedos y cay6 en la cuenta de que había abierto de golpe muchas puertas. Cuando el tren se iba acercando a la estaci6n, sinti6 un fuerte dolor de garganta y cay6 en la cuenta de que había estado hablando todo el tiempo consigo mismo.

No vio al guardagujas, pero éste lanz6 un pitido largo y estridente. El tren hacía mucho viento al acercarse y lanz6 otro pitido, breve y ronco. Entre la penumbra y los vapores del tren se irgui6 un árbol, al lado mismo de los rieles. Estaba reseco. En su tronco aún se veía el letrero. Y cuando ya el tren se alejaba, mi conocido vio que en el letrero ya no se leía, como antes, el nombre del pueblo, sino sólo la palabra: ESTACI6N.

Papá, mamá y el pequeño

Muchos saludos desde la soleada costa del mar Negro. Hemos llegado bien. Hace buen tiempo. La comida es buena. El restaurante está en los bajos del hotel, y la playa queda al lado mismo.

Y mamá tiene que cargar siempre con sus bigudís, y su bata de casa, y sus chinelas con borlas de seda, y el pijama de papá.

Papá es el único comensal con traje y corbata en el restaurante. Y es que mamá lo quiere así.

La comida ya está sobre la mesa y humea y humea, y la camarera es otra vez demasiado amable con papá; por algo será. Y a mamá se le ensombrece la cara y la nariz empieza a destilarle, y a mamá se le hincha una vena en el cuello y un mechón de pelo le cae sobre los ojos y le empieza a temblar la boca, y mamá hunde su cuchara en la sopa hasta el fondo.

Papá se encoge de hombros, sigue mirando a la camarera y derrama la cucharada de sopa en el camino a su boca, pese a lo cual frunce los labios ante la cuchara vacía y sorbe y se mete la cuchara en la boca hasta el mango. La frente le suda a papá.

Pero el pequeño ya ha volcado el vaso y el agua gotea al suelo por el vestido de mamá, y él se ha metido la cuchara en el zapato y ya ha sacado las flores del florero y las ha desparramado sobre la ensalada de lechuga.

A papá se le agota la paciencia y los ojos se le ponen fríos y lechosos, y a mamá los ojos se le hinchan y enrojecen. Oye, que al fin y al cabo es tan hijo tuyo como mío. Y mamá, papá y el pequeño pasan, al salir, junto al puesto de cerveza.

Papá aminora el paso, pero mamá le dice que tomarse una cerveza ahora ni hablar, no, eso sí que ni hablar.

Y papá aborrece a ese niño que ya el primer día se pone rojo como un cangrejo por efecto del sol, y oye a sus espaldas el paso cansino de mamá, y sabe, sin volverse, que esos zapatos también le aprietan, que la carne también se le desborda de ese par como de todos los demás pares, que no hay en el mundo zapatos lo suficientemente anchos para sus pies, para su dedo pequeño, siempre encorvado, escoriado y vendado.

Mamá tira con fuerza del pequeño hacia ella y murmura una frase tan larga como el camino, que las camareras son todas unas putas, gente de lo peor, pobres diablas que nunca llegan a nada en este mundo. El pequeño rompe a llorar y se cuelga de ella y se deja

caer al suelo, y las huellas de los dedos de mamá en sus mejillas tienen un brillo aún más rojo que el de la erisipela.

Mamá no encuentra las llaves de la habitación y vacía su bolso, y papá hace una mueca de asco al ver el monedero pringoso, los billetes siempre arrugados, el peine viscoso, los pañuelos eternamente humedecidos.

Por fin aparecen las llaves en el bolsillo de la americana de papá, y a mamá se le humedecen los ojos, y se agacha y rompe a llorar.

Y la luz tiembla, y la puerta no cierra bien, y el ascensor se para. Papá olvida al niño en el ascensor. Mamá martillea la puerta de la habitación con ambas manos.

Luego viene la siestecita.

Papá suda y ronca, papá se echa boca abajo, papá entierra la cara en la almohada y la mancha con saliva mientras sueña. El pequeño tira de su manta, agita los pies, frunce el entrecejo y recita en sueños el poema de la ceremonia de clausura en el parvulario. Mamá yace despierta e inmóvil entre las sábanas mal lavadas, bajo el cielo raso mal blanqueado, tras los cristales mal lavados de las ventanas. Sobre la silla reposan sus labores de punto.

Mamá teje un brazo. Mamá teje la espalda. Mamá teje el cuello, mamá teje un ojal en el cuello.

Mamá escribe una postal: aquí se ve el hotel donde estamos alojados. He marcado nuestra ventana con una crucecita. La otra cruz, más abajo, sobre la arena, señala el sitio donde siempre tomamos el sol.

Bajamos cada mañana muy temprano para ser los primeros y que nadie nos quite el sitio.

El coche de línea

¡Gerlinde, por qué lo dejas beber, si vas sentada a su lado!, exclamó una mujer que iba de pie a la entrada, detrás del chófer. Una niña gorda y muda alzó la mirada. ¡Te has vuelto loco, Franz!, le dijo luego a un hombre de pómulos enrojecidos que con una mano se aferraba a la barra de la rejilla y con la otra se alisaba el pelo desde la frente hasta la nuca, utilizando un dedo índice sin uña.

¡Mira cómo sudas! No sé para qué te doy una camisa limpia. ¡Si es que no eres normal, hombre!

En la rejilla temblaban los crisantemos envueltos en papel periódico. Los pétalos secos se iban desprendiendo en las curvas.

¡Ya sólo faltaban las flores, esas flores típicas de Valaquia, a ver quién aguanta la peste!, dijo una mujer.

¡Ya están otra vez esas comadres suabas cacareando!, dijo un hombre.

Un gitano, sentado sobre la rueda de recambio, se metía pipas en la comisura izquierda de la boca y escupía las cascarillas por la derecha.

Se lo comen todo. Ayer llegaron tres al pueblo en un coche negro. Los tres bien trajeados. Se dedicaron a buscar gallinas muertas; habían oído hablar de la peste de las gallinas. A mi madre se le murieron todas salvo tres. No se les nota nada. Y de pronto empiezan a cacarear y se desploman muertas. Ellos tienen coches. Nosotros nunca podremos reunir tanto dinero. Nosotros no comemos gallinas muertas y, sin embargo, estamos siempre enfermos, y eso que no comemos sal, ni pimienta, ni azúcar, ni grasa.

El mío fue ayer por la tarde al barbero, que ahora es el que saca las muelas en el pueblo. El dentista ya no viene. La caries es una enfermedad de pueblo, me dijo, y ataca incluso a los niños.

Y cobra cien leis por cada muela, basta ya de tanto puente, le dije, que te los saquen todos y te pongan una dentadura postiza, le dije.

Franz, guarda ya esa botella. Piensa en todos los que están criando malvas por culpa de la bebida.

Ni se dan por aludidos, el mío aún podría estar vivo, pero de nada sirve hablar.

Más vale que la palmen. Así nos dejan en paz.

Sí, pero es que sólo la palman después de dejarla a una hecha cisco.

Desde la rejilla goteaba un zumo de uva rojo oscuro sobre el cogote de un pasajero. En plena cabeza le había hecho ya un agujero viscoso, como un nido. ¿De quién es esta bolsa?, preguntó el hombre del zumo en el cuero cabelludo, y nadie dijo nada.

Corrió el cristal a un lado y tiró la bolsa por la ventana.

Vaya cerdo, dijo una mujer a media voz, y como el tipo la miró, añadió en voz alta: la bolsa no era mía pero tú eres un cerdo.

En uno de los lados habían corrido las cortinillas. El cielo estaba rojo y hacía daño a los ojos.

La niña gorda y muda se mordisqueaba la trenza, y la mujer que iba a su lado la miró y exclamó: ¡Qué asco! La niña desvió la mirada y se mordió aún más la trenza.

El autobús iba bordeando paredes de un rojo chillón que no tenían ventanas, pero sí letreros con grandes letras y puntos negros que nunca llegaban a formar una palabra.

Esos también tienen vallas rojas, dijo un hombre.

Ayer, una prensa de cinco toneladas le cercenó las manos a un muchacho del turno de noche. El patrón mandó a un cerrajero con una botella de aguardiente y enroscó las bombillas que faltaban. Y en el vestuario pillaron al cerrajero justo cuando le echaba al muchacho aguardiente en el gaznate. Se le tiraron encima al cerrajero, que ahora está en el hospital.

La niña gorda y muda apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla y balbuceó algo. Se mordió la lengua cuando un bache hizo saltar el autobús. Y rompió a llorar y a balbucear.

El maíz está tirado en el campo, pudriéndose. Los cerdos grandes les comen el rabo a los lechones. Debe de ser alguna enfermedad o un cruzamiento consanguíneo.

En primavera se fundió muchísima nieve, más de la que había caído. Y todas las ovejas se murieron, salvo las pocas que habían sido sacrificadas previamente. Tenían tumores en el cerebro. El pastor se murió de tedio.

Franz, ¡por qué la dejas comer judías, si estás a su lado!

¡Escúpelas, Gerlinde, son robadas!, dijo el hombre.

La niña gorda y muda tragó algo rápidamente y miró aburrida el gran bolso repleto de judías. El agrónomo cerró la cremallera del bolso.

Una mujer rio nerviosamente. En el colegio aprenden a robar, dijo. ¡Franz, ponle la chaqueta!

Por aquí, Gerlinde, dijo el hombre, que no encuentras la manga.

El gitano sentado sobre la rueda de recambio se puso los calcetines y deslizó los pies en sus zapatos.

El chófer miró el autobús vacío y empezó a hipar.

¡Abotónate, Gerlinde!, dijo una mujer.

Los barrenderos

La ciudad está impregnada de vacío.

Un coche me atropella los ojos con sus faros.

El conductor maldice porque no se me ve en la oscuridad.

Los barrenderos están de servicio.

Barren las bombillas, barren las calles fuera de las ciudades, barren el vivir de las viviendas, me barren las ideas de la cabeza, me barren de una pierna a otra, me barren los pasos al andar.

Los barrenderos me envían luego sus escobas, sus magras escobas saltarinas. Los zapatos se me alejan taconeando.

Y camino detrás de mí, caigo fuera de mí, por sobre el borde de mis pensamientos.

A mi lado ladra el parque. Las lechuzas se comen los besos que han quedado en los bancos. Las lechuzas ni me miran. En la maleza

se acurrucan los sueños cansados, hartos de trajinar.

Las escobas me barren la espalda porque me apoyo demasiado contra la noche.

Los barrenderos hacen un montón con las estrellas, las barren en sus palas y las vacían en el canal.

Un barrendero le dice algo a otro barrendero, que se lo dice a otro y éste también a otro.

De pronto los barrenderos de todas las calles hablan a la vez. Yo paso por entre sus gritos, por entre la espuma de sus voces, me quiebro, me precipito al abismo de los significados.

Camino a grandes pasos. Me quedo sin piernas al caminar.

El camino ha sido barrido.

Las escobas me caen encima.

Todo da un vuelco.

La ciudad va por el campo a la deriva, hacia algún punto.

El parque negro

Quedarse en el bloque de viviendas, metida entre las cuatro paredes, escuchando cómo el viento remece las puertas, y prestar oído sólo porque la puerta no cierra.

Crear siempre que va a llegar alguien, y luego ver que anochece y ya es demasiado tarde para esa visita.

Mirar siempre cómo se hincha la cortina, como si una pelota gigantesca se metiera en el cuarto.

En los floreros las flores forman ramos tan grandes que ya no son sino espesura, una hermosa maraña, como si aquello fuera una

vida.

Y el esfuerzo que nos cuesta esa vida.

Pasar sobre botellas que aún siguen en la alfombra desde ayer. La puerta del armario de par en par, como en una cripta yace en su interior la ropa, tan vacía como si su dueño no existiera.

El otoño para los perros en el parque, para las bodas tardías en los jardines de verano en noviembre, con dinero prestado y grandes flores de un rojo encendido y palillos en las aceitunas.

La comarca llena de novias en coches prestados, la ciudad llena de fotógrafos con gorras a cuadros. Tras los vestidos de novia se rompe la película.

Muchacha arrugada de ojos azules ¿adonde vas tan de mañana atravesando todo ese asfalto? Años y años cruzando el parque negro.

Cuando dijiste ya llega el verano, no pensaste en el verano. ¿Por qué hablas ahora del otoño, como si no fuera de piedra esta ciudad, como si alguna hoja pudiera secarse en ella?

Tus amigos tienen sombras en el pelo y te observan cuando estás triste, y se acostumbran y se resignan a ello. Eso es lo que eres ¿Qué puede uno hacer cuando, sea cual sea el tema de conversación, se habla siempre de perder? ¿Qué puede aún ser útil cuando el miedo en las copas de vino ayuda a combatir el miedo y la botella se va vaciando más y más?

Cuando la carcajada es estentórea, cuando se descoyuntan de risa, cuando se ríen hasta morir, ¿qué puede aún ser útil?

Y eso que aún somos jóvenes.

Y ha vuelto a caer un dictador, y la mafia ha vuelto a matar a alguien, y un terrorista agoniza en Italia.

No puedes beber, muchacha, para combatir tu miedo. Vas vaciando a sorbos esa copa como todas las mujeres que no tienen una vida, que no tienen cabida en este jaleo. Ni tampoco en el suyo propio.

Aún te lo pasarás mal, muchacha, dicen tus amigos.

Hay un vacío en tus ojos. Hay algo vacío y rancio en tus sentimientos. Lástima por ti, muchacha, lástima.

Para Richard

Día laborable

Las cinco y media de la mañana. Suena el despertador.

Me levanto, me quito el vestido, lo pongo sobre la almohada, me pongo el pijama, voy a la cocina, me meto en la bañera, cojo la toalla, me lavo la cara con ella, cojo el peine, me seco con él, cojo el cepillo de dientes, me peino con él, cojo la esponja de baño, me cepillo los dientes con ella. Luego voy al cuarto de baño, me como una rebanada de té y me bebo una taza de pan.

Me quito el reloj de pulsera y los anillos.

Me quito los zapatos.

Me dirijo a la escalera y abro la puerta del apartamento.

Cojo el ascensor del quinto piso hasta el primero.

Luego subo nueve peldaños y estoy en la calle.

En la tienda de ultramarinos me compro un periódico, luego camino hasta la parada de tranvía y me compro unos bollos, y al llegar al quiosco de periódicos me subo al tranvía.

Me bajo tres paradas antes de subir.

Le devuelvo el saludo al portero, que me saluda luego y piensa que otra vez es lunes y otra vez se ha acabado la semana.

Entro en la oficina, digo adiós, cuelgo mi chaqueta en el escritorio, me siento en el perchero y empiezo a trabajar. Trabajo ocho horas.

